Seix Barral

Jesús Carrasco

El detalle



Índice

Portada

Portadilla

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

Créditos

El detalle

Jesús Carrasco



1

Yo solo pretendía tener un detalle con Leticia, eso es todo. No quería que se sintiera ridícula, ni incómoda ni, por supuesto, humillada, como sucedió. Y, sobra decirlo, tampoco pretendía que nuestras vidas corrieran peligro, como también pasó. No quería que le pusieran ese horrible collarín, ni traerle a la memoria tan malos recuerdos. Pero, por encima de todo, no quería que las cosas terminaran como terminaron.

Es cierto que atravesábamos una temporada muy tensa en la que cualquier cosa era motivo de discusión. Una prenda mal doblada o el olvido de una medicación para nuestros hijos causaban el mismo efecto: silencio de Leticia, tensión en aumento, discusión explosiva y vuelta a empezar formando un círculo vicioso que duraba tanto que hasta yo me había dado cuenta.

A mí, como ingeniero, me gustan los círculos y, en general, lo geométrico. En cuanto a los vicios, tengo algunos, por supuesto, pero no los convencionales. También tengo manías: lo primero que leo en un libro es la página ciento diez; me gustan las enumeraciones; soy propenso a fantasear y adicto al uso cotidiano de metáforas. En nuestras discusiones, de hecho, Leticia solía ironizar diciendo que podría ganarme la vida serigrafiando esas frases en camisetas y tazas: la vida es una tómbola; la pareja es un viaje compartido; el amor es como una planta.

Últimamente he tenido mucho tiempo para pensar y debo reconocer que, aunque mis metáforas no son particularmente

elaboradas, suelen ser, sin embargo, certeras porque la simpleza y la verdad no están reñidas.

Lo de que el amor entre dos personas es como una planta, por ejemplo, es algo tan cierto como la ley de la gravitación universal. Y tan constante. Si no estás pendiente de la planta, a no ser que la planta sea de plástico, esta se muere. Y no basta con regar el amor una vez a la semana en invierno y cada dos días en verano. El amor también tiene sus estaciones, con sus condiciones cambiantes. Cada momento requiere de un tipo de cuidado. Al principio del todo, podríamos decir, el amor entre dos personas se riega a sí mismo hasta el punto de que ni siquiera necesitas al otro. Una fase de autorriego en la que el hipotálamo inunda el cuerpo de dopamina y con eso es suficiente. Pero llega un momento en el que la dopamina se retira dejándoos a los dos solos, frente a frente. ¿Y ahora qué?, os preguntáis. Pues bien, a partir de ahora, si queréis que el amor luzca frondoso será necesario regar, por supuesto, pero también abonar, podar, aporcar, trasplantar, humedecer, defoliar, fumigar, oxigenar, emparrar, recortar, airear, cambiar de sitio, pulverizar, cavar, desparasitar, injertar, tutorizar, fertilizar, escardar, nitrogenar, poner a la sombra, mineralizar, situar vuestra planta, más o menos, en el centro del círculo en el que los dos estáis. Y eso solo se consigue, maldita coincidencia, gracias al atributo humano más amenazado del siglo XXI: la atención. Para que el amor no sea de plástico hay que prestarle atención y nosotros hacía ya tiempo que habíamos desatendido nuestro amor, y eso a pesar de que estábamos avisados.

La advertencia decía así: tendréis una o más hipotecas, vivienda habitual y apartamento en la playa; tendréis vuestras respectivas carreras profesionales; tendréis un sofá en ele; tendréis hijos que absorberán vuestra energía y atención más allá de lo que la biología

aconseja; tendréis un coche mucho más grande, más potente, con las ruedas más anchas y el centro de gravedad más alto de lo que os hace falta para ir a la compra. Un coche con el que podríais invadir Groenlandia. Tendréis, en definitiva, lo que la mayor parte de la gente reconoce como deseable.

En algún momento dejaréis de miraros como los animales que fuisteis, el deseo ya no os licuará por dentro; ya no iréis al cine semanalmente ni leeréis en un parque, uno al lado del otro, como solíais. Por contra, serán cada vez más largas las estancias en el baño con la única compañía de vuestro teléfono móvil. Consultaréis la edición digital de varios periódicos diez veces al día, vuestras redes cada hora, vuestros mensajes cada cinco minutos. Lo que un día fue una delicada orquídea, en el centro mismo de vuestro círculo, irá deviniendo progresivamente en hortensia, rosa, azucena, margarita, cardo y, finalmente, repollo, que no es ni siquiera una flor, sino una hortaliza. Y no hay manera de metaforizar la vibración que el amor produce, su ligereza, su aroma, su fascinante atractivo, por medio de un repollo.

Algún día os preguntaréis qué pudo haber pasado y no sabréis dar una respuesta clara. Cómo es posible que, a diferencia de vuestros padres, estando vosotros prevenidos, ingresarais por vuestro propio pie en un sopor parecido al suyo, con el que alcanzasteis la más corrosiva de las velocidades: la de crucero. Esa velocidad en la que no hay sobresaltos, pero tampoco sorpresas. Por supuesto, nada de momentos prodigiosos y adiós al éxtasis. Una velocidad tan reposada que ni despeina. Y a ese ritmo empezareis a calcar, uno detrás de otro, el mismo día, la misma semana, el mismo mes y el mismo año y, llegados a un punto, no sabréis decir ni dónde estáis ni a qué velocidad viajáis. Eso sí, vuestros peinados seguirán en su sitio.

Nuestra rutina se expresaría así: suena la alarma del reloj deportivo de Leticia a las cinco y treinta y cinco minutos de la madrugada. Se incorpora marcialmente, sin remoloneo. Sale del dormitorio. En la cocina bebe un vaso de agua y, en el salón, se enfunda sus calcetines, sus mallas y su camiseta ligera y ajustada, con detalles fosforescentes y rejillas para disipar el calor. Están todas las prendas perfectamente dobladas y apiladas sobre la mesa del salón donde, la noche anterior, ha pasado no menos de cinco minutos toqueteando la ropa hasta dejar sus bordes perfectamente paralelos a los de la mesa. Se calza unas zapatillas deportivas tan capaces de amortiguar los impactos de la carrera como de devolver parte de la energía de la pisada. Corre, siempre por el río, estrictamente el tiempo y la distancia que su plan de entrenamiento le ordena a través de su reloj con GPS: series cortas, series rápidas, series largas, trote ligero, trote de recuperación, ritmo de competición. Lo que toque para llegar a punto a alguna de las carreras de diez kilómetros en las que se inscribe regularmente junto con sus camaradas del club de atletismo. Cuando termina, y a pesar de su acentuada conciencia ambiental y de clase, se ducha largamente y luego se relaja diez minutos en la sauna que hay en las instalaciones del Real Círculo Hípico Deportivo del que somos socios, así como mis padres y los padres de mis padres y los padres de los padres de mis padres, que una vez le dieron la mano a Alfonso XIII.

En una taquilla del Círculo, como lo llamamos familiarmente, guarda Leticia ropa de calle para toda la semana. Elige la que toque cada día y abandona las instalaciones; desayuna en el bar de siempre el desayuno de siempre: café con leche corto de café y con abundante espuma, tostada de pan blanco con aceite y sal y zumo de naranja natural. Ocasionalmente, un cruasán, que es el único

dulce que se permite y porque, como suele decir, es poco dulce. No engulle, pero tampoco se demora porque quiere llegar la primera a la Consejería de Ordenación del Territorio, donde, desde hace solo unos meses, ejerce como funcionaria. ¿Significa eso que Leticia es una mujer competitiva? Me refiero a llegar la primera. Mi teoría es que pasó tantos años siendo trabajadora autónoma que, de repente, tener un sueldo fijo le pareció algo a proteger a toda costa. A reverenciar, incluso. Las primeras semanas fichaba a una hora ridículamente temprana. Yo creo que todavía no se había acostumbrado a la idea de no tener que luchar por su salario cada mañana. Llegaba de noche, encendía los fluorescentes, colocaba los folios y regaba la planta con la que todo funcionario, tarde o temprano, termina dialogando y que, en su caso, no era un poto, sino un *Ficus benjamina*. Luego se sentaba en su silla ergonómica y, desde ese trono imperial, disfrutaba acariciando esa criatura exótica que, para un trabajador autónomo, es todo puesto de trabajo fijo.

Yo, por mi parte, generalmente apuro en la cama tanto como puedo antes de levantarme. Los días en los que me despierto algo antes que los niños, voy a la cocina, pongo a escurrir el vaso que ha dejado Leticia en el fregadero y me preparo un café: abro el paquete, tueste natural, robusta, África occidental, en grano; lo muelo, lo huelo, lo mido, lo deposito en la cazoleta de la cafetera y lo comprimo bastante. ¿Cuánto? Lo justo para que libere un café bien cargado. Aprieto el botón de dos tazas, dos veces. La máquina, ancestralmente averiada, hace un ruido como de locomotora de carbón, cosa que, por lo general, termina despertando a los niños, que duermen en la habitación contigua. Al margen de eso, la máquina despacha un café intenso, cremoso y aromático que responde cada día, con precisión suiza, a mi expectativa y necesidad de cafeína. Visto a María y a Juan, desayunamos juntos, los llevo al

colegio y luego, al volver a casa, trabajo toda la mañana en la habitación en la que tengo mi estudio. Dicho así parece una estancia profesional, pero el estudio no es más que un pequeño dormitorio, que un día será de María o de Juan, en el que tengo una mesa con el ordenador y estanterías con archivadores.

Desde hace ocho años trabajo como consultor en una multinacional alemana de *software* de modelización de tráfico y flujos de transporte. Un verdadero tostón no demasiado mal pagado. La empresa cerró su oficina en Sevilla y me mandó a trabajar a casa. Ellos lo llaman EWP, *Employee Wellness Program* o Programa de Bienestar del Empleado. Hablan de conciliación, pero algunos días tengo que estar despierto a la hora a la que nuestros clientes coreanos trabajan, es decir, a todas horas. Mi jefe, él sí, ejerce sus misteriosas funciones desde su oficina de Karlsruhe. Allí no tiene que pagarse la fibra óptica ni la calefacción y allí, hagan lo que hagan en Corea, deja su ordenador apagado cuando termina su jornada laboral que, por otra parte, nadie sabe a ciencia cierta cuánto dura.

Después de la sesión matutina voy a por los niños al colegio, como con ellos y, un poco después, al llegar Leticia del trabajo, come ella sola en la cocina leyendo la última actualización de las noticias de su periódico favorito. Tardes, los primeros años de parques y después de deberes. Compra, extraescolares, limpieza, dentista, baños, cena, niños a dormir, una nueva sesión de trabajo para mí porque, por lo que sea, siempre hay un cliente que no para y breve sesión de lectura para ella. Cuando yo llego a la cama, ella duerme con el antifaz y los auriculares puestos. Muchas noches se los retiro y los dejo sobre su mesilla. Mientras lo hago me llega la voz del locutor de su pódcast de fenómenos paranormales favorito.

¿Sexo?, algunos sábados por la mañana. ¿Excitados? ¿Subiéndonos por las paredes? ¿Desvistiéndonos salvajemente?

¿Conquistando nuevas zonas de placer, sorprendiendo al otro con posturas gimnásticas, con nuevos juguetes, nueva lencería, terceras personas, cuartas personas, quintas personas, grilletes, cuero, látigos, una mazmorra, disfraces napoleónicos? No. Sexo más bien contenido, *oficial*, dijo Leticia en una ocasión, como si en vez de habernos casado hubiéramos aprobado los dos una oposición, pero al puesto de cónyuge.

2

Yo solo pretendía tener un detalle con Leticia, digamos, personal. Porque ella no necesitaba los clásicos bombones, ni anillos de brillantes, ni violines, que también, sino lo que todo el mundo necesita: alguien a su lado, en su sentido más amplio, que la quisiera, la acompañara, la admirara, la consolara, le hiciera reír, le hiciera gozar, le hiciera crecer, le hiciera creer y sentirse bien. Alguien que la ayudara a iluminar sus propias zonas oscuras, aunque doliera. Alguien que la multiplicara, le aportara seguridad y confianza. Alguien que no se hubiera quedado en la antesala de la vida adulta, concentrando únicamente su atención en recordar, cada año, la hora del día en la que se dieron el primer beso para aparecer con una caja de bombones en forma de corazón, que también, sino que, además, dedicara parte de su tiempo a hacer las camas, la compra, a tener sexo en algún momento que no fuera el sábado por la mañana, a planear una tarde de cine, a recoger los juguetes, a separar la ropa blanca de la de color, a darles la vuelta a los calcetines y poner la colada y recoger la ropa tendida, a ayudar a los padres, ya mayores, y a saber qué día tenían el pequeño fútbol y la mayor trompeta.

Y una vez hecho todo eso, insoslayable, que siguiera para siempre provocando su risa y sus ganas de viajar juntos y de compartir lecturas. Y de descubrir las caras cambiantes del mundo desde el mismo vehículo, que a veces tiene que viajar a velocidad de crucero y otras frenar y acelerar súbitamente, y avanzar a trompicones, como hacen los malos conductores y los buenos amantes. Leticia no

necesitaba a alguien que la sorprendiera con escenas trilladas, perezosamente calcadas del cine comercial, que también, sino que mostrara una conciencia genuina del presente. Un ser humano maduro y autónomo más que un papagayo del consumismo.

Y a pesar de saber todo eso, de conocer sus rarezas, legítimas; sus manías, tan legítimas como las mías; sus silencios inacabables e infinitamente variados; sus puntos débiles y sus rincones oscuros. A pesar de todo ello, y al borde ya del abismo, yo me limité a tener un simple detalle. Y no uno cualquiera, sino, dadas las circunstancias y la persona, el peor de los posibles, es decir, uno romántico. Haríamos un viaje sorpresa a Novo Mesto, la coqueta ciudad eslovena en la que, veintitrés años atrás, nos habíamos dado nuestro primer beso.

3

El día de nuestra partida, la madrugada, sería más preciso decir, sobre la una y media, me acerqué a Leticia para despertarla. Tenía el antifaz y los tapones puestos y roncaba un poco cada vez que inspiraba. Uno de esos ronquidos en los que parece que el aire se engancha con algo dentro en la garganta y entra a trompicones. De repente me pareció una mujer mucho más mayor de lo que era. La vi dormida, con el antifaz, y mi imaginación completó la caricatura y le dibujó en la cabeza uno de esos peinados abombados y huecos que llevaban nuestras madres. E imaginé una redecilla envolviendo aquella esfera de pelo y me vine un poco abajo, lo confieso, y a punto estuve de dejarla dormir y meterme yo también en la cama, con mi camiseta blanca de tirantes y mi pelo en el pecho, a escuchar un programa deportivo nocturno con un transistor de pilas en la mesilla. Y si no me hubiera podido dormir, habría encendido la lamparita con flecos del cabecero y me habría fumado un cigarrillo sin filtro pensando que todo estaba perdido y que nuestra vida era todavía peor que vivir una jornada igual que la anterior. Que, llegados a aquel punto, nuestra vida era la vida de nuestros padres, que no tuvieron más remedio que casarse con quien estuviera libre, más o menos cerca, y más pronto que tarde. Y luego, cuando llevaban ya cuarenta años compartiendo techo y cama, a ver quién deshacía lo hecho. Pero entonces pensé en el viaje, el fabuloso detalle que llevaba semanas elaborando, lo que insufló en mí una mínima energía, la suficiente como para que se abriera paso entre el cardado, la redecilla y los ronquidos una visión de lo que nos

aguardaba: los dos en la plaza Glavni trg, en el corazón de Novo Mesto, sentados en una elegante terraza bajo un tilo, una sola manta de lana verde sobre nuestros regazos, tomándonos al atardecer una botella de Cviček rosado. Para entonces Leticia ya habría descubierto mi detalle en su plenitud, y tanto el cansancio del viaje como el de los veintitrés años previos se habrían esfumado. Con la copa de Cviček en la mano, los últimos rayos de sol atravesando el vino, tonos de rubí y obsidiana, Leticia volvería a mirarme como aquella primera vez en aquella misma plaza, cuando éramos jóvenes todavía y todo estaba por hacer.

Y con esa maravillosa imagen en la mente, el vino, el tilo y la manta, le toqué ligeramente en el hombro para avisarla de que ya era la hora de levantarse, que la aventura comenzaba. Y con ella el romance, palabra que, en mi imaginación, compartía raíz etimológica con renacimiento.

Leticia ni se inmutó, mujer de cemento. La moví con algo más de brío, pero lo único que logré fue interrumpir su ronquido, provocándole una apnea tan larga que, por un instante, me hizo pensar en una muerte súbita. Bien, hasta aquí hemos llegado, concluí. Muerta en la cama, en casa, como moría la gente antes. Sin aparataje electrónico, sin estertores, sin agobios. Pronuncié su nombre, casi lo grité, al tiempo que la zarandeaba con insistencia. Se dio entonces la vuelta y gruñó y me pareció entenderle que la dejara dormir. Y no me extraña que no quisiera levantarse, porque se había metido en la cama solo dos horas antes habiéndose tomado una benzodiazepina. Además, ese día, como todos, se había levantado a su hora de siempre y había corrido catorce kilómetros a un ritmo medio de cinco minutos y quince segundos por kilómetro, que es mucho correr, pero no tan rápido como la velocidad media a la que pretendía cubrir los diez kilómetros de la carrera que estaba

preparando con sus compañeros del club de atletismo. Y también muy rápido había desayunado y subido al despacho, donde el *Ficus benjamina*, contradiciendo su propio nombre, era ya tan alto como la montaña de expedientes por tramitar, porque parece que Leticia era la única persona que resolvía asuntos en aquella consejería. Un puesto de trabajo que, para ella, era un bien merecido premio después de una vida laboral variada y, en muchos momentos, precaria, dentro de la cual había tenido que encajar, junto con el resto de las obligaciones de la vida adulta, un largo y extenuante periodo de estudio para superar el examen de acceso al cuerpo de funcionarios.

Tardamos en salir de casa, pero no en encontrar taxi, porque era un jueves por la noche y los estudiantes ya habían empezado el fin de semana. Los bares estaban llenos de gente, nos cruzamos con un par de grupos de amigos que hablaban a gritos. Leticia seguía grogui cuando paramos el taxi. Íbamos ya con cierta prisa porque de verdad le había costado salir de la cama. O, mejor dicho, me había llevado demasiado tiempo sacarla de la cama, llevarla hasta el baño, meterla debajo de la ducha y casi vestirla. Quizá, además de la benzodiazepina, había captado señales en el aire, componentes volátiles, ondas, un campo magnético, o varios, y había intuido lo que se nos venía encima. Una pena, porque dos días antes, a pesar de lo que luego he podido saber sobre su verdadero estado de ánimo, cuando le conté que nos íbamos de viaje, pareció contenta. No entusiasmada pero sí con una actitud positiva. Le dije que lo había organizado todo, que los niños se quedarían con mis padres y que no tenía que preocuparse de nada. Disfrutaríamos de unos días solo para nosotros. Tardó en hacerse a la idea, pero, cuando se dio cuenta de que aquel viaje la sacaría de sus obligaciones, se alegró. O eso quise pensar yo a partir de una sutilísima, casi subatómica,

inclinación en la comisura de sus labios. Ahora que he pensado tan largamente en aquellos días, que he tomado distancia, puedo decir que, al lado de aquel gesto de Leticia, la Gioconda se está partiendo de risa.

Esa larga meditación también me ha llevado a ser consciente de cómo las obligaciones han determinado su vida. Cuando llegó a Sevilla desde su pueblo de Huesca para estudiar Filología inglesa, empezó a trabajar de camarera a tiempo parcial para ayudar a sus padres con los gastos. Se había cruzado España entera porque una tía suya vivía en Triana. Todavía no había empezado a correr por aquel entonces. En ningún sentido. Pero estando en segundo de carrera alguien le presentó a alguien que jugaba en un equipo de baloncesto aficionado en el vetusto pabellón del Gimnasio Atlas. El mismo grupo con el que yo juego ahora. Aquel equipo lo había montado, sobre todo, gente del cine y la televisión. Gracias a ellos, Leticia se dio cuenta de que el baloncesto no le interesaba nada y, también, pudo pasar de trabajar en bodas y celebraciones los fines de semana a recibir pequeños encargos en producciones cinematográficas. Le daban un *walkie-talkie* y un chaleco reflectante y se pasaba una semana cortando el paso a los peatones cuando tenía que salir un camión de la localización en la que estuvieran rodando. Poco a poco, gracias a su carácter formal y a su dominio del inglés, se fue metiendo en ese mundo hasta el punto de que casi no termina Filología. De meritoria ascendió a ayudante de producción, luego a auxiliar de continuidad y, por último, a *script*, y ha pasado la mayor parte de su vida trabajando como autónoma hasta que dijo basta y se sacó las oposiciones a la Junta de Andalucía. Solo ahora, que ha pasado el tiempo y he podido pensar con calma, me he dado cuenta del enorme esfuerzo que hizo para sacarse la plaza de funcionaria. En total fueron más de dos años

compatibilizando los estudios con su trabajo como *script*, nuestra pequeña familia, nuestra relación, la casa, su familia y también la mía, de las que estaba más pendiente que yo mismo.

La noche de nuestra partida Leticia se dejó caer en el asiento del taxi y volvió a quedarse dormida. Yo hubiera hecho exactamente lo mismo porque no es que hubiera dormido poco, es que no había dormido nada. Cero minutos. Como me ha pasado otras muchas veces y como Leticia se encargaría de recordarme a gritos, a treinta y dos mil pies de altura y a novecientos treinta y cinco kilómetros por hora; aquel día, como tantos, yo no había sabido distinguir entre lo importante y lo accesorio. Entre lo urgente y lo que podía esperar. Por entonces todavía pensaba que esa tendencia mía a no saber priorizar era una parte de mi forma de ser. Uno de esos atributos del carácter, tan indelebles como las huellas dactilares.

Lo cierto es que aquella jornada previa a nuestro viaje había repartido mi tiempo de trabajo de manera dispar. Por supuesto, había resuelto algún asunto relacionado con mis tareas. Me pagaban por ello. Pero también le había dedicado una parte no menor a leer la prensa deportiva local, que el Real Betis Balompié tenía inusualmente copada debido a sus extraordinarios resultados. También me hice tres cafés a lo largo de la mañana que me llevaron su tiempo porque, mientras me los tomaba en la cocina, aproveché para repasar la prensa nacional en mi móvil. Todavía tuve tiempo para resolver un par de sudokus, mirar por la ventana a los trabajadores que, por aquellos días, volvían a levantar la calle, esta vez para meter la fibra óptica en Triana, donde vivíamos. Fui al baño un par de veces y, cuando me quise dar cuenta, era hora de recoger a los niños del colegio. Y justo me levantaba para salir, cuando llegó un correo desde Karlsruhe recordándome que ese era el día límite

para la entrega de un informe de flujos peatonales en Spui, Ámsterdam.

La tarea se complicó como lo hacen siempre las cosas que se apuran hasta la hora límite de entrega y, al final, tuve que encerrarme en mi estudio casi hasta el mismo momento de despertar a Leticia mientras ella sola se hacía cargo de los preparativos del viaje que, por supuesto, eran más y más variados de lo que yo había imaginado.

Contaba con las tres horas de vuelo para echar una cabezadita y llegar más o menos fresco a nuestro destino. Soñaba con el apartamento que había alquilado en secreto en Novo Mesto, también en la misma plaza Glavni trg, justo encima de la librería Goga. En un rincón de aquella ciudad se situaba, con exactitud científica, el epicentro de nuestro amor.

El casco histórico de Novo Mesto está en un promontorio casi enteramente circundado por un majestuoso meandro del río Krka. Uno de esos ríos de aguas espesas de la vieja Europa. Sin el caudal de un Danubio o de un Rin, pero con su mismo misterio y oscuridad, avanzando cadencioso en dirección a Dalmacia para terminar vertiéndose en la transparencia del Adriático. La ciudad, en realidad, se parece mucho a Toledo, que también está subida a una gran roca y sitiada por un río. Así llamábamos nosotros a Novo Mesto cuando todavía disfrutábamos rememorando nuestros comienzos: el Toledo de los Balcanes. Era nuestra palabra fetiche, Toledo. Solo nombrarla tenía el poder de evocar nuestra arrolladora fase de autorriego. Porque fue arrollador nuestro comienzo, como es el amor cuando llevas acumulando testosterona y estrógenos desde los trece años. Además de la falta de pudor y de la flexibilidad necesaria para tener una relación sexual satisfactoria dentro de un coche pequeño, todavía no hay miedo, ni hipotecas, ni nada que defender ni que

proteger. Lo que hay es una miopía selectiva y necesaria que es un extraño regalo que la naturaleza nos hace y que, durante la fase de autorriego, nos sirve para no percibir el mal aliento del otro, sus pelos en la almohada y, en general, todo aquello que nos hace poco deseables.

Ese amor del principio lo define a la perfección san Pablo en su primera carta a los Corintios cuando dice: el amor todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. Amor, además de miope, amnésico, que todo lo olvida, o lo mete debajo de una alfombra. Justo lo contrario de lo que sucede después cuando hasta lo más ridículo se recuerda y se acopia como munición para el futuro.

4

También en salir del barrio tardamos más de lo previsto. Los bares abiertos, la gente voceando, borrachos que cruzaban la calle sin mirar, frente a nosotros. Leticia dormida, el taxista maldiciendo y yo pensando en que hubo un tiempo en el que el hombre y la mujer eran buenos hijos de Dios y se dejaban guiar por él y se entregaban a lo que él había creado, confiados y dóciles: la fruta de los árboles, el agua de los ríos, los pájaros del cielo y la noche oscura y quieta. Y en ella tanto la mujer como el hombre eran vencidos por el sueño y a él se rendían y saboreaban su miel, que era la merecida gollería por haber transitado cada cual su jornada, señores o vasallos, cubiertos por sábanas de lino o por raídos calandrajos, pero todos en sus lechos, dormidos y en silencio. Quietos.

Eran las tres menos veinte de la madrugada cuando nos bajamos del taxi y el aeropuerto parecía una campaña de Carlos V contra los príncipes protestantes. La zona de descarga de pasajeros era un largo pasillo cubierto que entubaba el aire frío de la noche, acelerándolo, y en el que se mezclaban desordenadamente los taxis que llegaban, los que salían, los autobuses lanzadera, los coches de alquiler, las furgonetas de los hoteles, los vehículos particulares y lo que me pareció un par de bicicletas tándem cargadas de alforjas.

En la acera, frente a las puertas giratorias de acceso a la terminal, los pasajeros trataban de abrirse paso con sus maletas entre los carritos portaequipajes abandonados por otros viajeros, las bicicletas y las personas que esperaban para ser atendidas en una churrería que había allí mismo y que estaba regentada por lo que parecían dos

robustos hermanos gemelos. La cola de los que esperaban al autobús que debía llevarlos a la ciudad era tan larga que se salía del pasillo de llegadas hasta perderse en la noche. Algo parecido sucedía con los que aguardaban para subirse a los taxis y los que querían churros. La luz, procedente de unos pocos reflectores repartidos por el techo del corredor, era débil y amarillenta. La churrería, sin embargo, refulgía blanquísima, como el corazón de un reactor nuclear en un día nublado y con poco viento. Solo el denso humo de la fritanga hacía posible que, a esa hora de la noche, las bombillas del establecimiento quedaran atenuadas y no achicharraran las retinas de los recién llegados. Esa nube se repartía por el corredor dándole al lugar un aire lejanamente londinense y al pelo de los churreros la consistencia de un algodón de azúcar de color pajizo. Vistos de cerca, podrían pasar por presidentes republicanos de Estados Unidos.

En esa bruma grasienta se disolvía el humo de los muchos fumadores que se agolpaban junto a las puertas giratorias y el del gasoil que quemaban los coches que aguardaban arrancados en el corredor. Si yo fuera una joven activista sueca por el clima, me encadenaría allí mismo a un carrito portaequipajes para mostrarle a la humanidad el apocalipsis al que se dirige.

Me quedé observando cómo nuestro taxi se marchaba y luego me giré. Leticia estaba de pie, junto a las maletas, en medio del humo. Llevaba la capucha del abrigo puesta porque era pleno invierno (en verano los vuelos ya no eran tan asequibles) y porque seguía adormilada. No era, ni mucho menos, el inicio soñado para un viaje romántico. Me acerqué a ella. Más taxis llegaban y más fumadores salían a encender sus cigarrillos. Recargaban su sangre con suficiente nicotina como para aguantar sus respectivos vuelos. Algún tiempo después, en una de las muchas tardes que terminaría

entregándole a la melancolía, hice un cálculo de cuánto hubiera tenido que medir un cigarrillo en el caso de que hubiera habido vuelos directos entre Sevilla y Sídney y me salieron trescientos treinta y siete centímetros de pitillo.

Me situé frente a Leticia. No podía ver sus ojos porque tenía la cabeza gacha y porque la capucha estaba rematada por una nube de pelo sintético que quería recordar a la cola de un zorro nival. Le retiré la capucha delicadamente, como si fuera un novio que se dispone a besar a su nueva esposa frente a un reverendo aparentemente piadoso con la particularidad, en nuestro caso, de que Leticia presentaba un aspecto lamentable.

Debo decir que el día previo, en realidad tan solo unas horas antes de ese momento, había sido bastante más duro para ella que para mí. Leticia, después de su jornada laboral, lejos ya de la carrera, el café y el zumo, volvió a casa y comió como un ejecutivo de Wall Street, de pie en la cocina. Después, mientras yo seguía metido en mi estudio enredado en el informe holandés, terminó de hacer las maletas para el viaje y llevó a los niños con mis padres al mismo piso del barrio de Los Remedios del que yo salí para casarme con ella.

¿Por qué no fui a llevarlos yo mismo? Porque, como he dicho, tenía trabajo pendiente. Por primera vez en lo que iba de invierno, además, aquella tarde llovió sobre Sevilla, así que Leticia tuvo que coger el coche. De vuelta a casa, por si fuera poco, se pasó una hora y cuarto buscando aparcamiento. Si algún día, después de una vida entregada a la empresa, me despiden de manera improcedente, cosa que todavía no deseo pero que algún día desearé más que nada en el mundo, más que la paz entre los hombres, ese día, ese mismo día, me voy a gastar la indemnización en comprar una plaza de garaje. Una que tenga tan pocas columnas como para aparcar

una gabarra arenera sin tener que maniobrar. Y con suelo de cemento pulido. O mejor, con alfombras persas.

Esa noche Leticia cenó dos empanadillas con una copa de vino y, de postre, la benzodiazepina. ¿En qué empleé el tiempo aquella tarde? ¿Qué hacía yo mientras ella conducía a dos por hora bajo la lluvia y luego aparcaba y más tarde se tomaba las empanadillas, el vino y el postre? Me da vergüenza reconocerlo, pero aquella tarde no solo se me fue en dejar terminado el informe. ¿Tan urgente era? En realidad, no ¿Podría haberlo hecho la semana anterior? Perfectamente. ¿Lo hice? No. ¿Por qué no lo hice? Porque no anticipé cómo serían los días y las horas previas a nuestra partida, qué necesidades tendríamos. Es más, durante el tiempo que ella pasó fuera de casa aquella tarde, yo me dejé llevar y leí un par de artículos en un periódico deportivo diferente al de por la mañana. Y cuando ella regresó y cenó de pie, ¿seguí leyendo el periódico? Por supuesto que no. ¿Qué hice? Disimular adoptando una actitud concentrada, saliendo cada tanto del estudio y desplazándome por la casa con movimientos inquietos y apresurados, como esos oficinistas que atienden al público y que van de un lado a otro con folios en las manos, la mirada muy seria, dando a entender que están en medio de algo muy importante y que eso les impide darse cuenta de que tienen la sala de espera llena de usuarios. ¿Sería esta gestualidad mía motivo de algún reproche ulterior por parte de Leticia? Sí, concretamente a treinta y dos mil pies de altura, novecientos treinta y cinco kilómetros por hora, a gritos y, en ese momento, con dos o tres móviles con cámaras de alta resolución grabándola. ¿Tenía razón en su reproche? Ahora que he tenido tanto tiempo para pensar, debo reconocer que sí, que tenía razón.

Cuando le retiré la capucha en medio del jaleo aeroportuario descubrí su pelo revuelto, su mirada sin foco y bolsas bajo los ojos.

Elevé su rostro empujando suavemente con dos dedos su barbilla hacia arriba. Un gesto que, por lo general, funcionaba muy bien en el cine de sobremesa y que, por algún motivo, allí no terminó de funcionar. Tenía una película brillante en los ojos, aceitosa, diría. Podía ser el frío que activa las glándulas lacrimales; podría ser el frito de los churros; podía ser sueño; podía ser el recuerdo súbito de una escena dolorosa; pero también, aunque improbable, aquel brillo aceitoso podía deberse a la excitación que el viaje le producía, incluso sin saber, en aquel momento, ni a dónde íbamos. O quizá por ello.

Opté por esta última opción porque, mientras no hubiera una declaración explícita, ventajas del silencio, todo seguía en su sitio. Al menos en mi cabeza. Venga, dije, ya estamos de viaje, como cuando éramos novios. Anímate. Y sí, se animó. Sonrió ligeramente, con más voluntad que deseo, y yo creí oír el chirrido del mecanismo que había desperezado esa sonrisa. De haber sido yo otra persona habría interpretado el crujir de su sonrisa y el brillo de sus ojos como lo que en verdad expresaban. Pero yo por entonces no estaba en condiciones de leer la verdad en aquel brillo. Ni la complejidad.

Si no salíamos de allí pronto, empezaríamos a toser y, lo que es mucho peor, a votar al partido republicano. Así que opté por intentar uno de esos abrazos breves y un poco huecos que sugieren algo pero que no comprometen. La clase de abrazo que le daría Margaret Thatcher a su marido un miércoles cualquiera al volver de visitar a Pinochet en su mansión de Surrey.

Mi esperanza, tras deshacer el abrazo, era percibir en su rostro y en su cuerpo cierto entusiasmo. Y aunque dicen que la esperanza es lo último que se pierde, yo la perdí en cuanto abrí los brazos y me vi de nuevo frente a ella. Ni su rostro ni su cuerpo habían cambiado lo más mínimo. Hubiera preferido una negativa, o un enfado. Incluso

un insulto. Hubiera preferido cualquier cosa menos aquella desgana que era tan evidente que me obligó a preguntarle si quería volver a casa, la primera de las tres rendiciones que me aguardaban. Entonces estiró el brazo izquierdo para descubrir su reloj deportivo, donde Leticia solía encontrar respuestas a algunas preguntas, y comprobó la hora en la esfera negra, quizá añoró la carrera por el río que se iba a perder esa mañana o la sauna, y luego me miró brevemente. Su expresión seguía siendo sombría, pero había perdido gravedad. Entremos, dijo, hace frío aquí fuera, y volvió a cubrirse con la capucha.

5

A duras penas nos abrimos paso entre la muchedumbre hasta alcanzar el zigzag de acceso a los controles de seguridad. Aquel circuito bovino era solo el comienzo de lo que nos aguardaba porque allí terminaba, a su vez, una larga cola que venía desde algún lugar de la terminal. Había, por tanto, que hacer cola para acceder a la cola que es, sin duda, la quintaesencia de nuestro tiempo, la gran metáfora.

Miré mi reloj, miré el zigzag, miré a Leticia y, por último, miré la precola con la esperanza de que no me hicieran falta unos prismáticos para ver dónde terminaba. La buena noticia era que el final se veía a simple vista. La mala, que, tras esos metros visibles, había una esquina que ocultaba el verdadero final.

La bien modulada voz de la megafonía anunciaba salidas de vuelos en español e inglés. Todavía no el nuestro, por suerte. Volví a mirar el reloj. Resoplé sonoramente frente a Leticia, que no movió un músculo. Escondida bajo su capucha, inoperante, parecía una adolescente en su atormentada plenitud. Vamos fatal de tiempo, comenté con un volumen de voz algo teatral para intentar provocar en ella una respuesta cómplice. Silencio. Qué hace toda esta gente que no está durmiendo. Silencio. Vamos a tener que hacer algo. Silencio. Debería haber un acceso especial para los que volamos por amor. Eso no lo dije. Me limité a pensarlo. Quizá no lleguemos al embarque, añadí mirando al infinito. Leticia elevó ligeramente los hombros como diciendo: a mí me trae sin cuidado que no lleguemos al embarque. Todo esto ha sido idea tuya. Si me hubieras

preguntado, a estas horas estaríamos durmiendo. Tú roncando y yo descansando para poder cumplir con mi sesión de entrenamiento de hoy: ocho series de mil metros a cuatro minutos y cincuenta segundos. No solo voy a perder esa sesión, sino las tres siguientes. Si he venido contigo ha sido porque, de repente, has colado este viaje en mi lista de cosas por hacer. No me ha dado tiempo a pensar. Así que a mí no me pidas respuestas cómplices. Tú verás.

Agarré la maleta y comencé a caminar en dirección contraria a la cola y la sombra de Leticia me siguió porque, en su indolencia, cualquier atisbo de voluntad había sido desactivado. Era tan cierto que no podía contar con ella para salir de aquel aprieto como que no iba a amotinarse. Ventajas de la apatía, real, simulada o inducida.

Remontamos el tramo visible de la cola y doblamos la esquina, donde, para mi desaliento, seguía habiendo una fila interminable. Uno se acerca a lo probable con la misma actitud con la que se acerca a lo desconocido: con la ilusión siempre de que lo inesperado se ponga de nuestra parte. Y yo, antes de llegar a ese lugar, no tenía una, sino dos ilusiones. La principal, que la cola terminara en ese punto. La de repuesto, que, de no ser así, al menos su fin se vislumbrara desde allí. La primera ilusión, rota. La segunda, también. Seguimos caminando un poco más y en la siguiente esquina descubrimos que la hilera se prolongaba por un largo pasillo. Y lo recorrimos, ya sin ilusiones, todo tiene un límite, para llegar a una terminal diferente donde seguimos caminando, en ese momento yo también arrastraba los pies como Leticia.

Recuerdo que para cuando se me ocurrió lo del detalle ya habíamos superado la fase cuya velocidad es la de crucero y estábamos de lleno en la siguiente fase: la de tensión latente. Una fase que tiene la misma consistencia que una pompa de jabón y en la que cualquier cosa es motivo de disputa. Lo mismo da una

pestaña en el lavabo que haber dejado a los niños sin comer dos días, que una observación teórica del tipo «quizá no lleguemos al embarque». Lo que en un tiempo fue excepcional, discutir, se había convertido en nuestra nueva rutina y nosotros nos habíamos acostumbrado a ella como se acostumbra uno a no despeinarse o al zumbido de los aires acondicionados de los vecinos en las noches de verano: algo te impide dormir bien, pero no sabes qué es hasta que el vecino decide que ya ha consumido bastante electricidad por esa noche.

En estos meses de meditación forzosa he tenido tiempo de reflexionar minuciosamente. He cartografiado nuestra vida en común a una escala próxima al 1:1. Tengo claro, por ejemplo, que alcanzamos nuestra velocidad de crucero exactamente el 9 de julio de 2018, el primer lunes de los Sanfermines. Ese día firmamos ante notario las escrituras del apartamento de la playa. Una segunda residencia en la costa podría parecer lo contrario al aburrimiento, pensará alguien que desea tener una casa en la playa. Pero yo, que sé lo que es tenerla, puedo decir que una casa en la playa es el ácido que corroe cualquier impulso aventurero. Se acabó la exploración de nuevos territorios, de otras culturas, de otras lenguas, de otros paisajes. Una casa en la playa es el sumidero de cualquier tiempo libre disponible. Fin de semana: a la playa. Vacaciones de verano: a la playa. Huir de Sevilla en Semana Santa: a la playa.

Avanzábamos por la terminal cargando ese mismo aburrimiento de la playa, como si lleváramos sobre los hombros el apartamento, cimientos incluidos. Incapaces de escindirnos, de separar esto y aquello. Nosotros éramos todo lo que nos había llevado hasta aquel aeropuerto. Éramos una mujer y un hombre adultos y antes de eso, jóvenes y, antes todavía, niños. Habíamos encajado en los moldes

de nuestras respectivas familias. Las dos católicas, las dos conservadoras: la mía, militante, la suya como una emanación natural del país y del tiempo. Habíamos sido jóvenes, pero no rebeldes. Desde nuestros respectivos nidos habíamos aceptado como cierta, como se acepta el aire que entra en los pulmones, una idea del mundo y del futuro. Seríamos heterosexuales, buscaríamos una pareja a la que poder llevar sin vergüenza a las cenas navideñas, tendríamos hijos, cumpliríamos el mandato, portaríamos el testigo, honraríamos a nuestros padres, progresaríamos en lo profesional y en lo material. Votaríamos correctamente. Nos rodearíamos de objetos y de deseos. Nos gustaría el dinero, algo que nunca confesaríamos, pero no para acumularlo. Ni siquiera para disfrutarlo, sino para que nos aportara seguridad. Y también, por qué no, para que sirviera como gasolina con la que llevar adelante esa idea del mundo y del futuro mansamente heredada. Llegado el momento, les pasaríamos el testigo a nuestros hijos y los animaríamos a ser ellos mismos, pero procurando que, en esa búsqueda, no encontraran un modelo demasiado extravagante. Médicos y abogados, sí. Toreros y okupas, no. Nos honraréis, claro que sí, pero, sobre todo, haréis lo posible para no despertar en nosotros el miedo a perderos.

Menos cansados que nosotros pero, quizá, igual de aburridos, dos hombres nos seguían mientras conversaban. A decir verdad, uno hablaba y otro escuchaba. En no muchos metros de caminata entendí que el que hablaba regresaba a casa después de haber disfrutado de otra experiencia culinaria en un restaurante con varias estrellas Michelin. Decía: toban de huevo de corral en vapores de té ahumado con estofado de chirivías, oreja de madera, brote de bambú escabechado. Decía: ravioli de liebre con su boloñesa emulsionada. Lo decía, valga la redundancia, con la boca llena.

Vislumbramos a lo lejos el final de la cola, prácticamente fuera de la terminal, se diría que más allá de la civilización, en una zona en obras en la que había lonas que, por un lado, ocultaban los trabajos y, por otro, anunciaban la próxima apertura de cafeterías y tiendas varias. En poco tiempo cualquier viajero podría vivir una experiencia parecida a la de ser atracado. Bocadillos solo algo más gruesos que una flauta escolar a un precio disparatado. El jamón, oscuro y aceitoso, eso sí, rebosaría por los lados del pan generando en el turista una ilusión de cornucopia. Pero para vivir esa hermosa experiencia habría que esperar todavía. Por el momento en aquel espacio en construcción no había siquiera trabajadores porque, a esa hora, estaban durmiendo. Allí me di cuenta de que, quizá, por primera vez en la historia, podía ser más fatigoso el ocio que el trabajo.

Si yo fuera un emprendedor tecnológico, uno de esos oligarcas a los que no han querido lo suficiente siendo niños, reclutaría a los mejores científicos del mundo, los embadurnaría en miel ecológica y luego los forraría con muchas capas de billetes de cien dólares. Después, los recluiría en un laboratorio con grandes ventanales con vistas a un jardín con praderas de césped y arces japoneses, máquinas de café de cápsulas biodegradables, paredes coloridas y futbolines y les impediría salir de esa ludoteca hasta que dieran con la manera de resucitar a Kafka. Y una vez conseguido, porque lo conseguirían, yo mismo llevaría al escritor en mi avión privado hasta Sevilla y haría con él el tour de la cola interminable, de principio a fin. Que viera con sus propios ojos lo que había creado, y luego le acompañaría de vuelta al cementerio judío de Praga, le daría con sumo cuidado una palmada en la espalda y le felicitaría por poder seguir disfrutando de la tranquilidad de estar muerto.

En aquel remoto rincón en penumbra, igual que peregrinos alcanzando el origen del espacio, del tiempo y hasta de la luz, llegamos a nuestro destino, el final de la cola. Y allí lo que nos encontramos fue a una mujer joven de rasgos orientales mirando su teléfono. Ciento cincuenta centímetros de estatura, vestida con pantalones y chaleco de exploradora y tocada con una especie de salacot a juego. Sin duda se había equivocado de establecimiento y había comprado su ropa de viaje en una tienda de disfraces de Seúl. Saludé al llegar sin que la mujer moviera un músculo y nos pusimos tras ella. Desde nuestra recién conquistada posición vimos lo que no habíamos visto hasta ese momento: los viajeros que habían llegado a la terminal después de nosotros y que también se apresuraban en busca del origen de la cola. Venían con cara de prisa y desesperación. La misma que, supongo, teníamos nosotros. O yo, porque Leticia seguía en un sopor benzodiazepínico.

6

Aguantábamos en la cola a sabiendas de que no llegaríamos a nuestro destino. En lo que a mí respecta, necesitaba ganar tiempo para asimilar del todo lo que estaba ocurriendo. Antes de decirle a Leticia lo que sin duda ya sabía, que no llegaríamos a embarcar, quería preparar, siquiera un poco, la probable derrota. Nos saldríamos de la cola, iríamos en busca de un taxi y estaríamos de vuelta en casa a eso de las cuatro de la madrugada. Y, una vez allí, ¿nos meteríamos en la cama o haríamos café como si nos hubiéramos despertado más temprano de lo habitual? Ella había pedido el día libre en el trabajo y podría quedarse en casa o irse a correr. Yo había dejado terminado el informe holandés y también tendría tiempo libre. Los niños irían al colegio, de donde los recogerían mis padres, y nosotros, solos y desocupados por primera vez en años. Parecían las condiciones ideales por las que suspiraría cualquier pareja con niños.

Pero viendo cómo había arrancado la jornada, cómo habían sido las horas previas, cuál era la actitud corporal de Leticia, mi propio desconcierto y el follón circundante, unas horas de alegría sexual no parecían la opción más probable a corto plazo.

No siempre fue así. Nuestros comienzos, por ejemplo, fueron memorables. Particularmente los primeros días, todavía en Eslovenia, cuando lo nuevo que surgía dentro de nosotros reverberaba en lo nuevo que nos rodeaba, amplificando el tiempo y a nosotros dentro de él. Pero no solo eso: había algo nuevo también en nuestra forma de mirar y de mirarnos. Niños que se estrenan en

el mundo, que ven el color rojo por vez primera o que se encuentran frente a una inmensidad azul que para ellos no tiene nombre pero que se llama mar. He visto muchas cosas en los ojos de Leticia a lo largo de los años, algunas mejores y otras peores, pero nunca más el mismo asombro de aquellos primeros días. Y estoy seguro de que ese asombro no se debía, que también, a la belleza de Eslovenia, tan frondosa y fragante, tan exótica para nosotros, sureños aplastados por el sol, deslumbrados hasta la ceguera por su caudal inmenso. Su asombro era yo y ella era el mío. Y esos dos niños que descubren el color rojo por vez primera, esos dos infantes a los que el miedo no puede alcanzar, esos dos mismos seres, éramos nosotros. ¿Cómo era posible que aquellos que iniciaban un camino compartido tan prometedor y excitante fuéramos Leticia y yo y que, además, estuviéramos en esa situación? Pues bien, después de darle muchas vueltas, curiosamente no he llegado a una respuesta convincente ni en mi calidad de pareja de Leticia ni como hombre ni como padre. Ha tenido que ser la ingeniería, de la que soy titulado colegiado, la que me iluminara. Pues bien, la respuesta es esta: fatiga de materiales.

Tendemos a pensar que las relaciones humanas, sobre todo las románticas, funcionan como narraciones: aquí empiezan, aquí terminan y por el camino suceden cosas que, queremos creer, dan sentido al tiempo. Pero una relación de pareja tiene un comportamiento más parecido al arco de un puente que a una comedia romántica de Hugh Grant. Llegado un momento, tras el suficiente uso, en toda pareja aparecen los efectos de la carga, la tensión y la compresión. Si los cimientos son estables y la construcción de calidad, la relación y el puente aguantan bien esa carga. Pero lo que hace que una construcción dure cien años, quinientos, dos mil, es la suma de buenos cimientos, buenos

materiales y, aquí viene la clave, buen mantenimiento. En las comedias románticas no hace falta mantenimiento porque todas terminan el día en el que se inaugura el puente. En la vida real, sin embargo, el puente hay que cruzarlo todos los días varias veces, lo cual, además de la fatiga de materiales, produce algo que no se estudia en la escuela de ingeniería porque no es una propiedad de la materia inerte: el aburrimiento de materiales.

Hubo un tiempo en que lo que nos definía era, precisamente, lo contrario del aburrimiento. Entrábamos y salíamos. Cenábamos fuera dos o tres veces a la semana. Íbamos al cine, al teatro, a los conciertos de la Asociación Sevillana de Jazz, a las exposiciones del Centro Andaluz de Arte Contemporáneo, a presentaciones de libros en el CICUS, al Teatro Central, al Teatro de la Maestranza, a la Sala Cero, a la Sala X, a la Sala Malandar. Incluso, una vez, llegamos a ir a un tablao flamenco para turistas.

También salíamos de la ciudad. Íbamos a caminar por la sierra, a bañarnos en sus pozas, a Zahara de los Atunes, a las playas de Conil y al carnaval de Cádiz. Escapadas en AVE a Madrid y en coche a la costa alentejana, en Portugal. Amábamos Portugal. Lo amamos. Yo lo amo. Quiero creer que Leticia sigue amando Portugal. Si algún día, por lo que sea, me nombran rey y luego una revolución me derroca, tengo claro que haré como mis antecesores y me exiliaré en Portugal.

A veces alquilábamos casas rurales o autocaravanas y nos daba igual ir a un hotel de cinco estrellas que a un camping. Y allí donde hubiera una cama, un sofá, una alfombra, una ducha, una banqueta, una terraza, un alféizar, un poquito de césped, un rellano, una cala o un claro del bosque, follábamos.

Las posibilidades de que eso sucediera en alguna dependencia del aeropuerto parecían improbables. Aunque aquel espacio público,

precisamente por su dificultad, hubiera resultado apetecible en nuestros comienzos.

Pero, aunque hubiéramos estado en nuestro mejor momento, estábamos demasiado cansados. Y, además, había en la cola familias con niños; había personas mayores que se sentaban sobre sus maletas y que evidenciaban con sus aspavientos incomodidad y dolor de espalda; estaba el comensal que no paraba de describir platos sofisticados que, por su pesadez, a mí me resultaban antiafrodisíacos; había también parejas como nosotros que quizá todavía no tendrían tasado un día de la semana y una hora concreta para desearse y recorrerse. Y también una despedida de soltero que, gracias a la hora intempestiva y al castigo de la espera, no trataba de ser el centro de atención a toda costa.

Qué lejos de aquella cola y de aquella gente quedaban nuestros comienzos, de los que, por cierto, tampoco quisiera dar una impresión exagerada. La verdad es que no siempre follábamos. Había días en los que, simplemente, nos fundíamos el uno en el otro; días en los que nos entregábamos a las caricias; días en los que el alba nos sorprendía abrazados; días en los que nuestras almas se acercaban tanto que yo guardaba su sabor y ella se impregnaba de sabor a mí. Aunque, hay que decirlo, esos días, por lo general, también terminábamos follando.

Había días en los que se enteraba todo el bloque y días en los que ni nos escuchábamos entre nosotros. Y cuando digo días, podría decir horas. De haber tenido dinero para viajar tan lejos, en Ciudad de México habríamos *chingado* y en Buenos Aires, *cogido*. En un hotelito de Stratford-upon-Avon, *fucked*. En un hotelito en Angulema, *baisé*. Por encima del Círculo Polar Ártico, en su parte sueca, hotelito de hielo, *knullat*.

Pero no todo lo que hacíamos lo hacíamos desnudos. También bebíamos, leíamos, hablábamos de esos mismos libros y de cine, íbamos a la Feria de Abril. Alternábamos con sus amigos, con los míos o con ambos. Organizábamos cenas en casa y cumpleaños en el parque. Una vez fuimos a los toros y, en otra ocasión, un amigo nos prestó su moto y nos perdimos por los caminos del delta del Guadalquivir. Comimos albures fritos en una choza de pescadores y vimos la marisma rosa de flamencos y un carguero remontar el río entre eucaliptos, los contenedores apilados mezclando sus colores con las copas pardas de los árboles, y un cabrero nos dio queso y la moto se nos atascó en un arenal y la sacamos de allí a empujones y, cuando lo conseguimos, nos tiramos jadeantes a la hierba que, en aquel marzo, verdeaba por los márgenes de los caminos de sirga y las nubes densas y concretas pasaban por encima de nosotros, lentamente arrastradas por un aire de las alturas. Y antes de desembocar en Sanlúcar de Barrameda, atardeciendo, cruzamos el pinar de la Algaida y la brisa salina del poniente se filtraba por entre las acículas, las piñas y las jaras, perfumándonos la piel quemada por aquella jornada a la intemperie. Y al llegar a Sanlúcar, no nos quedamos en Bajo de Guía, como hacen los turistas, sino que nos perdimos por las calles y fuimos a parar con nuestros huesos en una taberna que solo servía vinos del marco de Jerez, que estaban apilados tras la barra en botas de roble americano, y probamos manzanillas, finos, palo *cortaos* y nos bebimos hasta la solera, que acompañamos de pulpitos y langostinos y huevas. Era de noche cuando salimos de allí, abrazados como borrachos y ya no éramos dos sino tres. Y ese tercero, un sanluqueño, nos condujo a un hotel asomado al Guadalquivir, allí nos dejó y lo vimos perderse en la noche, dando tumbos de acera a acera. Y nos deslumbró el amanecer porque, al otro lado del gran río, la lengua verde de

Doñana parecía posada sobre la lengua parda de la duna, vapores suspendidos sobre la lámina turbia, y pedimos que nos subieran el desayuno allí mismo y al terminar, como había una cama y seguíamos desnudos, hicimos lo que mejor sabíamos hacer por aquellos días.

Estábamos lejos de aburrirnos. Y eso, o quizá por eso, que no teníamos casi nada. Proyectábamos nuestras ilusiones compartidas desde un sofá prestado que, por entonces, solo tenía dos plazas y se nos clavaba en la espalda. Y en esa proyección, dibujábamos el mapa de un futuro prometedor, lleno de sentido y de paradas que nos resultaban tan deseables entonces como convencionales ahora. Era el tiempo en el que me llamaba, cariñosamente, granuja. Me lo decía al oído cuando hacíamos el amor. Le gustaba la resonancia algo vetusta de la palabra, como de película de destape. Mi granuja, mi bandido, mi figurín.

En aquellos tiempos, tan sobrados estábamos que incluso me permitía el lujo de predicar los beneficios de esa misma rutina que terminaría por agotarnos. Decía: lo extraordinario está tan cerca de nosotros que podemos tocarlo con los dedos. No hace falta lanzarse en paracaídas para sentirse vivo. El sabor del café, un atardecer, una caricia, la risa de un bebé. Ese creía ser yo. Ese cursi.

Estábamos tan bien entonces que incluso recordábamos las cosas de la misma manera. Desde nuestro sofá de dos plazas, con la tele averiada, bendita avería, repasábamos viejas fotos y coincidíamos siempre en el relato como dos gotas de agua. ¿Te acuerdas de aquel quiosquero que nos dio las vueltas de más en Berlín? Sí, nos dio treinta y siete euros de más. Exacto, treinta y siete. Tenía bigote. Sí, un bigote que recordaba al de Bismarck. Bismarck, el canciller. Sí, el canciller prusiano. De Prusia. Muy conservador, el canciller. Mucho. Sí.

Esa simetría nos aportaba una interminable confianza en nosotros mismos y en nuestra relación. Podíamos permitirnos cualquier cosa, también el aburrimiento, así que, a media mañana del 9 de julio de 2018, mientras miles de pamplonicas dormían la mona, nosotros empezamos, primero, a aburrirnos, sin medida y sin miedo, y, después, a molestarnos el uno al otro.

7

Las ostras, de hecho, se aburrían mucho menos que nosotros y, de haber estado haciendo cola, quizá abrían avanzado más deprisa de lo que nosotros lo hacíamos. Allí de pie, esperando a que algo se moviera, viendo agotarse el tiempo, con Leticia a mi lado como un espíritu del inframundo, yo imaginaba un aeropuerto como el nuestro, pero mucho más pequeño, un aeropuerto para moluscos. En él ostras, mejillones y almejas hacían cola tirando de maletitas con ruedas. El personal del aeropuerto, bivalvos también, iba y venía. Una tripulación al completo, comandante, copiloto, sobrecargo y auxiliares, se abría paso por la terminal haciendo que las navajas y las coquinas se giraran a su paso. Por megafonía se anunciaban vuelos y recomendaciones de seguridad en el arcano lenguaje de los seres con dos valvas. Todo era igual que en un aeropuerto humano con la única diferencia de que, en aquel miniaturizado, no había el típico bar que sirve champán y ostras.

De mi ensimismamiento atolondrado me sacó un anuncio de la megafonía al que, al principio, no di importancia. Los viajeros seguían remontando la cola hasta el pasillo en el que permanecíamos. Llegaban, veían lo que les quedaba, se paraban unos segundos, mostraban contrariedad y hacían ademanes. Las parejas discutían. Yo las veía, avanzando hacia nosotros, y, al superar nuestra posición, escuchaba cómo se echaban en cara el uno al otro el haber llegado con tan solo dos horas de anticipación al aeropuerto y sentía sus malas vibraciones, y eso que todavía no sabían lo que les aguardaba en los confines de la cola, allí donde la

luz era embrionaria, las paredes estaban por hacer y las tiendas por abrir.

Y en esas estábamos, todavía lejísimos del zigzag de acceso al control de seguridad, cuando empezó lo de la megafonía. Tardamos en darnos cuenta. Leticia, escondida en su capucha, y yo, con la imaginación llena de ostras y otros bivalvos. «Pasajeros Leticia Iriarte y Felipe Jiménez. Acudan a...», y no pudo decir a dónde acudir porque empezó a reír y se le cayó al suelo el micrófono, que se quedó abierto. «Leticia y Felipe, qué mala suerte, ja, ja, ja.»

En otro momento yo le habría contado a Leticia lo de las ostras y ella se habría reído con ganas, sin importarle quién hubiera alrededor. La risa como una incontenible erupción de lava. Pero no estaba el horno para bollos. En realidad, el horno hacía tiempo que no admitía bollos, solo discusiones.

Se me ocurrió lo del detalle, de hecho, a raíz de una de esas discusiones. Las había de muchos tipos y para todos los gustos, con causas diferentes y estados de ánimo variables, pero, por lo general, todas ellas terminaban con Leticia reprochándome lo poco cuidadoso que era. Generalmente yo respondía a esas acusaciones con una réplica que pretendía ser apabullante. Buscaba un recuerdo concreto de algo que hubiéramos vivido juntos y lo saturaba de detalles que más o menos recordaba o quería recordar con la esperanza de que, en ese mar de información que ni yo mismo controlaba del todo, Leticia se ahogara y me diera la razón. Pero para entonces ya éramos una pareja normal y lo que yo recordaba difería sistemáticamente de lo que recordaba ella.

—Pues en aquel viaje a Berlín estuve pendiente de ti todo el tiempo.

—Gracias, Felipe. Sí, estuviste más atento de lo normal teniendo en cuenta que en ese viaje yo estaba embarazada de María.

—¿Cómo que de María? Estabas embarazada de Juan.

Entonces yo sacaba mi teléfono móvil, buscaba las fotos y aportaba al debate algunos metadatos: un año, un mes, un día, una hora, unos minutos y varios segundos. A veces, hasta las condiciones de exposición de la foto.

—Estabas acalorada, así que entré en aquel quiosco y compré un polo de tu sabor favorito.

—Mi sabor favorito.

—Sí: limón.

—Lima.

—Lo que sea. Te vi sofocada y entré en el quiosco. Lo recuerdo perfectamente porque el quiosquero me dio más vueltas de las que debía.

—Te dio de menos, Felipe.

—De más.

—De menos.

—Se parecía a Bismarck.

—¡Cómo que a Bismarck! La broma era con Stalin.

Y entonces ella o yo nos veíamos obligados a explicar una broma. Y no hay peor síntoma de degradación entre dos personas que la disección de lo que les hace reír. Por cosas así, a partir de cierto momento y calcinadas ya las fases de autorriego y la siguiente, Leticia empezó a ilustrar sus reproches no con recuerdos, sino con datos constatables. Concretamente con las consecuencias visibles de mis descuidos. Yo hubiera preferido que arremetiera con una arenga, una tesis, una hipótesis, una clase magistral o una homilía, formatos todos ellos teóricos y, por tanto, susceptibles de ser refutados, pero, en lugar de eso, se extendía largamente en señalar con el dedo los efectos de esa actitud descuidada, la mayor parte de ellos, irrefutables. Esos descuidos que, hasta que conocí a Leticia, yo había

atribuido a una cuestión de carácter (soy así) eran, al parecer, una cuestión de actitud (lo hago así).

El catálogo completo de esas actitudes había terminado conformando un volumen verdaderamente grueso que Leticia guardaba en algún lugar de su interior para sacarlo el día en que me caían sus reproches. Por resumir, había descuidos de orden material (un clavo de los que fijan la madera del suelo a los rastreles, estaba algo salido y yo me había comprometido a hundirlo a martillazos, cosa que hice cuando ya era tarde); formal (cuando olvidé matricular a nuestra hija mayor en el conservatorio, grado de trompeta, con, hasta cierto punto, frustrantes consecuencias para la niña, pero con fabulosas implicaciones para nuestros vecinos); doméstico (percibir el bombo de la ropa sucia como un ente inmaterial y, por tanto, invisible) y, por supuesto, emocional (lista interminable).

Pero por entonces yo era todavía un hombre ensimismado y para mí el problema de nuestra tensión se reducía a un asunto de forma, no de fondo, así que me centré en cuidar la forma y seguí descuidando el fondo. Y qué es un detalle sino la quintaesencia de la forma, su sublimación. Pues bien, resulta que mi detalle iba más allá de lo sublime, si es que esto es posible. Y se me había ocurrido a mí, al hombre descuidado.

8

¿Algún pasajero de la clase EC con destino a Győr-Pér?

Era una auxiliar de tierra vestida con el uniforme de BluestAir, la compañía en la que nosotros viajábamos: falda ceñida que en algún momento pudo ser muy azul, pañuelo al cuello y una camisa blanca de algodón que, a juzgar por las pelotillas, las costuras y las transparencias, ya había sido vestida por media docena de compañeras antes que ella. Zapatos baratos de medio tacón y el pelo recogido en un moño de consistencia broncínea.

Llevaba en el brazo una carpeta y venía remontando la cola. Al principio no me di por aludido. A fin de cuentas, me había enterado de la existencia de ese aeropuerto húngaro solo unas pocas semanas antes, cuando había comprado los billetes y tampoco es que, en ese momento, le hubiera prestado demasiada atención a ese nombre porque, en realidad, nuestro destino era Novo Mesto, en Eslovenia, que es, como su nombre indica, otro país. Tampoco reparé en lo de la clase EC porque ni siquiera era consciente de que hubiera comprado una clase u otra.

Mientras la auxiliar seguía recorriendo la cola, en realidad buscándonos, yo pensaba en mis cosas. Mis cosas, por lo general, no eran sus cosas, las de Leticia. Tampoco nuestras cosas. Yo dedicaba un tiempo innecesariamente extenso a pensar en moluscos, en estructuras metálicas, en vídeos de carpinteros afilando formones o en el Real Betis Balompié. No solo eso, claro, no soy tan superficial. También pensaba en la muerte y en si era cierto aquello de que hay más estrellas en el universo que granos de arena

en todas las playas del mundo. Por supuesto, dedicaba algo de tiempo a los bocadillos de los niños, a sus extraescolares, a barrer la cocina después de cada comida, a poner el lavavajillas. Un tiempo, ahora que he tenido tanto tiempo para pensar, clamorosamente insuficiente.

Tras cada desencuentro con Leticia a propósito de mis descuidos y mi enajenación, yo me esforzaba, aunque fuera por un rato, en llegar a todo. Atendía las tareas de la casa con la misma diligencia torpe con la que un adolescente se fuma sus primeros cigarrillos. Cierta ansia en los movimientos, la rigidez del aprendiz, prisa y, sobre todo, aire de importancia. Hacer una cama o limpiar un lavabo como si aquello mereciera un reconocimiento público o, al menos, el de Leticia. Daba la vuelta a los calcetines, cosa que a mí me es completamente indiferente, pensando en ella, que sí tenía la manía de guardar los calcetines emparejados y con la costura hacia el interior. Eso es lo que yo entendía por mejorar las cosas entre nosotros, esos eran mis detalles. Ahora que he pasado tanto tiempo haciendo inventario de lo sucedido, por un lado me río de mí mismo, por otro me lamento y, por último, tomo conciencia de que mi problema no han sido los detalles, sino cuál era su volumetría. Por resumir, podría decir que existen detalles en dos y en tres dimensiones. Ceder el paso a la persona con la que caminas cuando vas a entrar a algún sitio o quitarse el sombrero en interiores serían ejemplos de detalles en dos dimensiones. En lo que yo he fallado con Leticia ha sido en la tercera dimensión.

Si tu vida emocional consiste en ir de cama en cama, con dos dimensiones te apañas perfectamente. En ocasiones, incluso, con una es suficiente. Pero cuando mantienes una relación de pareja durante tantos años, no basta con cerrar el tubo de dentífrico después de cepillarse los dientes o con limpiarse la comisura de los

labios con la punta de una servilleta en las comidas. Hay que ir más allá. Mucho más allá. Si yo tuviera que hacer comprensible esta idea a un hombre joven recurriría, sin dudarlo, a la metáfora del videojuego. Dice así: eres un piloto de Fórmula Uno y estás compitiendo en el circuito de Doha. Resulta que has ido toda la carrera en cabeza, pero, al final, has quedado quinto porque en la última vuelta otro piloto te ha adelantado de mala manera, te ha sacado de la pista y casi te estrellas. Suerte que era una de esas curvas con una hectárea de grava y has podido controlar el coche y volver a meterlo en pista. Pero claro, entre que lo controlabas y volvías al ritmo de carrera te han adelantado cuatro bólidos, así que cruzas la meta en quinta posición. Tus opciones para ganar el mundial se han esfumado. Pues bien, acaba la carrera y en lugar de darle otra vez a «inicio» para competir en Abu Dabi, la siguiente prueba del mundial, te bajas del monoplaza y caminas hasta el *box* del piloto que te ha adelantado. Te acercas a donde está, coges una silla y te sientas a horcajadas sobre ella, con el respaldo en tu pecho y tu compañero piloto frente a ti, y no le echas una bronca por una mala maniobra, ni le gritas, ni le amenazas con tus puños ni, en general, te comportas como un conductor en un atasco. Al contrario, con voz calmada le explicas cómo te has sentido cuando casi te estrellas por culpa de su maniobra. Reconoces que los dos sois profesionales, que lo vuestro es un deporte de competición, que hay muchos intereses económicos en juego y hasta muchos empleos y todo eso, pero también le dices que hay algo más importante que las victorias y el dinero. Son tus hijos que te esperan en una mansión con piscina cubierta cerca de Ginebra, a donde te has mudado recientemente con la excusa de estar más cerca de tu escudería, aunque, en realidad, lo has hecho para no pagar impuestos en tu país, al que dices amar y cuya bandera llevas en el

casco. Le cuentas que tienes unos padres ya jubilados, que te gusta leer a los clásicos y escuchar a Brahms. Que de pequeño te quisieron pegar pero que tu hermano mayor te defendió. Que tu tercer hijo nació con una enfermedad rara para la que no servía de nada la fortuna que tienes repartida entre dos bancos suizos, uno en las Bahamas, uno en Gibraltar y dos en Jersey. Que todo ese dinero no te consoló ni te dio esperanzas. Que no encontraste en él una luz que disipara tu miedo ni el de tu pareja, porque esa enfermedad rara no había recibido la atención suficiente y no había fármacos ni tratamientos eficaces. En definitiva, le pones en perspectiva. Amplías su campo de visión, enriqueces su percepción del mundo a partir de un incidente concreto, le das contexto. Él termina llorando y tú, magnánimo, le alargas la mano con la intención de calmarlo, pero, para tu sorpresa, él se levanta llorando y abre sus brazos y su pecho pidiéndote más contexto y más redención. Habéis entrado en la tercera dimensión.

9

¿Győr-Pér? ¿Clase EC?, seguía preguntando la auxiliar a los que iban acercándose a ella. ¿Sí? Formad un grupo aquí, por favor. Saqué la tarjeta de embarque y comprobé, con cierta sorpresa, que también nosotros volábamos a Győr-Pér. Sin perder de vista a Leticia, me acerqué a la auxiliar y le mostré nuestras tarjetas. Las inspeccionó y comprobó algo en su lista.

—Así que vosotros sois Felipe y Leticia.

—Sí.

—Presentaos con vuestras tarjetas y vuestra documentación en el acceso de seguridad 1. El único que no tiene cola.

Luego me entregó dos pequeños cartelitos azulísimos con nuestros nombres rotulados en blanco.

—Por favor, llevadlos en lugar visible hasta que lleguemos a destino.

—¿Por qué?

—Por la clase en la que voláis. Tanto la tripulación de cabina como el personal de tierra debe saber cómo os llamáis para dirigirse a vosotros.

Me quedé pensando en aquella obligatoriedad y ya me disponía a preguntar por el asunto, pero la auxiliar tenía todavía que rescatar a más gente y no me iba a conceder su tiempo.

—Disculpa —fue todo lo que dije levantando el dedo índice.

—Llevar este identificativo es algo que habéis aceptado al firmar el contrato de transporte —atajó adivinando mi pregunta.

—Yo no he firmado nada.

—La aceptación de los términos y condiciones en el momento de la compra del billete tiene el mismo valor legal que la firma de un contrato —y se dio la vuelta para seguir su camino.

Metí los identificadores en un bolsillo de la mochila y la seguí.

—Perdona, una cosa más. ¿Para qué es este grupo? —pregunté.

—Para pasar al control de seguridad por delante de toda esta gente y embarcar lo antes posible —contestó la auxiliar dirigiendo un gesto a la cola sin dejar de caminar.

—Pero ¿por qué nosotros?

Se detuvo entonces. Lo hizo con pesar, soltando breves bufidos. Lo hizo para deshacerse de mí, el pasajero fastidioso que cree que está él solo en el aeropuerto y que tiene derecho a acaparar al personal para responder a todas sus preguntas. A la auxiliar le faltó decir: con lo que has pagado por tu billete no tienes derecho ni a la segunda pregunta. Pero como tengo que encontrar al resto de los pasajeros, voy a detenerme y a contestarte de manera que no vuelvas a retrasarme.

Tomó de mi mano el folio impreso, casi me lo arrancó, y con el dedo índice señaló un detalle en la tarjeta. Uno de esos códigos larguísimos en el que, mezclado con otras cifras y letras, se destacaban en negrita dos caracteres: EC.

Mientras regresaba a donde estaba Leticia para comunicarle la buena nueva, me pregunté por aquellas dos letras, el misterio de las siglas: *Economy Class*; *Elemental Class*; *Extraordinary Class*; Entrada Coordinada; ¡Enhorabuena, Cabrones!

La vi de lejos, en la cola, cubierta la cabeza con la capucha, la viva estampa de la desgana. Y viéndola así, pensé en si mi detalle había surgido para satisfacerla a ella o a mí. Si no estaríamos viajando simplemente para llevar a término mi ocurrencia independientemente del destino y de Leticia. El colmo del

ensimismamiento: el detalle como homenaje al que lo tiene, y no al revés.

Bien pensado, algo que he podido hacer después, una sorpresa como la que había preparado era algo que no iba con ella. En primer lugar, porque era una sorpresa y ella, por lo general, siempre las detestó. ¿Qué dimensión le añade a un regalo el hecho de que te caiga encima sin haberlo visto venir?, me dijo en algún momento. Y tenía razón. Por lo demás, ella no es que necesitara el detalle clásico de unas flores, que también, sino gestos. Los gestos, por resumir, serían la versión tridimensional de los detalles. Es decir, lo mismo, pero con profundidad. ¿Cuánta? Tanta como tiene el que tiene el gesto. Sobra decir que, cuanta más profundidad, mejor. Y, hasta la fecha, también sobra decirlo, yo no había explorado demasiado mi dimensión profunda.

Leticia no necesitaba flores ni cena con violines, que también. Esos detalles funcionan mejor en las películas de sobremesa de uno de esos canales sin cinéfilos en el consejo de administración. Lo que ella quería, necesitaba más bien, eran gestos cotidianos que le indicaran que, en su mayor parte, mis prioridades coincidían con las suyas y, por supuesto, con las de nuestra pequeña familia. Me hubiera gustado saber antes, mucho antes, lo que ahora sé. Por ejemplo, que el número cardinal que le corresponde al conjunto llamado pareja no es dos, como podría parecer, sino tres. Un miembro, otro miembro y un tercer miembro en forma de ente llamado proyecto común, que genera sus propias necesidades y que no tienen por qué coincidir con las que tienen, respectivamente, miembro uno y miembro dos. Durante muchísimos años de la unión entre miembro uno y miembro dos, miembro tres es el centro y el socio mayoritario. Esta sería la disección anatómica de nuestro miembro tres: los niños, en primer lugar. Sus necesidades, su

bienestar, su vida social y escolar; la casa y sus engranajes. La calidad y calidez del espacio, su limpieza y salubridad, el discurrir normal de sus fluidos, aquel clavo en el suelo que sobresalía y en el que, tarde o temprano, a alguien se le enganchaba un calcetín hasta rasgarlo; y la energía para que todo aquello funcionara. La compra mensual, la semanal y la diaria, la preparación de los desayunos, almuerzos razonablemente saludables para los niños, comidas, meriendas, cenas; la ropa de unos hijos que crecen cada día. Nuestra propia ropa: la de dormir, la de trabajar, la de las reuniones, la de correr, la de nadar, la de jugar al baloncesto, la de las fiestas y celebraciones, la de seducir al otro en la intimidad.

A estas alturas es una obviedad decir que, aunque compartíamos una misma visión de lo común, no compartíamos el mismo compromiso. Mea culpa. Leticia me decía: no quiero que vayas por detrás de mí, sino a mi lado. Verte poner lavadoras y tenderlas y hacer un menú y preocuparte por los cumpleaños y los disfraces y buscar el martillo para hundir en la madera el puto clavo del suelo justo después de que hayamos discutido no es la solución. Es más, deberías verte a ti mismo en medio de esa hiperactividad. Pareces un niño de diez años al que han regañado. Más tarde, a treinta y dos mil pies de altura y novecientos treinta y cinco kilómetros por hora, me echaría en cara que, en mi panegírico de la rutina, no hubiera incluido, cómo no, los calcetines desparejados y el cubo de la basura rebosante. Solo los atardeceres, los acordes de Vivaldi y la risa de los niños.

Lo que Leticia pedía era algo tan concreto como que yo fuera consciente del resto de las cosas que me rodeaban y que, a continuación, renunciara a las comodidades que tuviera que renunciar para hacerme cargo de esas cosas sin necesitar por ello, cada vez, un homenaje agradecido. Es decir, que saliera de mi

ensimismamiento permanente, como ella lo llamaba. Y para demostrar eso, nada mejor que gestos. Los gestos, ya se sabe, denotan algo interiorizado en el carácter, incorporado a él. De ese núcleo incandescente mana, por ejemplo, la tercera dimensión. En su versión más genuina los gestos surgen espontáneamente sin que medie la voluntad, como una expresión natural y profunda de quienes verdaderamente somos. Un gesto es interponerse súbitamente entre un bull terrier rabioso y tu hijo pequeño que, bocadillo en mano, ve como su vida termina nada más empezar. El *gestante* no mide ni piensa: actúa. Mejor perder un trozo de pierna propia que cargar con la vergüenza de ver crecer a tu hijo sin la suya porque, llegado el momento, en lugar de lanzarte contra el perro, te lo pensaste unos segundos.

10

En cada control de seguridad de cada aeropuerto del mundo hay un pasillo en el que nunca hay cola. En nuestro caso, el acceso de seguridad número 1. Por esta clase de pasos acceden las tripulaciones, el personal, los diplomáticos, los famosos y los dignatarios. Judy Garland o Carlos V, si estuvieran vivos, habrían sido conducidos hasta ese lugar. No solo eso: una vez allí, habrían sido tratados con babosa cortesanía por el mismo personal que, un pasillo más allá, les ladraba a los viajeros de forma inmisericorde. Carlos I de España y V de Alemania, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, tendría problemas para pasar por el estrecho arco de seguridad. Lo habría intentado primero de frente, pero las hombreras de la armadura y los codales, puntiagudos, chocarían con el gris metal de la puerta magnética, arañando su pintura lacada. De lado, encontraría dificultades para no rozar el arco con la pancera y el espaldar. Se ve que la peste negra que había asolado Europa en el siglo XV había dejado un siglo XVI con espacio de sobra para que la gente fuera por ahí vestida con armaduras holgadas y, en general, ropajes estrafalarios. No volvería a suceder algo igual hasta los años ochenta del siglo XX.

El edecán del emperador le habría orientado con voz temerosa y muchos verbos en condicional. Una pulgada hacia oriente sería apropiada, mi Emperador. El filo de un sable rumbo a Flandes obraría el paso, su Majestad. El grosor de un cuarto de cálamo a estribor, su Alteza.

Pi, pi, pi, sonaría el arco de seguridad. No se preocupe, señor V, le habría dicho el guardia, debe de ser la armadura que ensalza su vencedor porte o quizá la platería de los Fúcares que adorna su egregio cuello. No, no hace falta que pase su Majestad el collar por el escáner. Ni su espada toledana. Es más, me sentiría el más honrado y fiel de sus súbditos, Señor Don Emperador, si por algún motivo (o sin él) hundiera su Alteza mi cráneo con un decidido golpe de ese mismo acero español.

Así, mientras el pueblo llano hacía cola en los pasillos de seguridad convencionales, descalzos, cargando con sus bandejas repletas de pertenencias, nosotros aguardábamos tranquilos en aquel pasillo *imperial* habiendo superado el juicio del arco, habiendo sido tratados con tranquila cortesía. Y todo gracias a aquellas dos letras impresas en la tarjeta de embarque acerca de cuyo significado no tardaría Leticia en indagar.

Miré hacia el pueblo llano y, aunque soy un defensor de la igualdad de oportunidades y un creyente devoto de la Carta de las Naciones Unidas, ver desde nuestra posición a toda esa gente quitándose los zapatos, bebiéndose los líquidos, disputándose las bandejas de plástico y hasta untándose las cremas de más de cien mililitros, me resultó desasosegante. Y, al mismo tiempo, vernos a nosotros, solos junto al arco de seguridad, sin empujar ni ser empujados, simplemente esperando la llegada de quien prometía abrirnos todas las puertas, me hizo sentir especial.

La auxiliar apareció un momento para pedirnos que esperáramos allí, junto al solitario arco, en compañía de otros pasajeros a los que también había rescatado de la campaña contra los príncipes protestantes y que supuse que, como nosotros, habían sido distinguidos con las dos letras. No os mováis de este lugar, dijo, y la vimos darse la vuelta y enfilar hacia la terminal abarrotada y

desaparecer engullida por la multitud, indistinta con ella, carne entre la carne.

Verla desaparecer me hizo sentir un escalofrío, pero no por el temor de que pudiera ser aplastada por la masa, algo plausible, sino por el alivio de haber escapado de aquel lugar y verlo todo como algo pasado y superado. Habíamos sido puestos a salvo en una isla de tranquilidad en medio de un aeropuerto abarrotado, aunque decir «aeropuerto abarrotado» empezaba a ser una redundancia. En esa isla un grupo de pasajeros compartíamos los privilegios de la calma y el espacio.

Allí esperábamos a la auxiliar, cada uno dedicado a sus asuntos. Leticia, también a lo suyo. Y yo aprovechando aquella prórroga que nuestro refugio nos había procurado para seguir agarrándome a una idea que hacía aguas por todas partes. En ese momento todavía no era consciente, pero Leticia era, sobre todo, una mujer agotada y unas horas después, a novecientos treinta y cinco kilómetros por hora y treinta y dos mil pies de altura, una mujer dolida, aunque todavía no desquiciada. ¿Qué sentido tenía un detalle romántico en tales circunstancias? Por primera vez empecé a notar la disociación entre el espejismo y la realidad. La realidad estaba a la vista y el espejismo no era otro que empeñarse en ir de regreso al lugar en el que nos dimos nuestro primer beso en busca de un milagro. Pues bien:

«No volverás al lugar en el que os disteis vuestro primer beso».

Ese hubiera sido el undécimo mandamiento si Moisés y Séfora hubieran dejado languidecer su relación como hicimos nosotros con la nuestra. En su caso, hubieran tenido que viajar a pie a los montes Madián, a orillas del mar Rojo; en el nuestro, iríamos en avión hasta la coqueta ciudad de Novo Mesto, en Eslovenia, país en cuya capital,

Liubliana, habíamos coincidido como estudiantes erasmus veintitrés años atrás.

No volverás a ese sitio porque ese sitio hace tiempo que dejó de ser un lugar real para convertirse en el mito fundacional de vuestra vida en común. Y los mitos, como los ídolos, es mejor no tenerlos delante porque, cuando eso sucede, dejan de producir fascinación. A Bob Dylan, quizá, le broten pelos de las orejas y eso será todo lo que recuerdes de él cuando regreses a tu casa con el álbum que le llevaste para que te lo firmara. Ni *Blowin´ in the Wind*, ni *Like a Rolling Stone*. Solo la imagen de esos matojitos de pelo recio brotando de los orificios auditivos. Y, por supuesto, el disco sin firmar.

El undécimo mandamiento, sea como sea, hubiera tenido una disposición adicional. En el caso de Moisés, no haréis a pie el camino de vuelta desde los montes Madián porque bastante tuvisteis ya con la ida. En el nuestro, si lo que pretendes es tener un detalle romántico, no comprarás, bajo ningún concepto, un vuelo de bajo coste. ¿Por qué? Porque lo verdaderamente romántico no casa bien con la ramplona mediocridad del consumo de masas. Los que dieron forma al romanticismo lo hicieron pensando en solitarias ruinas griegas, en poemas compuestos en diminutas lenguas vernáculas, en melancólicas cabañas de madera ocultas en bosques umbríos, allá, en los misterios del Piamonte o de la Baja Silesia. Los que inventaron el romanticismo reclamaban silencio y sosiego que son condición *sine qua non* para poder acceder a una experiencia de lo sublime. Y yo, lejos de acogerme para mi detalle a esos sencillos preceptos, había pecado gravemente contra la disposición adicional del undécimo mandamiento al comprar no un vuelo de bajo coste, sino uno de ultrabajo coste. Todavía no estamos familiarizados con ese concepto, pero no tardaremos en oír hablar de él a todo el

mundo hasta que, a fuerza de repetirlo y de practicarlo nosotros mismos, lo hayamos naturalizado como en su día naturalizamos el término colesterol o el bajo coste convencional, dándole la bienvenida acríticamente, sin molestarnos en buscarle una respuesta razonable a una pregunta tan simple: ¿Cómo es posible que este vuelo que atraviesa Europa entera sea tan ridículamente barato? ¿Quién paga todo ese queroseno que se quema en las alturas? Buenas preguntas, sí, pero para un ciudadano comprometido con el mundo. Yo, que en ese momento solo podía estar comprometido con mi salvación, me hacía otras: ¿Cuántas horas hacía que habíamos salido de casa? ¿Cuánto dura el efecto de la benzodiazepina? ¿Cómo y cuánto resiste en el torrente sanguíneo, relajando aquí y allá, adormeciendo mucho o poco? Fuera lo que fuera, el silencio de Leticia, a esas alturas, ya no era químico, sino anímico. He llegado a la certeza de que aquel viaje solo hubiera podido salir bien si Leticia hubiera seguido consumiendo drogas. No digo con esto que solo drogada habría comprendido lo que había detrás de mi detalle romántico. Digo que solo así, quizá, se habría dado cuenta de que, al menos, había un elemento que enlazaba mi detalle con ese romanticismo clásico. Una sola cosa, pero, literalmente, la misma cosa. Algo en lo que yo no había reparado, pero que, ahora que he tenido tanto tiempo para pensar, he descubierto. A los pintores románticos, como Friedrich o Turner, les encantaba la luna llena. Su luz lechosa iluminando delicadamente la Suiza sajona o la costa frente a Whitby, aportando una media luz capaz, al mismo tiempo, de sugerir los contornos de las cosas y de ocultar su verdad. La misma luna que iluminaba la campiña del Po y en cuya contemplación desde su cautiverio en la Torre Farnesio se perdía Fabrizio del Dongo en *La Cartuja de Parma*. Esa es la imagen que mejor recuerdo de ese libro. El mismo objeto celeste que pudieron

observar Asurbanipal, Jenófanes de Colofón, Tycho Brahe o Billie Holiday y que resplandecía sobre Sevilla la noche en que desperté a Leticia para irnos al aeropuerto. En nuestro caso, la campiña del Guadalquivir y esa misma luz perfilando las azoteas y las torres de las iglesias de la ciudad. Las aguas de los tejados y las antenas de televisión. La ropa tendida a la espera del sol de la mañana, aunque fuera el sol del invierno en el que emprendimos nuestro viaje al origen del amor y que despegaba a las cinco menos cuarto de la madrugada, hora local. Una hora dolorosamente temprana porque, al parecer, la franja de las cinco y media, seis de la mañana, ya estaba ocupada por las líneas de bajo coste convencional. Esas que vuelan antes de que operen las compañías de bandera, porque madrugar siempre ha sido cosa de pobres. Por lo demás, te imprimes tú el billete, poco espacio entre los asientos, lucha inmisericorde por meter la maleta encima de la plaza asignada aleatoriamente, que tan aleatoria no será cuando siempre te perjudica. Lotería en pleno vuelo, asientos imposibles de reclinar, pago extra por maleta, suplemento por bolso, sándwiches a precio de oro, tripulación al límite de la cortesía, sensación de ser tratado como ganado, tapicería plástica capaz de aguantar todo tipo de vómitos. Colores chillones, publicidad en cada rincón, fanfarrias triunfales al conseguir lo que se supone es una obligación: llegar en hora. En definitiva, eso que ya hemos asimilado hasta considerarlo normal. BluestAir, nuestra compañía, digamos que iba más allá. BluestAir, *pushing the limits*, decía su reclamo. Y es cierto que empujaban los límites. Hasta un punto nunca visto.

Literalmente hablando, el primer límite que BluestAir había empujado era el del aeropuerto de destino. Si no te puedes permitir aterrizar en el aeropuerto que hay dentro de la ciudad de Londres, Luton, la opción pobre, solo está a cincuenta y cinco kilómetros del

Big Ben. Charleroi a sesenta de ese niño de bronce que mea indefinidamente en el centro de Bruselas y que tanta gracia les hace a los turistas. Hasta ahí habían conseguido las aerolíneas de bajo coste empujar los límites. BluestAir, en nuestro caso, se había llevado los suyos hasta Győr-Pér, tan lejos de nuestro destino que no estaba ni siquiera en Eslovenia, sino en Hungría. Exactamente a cuatrocientos treinta y siete kilómetros de Novo Mesto. Si hubieran empujado más los límites habríamos aterrizado en Asia. Pero lo cierto es que, entre la excitación del viaje y la de estar comprando semejante ganga, que lo era, no me paré a leer la letra pequeña del contrato. Aunque, claro, ¿se sabe de alguien que se haya leído alguna vez la letra pequeña de un billete de avión? Es que ni la de nuestras dos hipotecas me pude leer yo. Y eso que pagamos una fortuna por cada una de las dos casas. Especialmente por el puñetero apartamento de la playa. Años escuchando la letanía de Leticia sobre lo insolentemente burguesa que era mi familia, pero la idea de comprar una segunda residencia fue de ella, no mía. Que los niños crezcan en la naturaleza, dijo. Pero claro, tal y como estaba de sucia aquella playa y de construida y de llena de bañistas, costaba trabajo pensar en ella como en parte de la naturaleza. Cuando pienso en naturaleza lo que me viene a la mente son imágenes de bosques primarios de Alaska, donde los osos pescan salmones a zarpazos y destripan a los *influencers* que se hacen selfis con ellos de fondo. Cuando pienso en naturaleza pienso en cosas así, no en el manso mar que bañaba un pueblo de pescadores que hacía décadas que había dejado de serlo. Ya no había flota amarrada allí, ni huertas, ni linces ibéricos. Ni tan siquiera perros callejeros. A lo sumo, había mascotas. Fin de la naturaleza.

Lo que sí había, por el contrario, era un urbanismo acumulativo, donde cada pelotazo inmobiliario se había montado sobre el

siguiente. Nuestro apartamento formaba parte de una de esas promociones para pobres levantadas con materiales de pésima calidad en la costa de Cádiz. Apartamentos minúsculos, clonados y apiñados que tenían zonas comunes solo porque la Ley obligaba a ello. De haber sido por el promotor —con total seguridad un pocero, un chatarrero, un prestamista, un usurero, el presidente de un club de fútbol—, se habría accedido a cada vivienda pasando por el salón de la anterior.

Pero, volviendo al contrato que supuestamente yo había firmado, tengo que decir que hay letras pequeñas y letras muy pequeñas. La de nuestros billetes pude leerla después, cuando me hice con una lupa con los suficientes aumentos. Aquella letra pequeña era tan pequeña que la impresora había sido incapaz de reproducirla con nitidez sobre el papel. Pero qué importancia podía tener aquel montón de párrafos con intrincados textos legales si nuestra escapada, además de romántica, era más barata que quedarse en casa. Lo digo completamente en serio. El día que compré los billetes introduje el destino en el formulario, las fechas, dos adultos, dos maletas pequeñas y *voilà*, la ganga. Diría incluso más: mejor que una ganga.

11

Durante el tiempo que la auxiliar tardó en regresar dos cosas llamaron mi atención. La primera, el grupo de los allí congregados, que parecía salido de una película de Mel Brooks. La otra, irrelevante para cualquiera excepto para mí: Leticia se había quitado la capucha. ¿Era esto relevante porque, en mi conocimiento exhaustivo de su psique, suponía una señal? ¿Un indicador de que la química había perdido la batalla y de que Leticia regresaba al mundo de los vivos? Me hubiera gustado, claro que sí, que ese salir de su fortaleza impermeable con pelitos en el flequillo hubiera implicado un cambio de actitud. Me hubiera complacido enormemente que Leticia hubiera dicho: me quito la capucha, Felipe, porque la hibernación ha terminado. ¿A dónde decías que íbamos? ¿A Győr-Pér? Eso dónde está. Da igual, Felipe. Yo voy contigo a donde tú quieras, amor mío. A las tres de la tarde o a las tres de la madrugada, como es el caso. Por curiosidad, Felipe: ¿Qué se nos ha perdido en Győr-Pér? Ah, que en realidad vamos a Novo Mesto. Mucho mejor. Allí nos conocimos y allí volveremos a disfrutar de la vida como hicimos aquel primer día.

Por supuesto, Leticia no se quitó la capucha como forma de renacimiento, sino para poder observar, sin el obstáculo de la nube de pelito sintético, a uno de los rescatados. Era un hombre joven, de unos treinta y cinco años. Impolutas zapatillas deportivas, pantalón ajustado, jersey ligero y, sobre el pecho, uno de esos arneses portabebés conteniendo lo que parecía algún tipo de criatura peluda rescatada por el joven Luke Skywalker en algún polvoriento confín de la galaxia, pero que, en realidad, era un perro. Al animal le caían

lacias las cuatro extremidades y miraba a los allí reunidos con lo que parecía indiferencia, pero que, en realidad, era una aceptación estupefacta de su nuevo lugar en el mundo. Me hubiera gustado estar en sintonía con Leticia. Habríamos buscado la mirada del otro y ella habría elevado una ceja de manera discretísima. Y un par de arrugas se le habrían formado en la frente, la piel plegada, y algo en el contorno de sus ojos, imposible de interpretar para cualquiera excepto para mí, habría dicho: qué te parece, Felipe. ¿Qué nos dice este simpático perrete así como su porteador del tiempo en que vivimos? ¿No te recuerda ese arnés al que nos dejó tu hermano cuando nació María? Solías llevarla tú al parque en ese arnés después de la papilla de frutas de la merienda: plátano, pera, zumo de naranja y un par de galletas. Me reconfortaba observar cómo te ajustabas las cinchas para que el arnés te quedara ajustado y cómo cargabas a María con pericia y seguridad y la asegurabas y le ponías el gorro en invierno. Qué tiempos aquellos. Pero volviendo al perrete, ¿qué menú pedirá el animalito cuando estemos volando? ¿Carne, pescado, o galletitas con forma de huesos? Por su bonhomía peluda y por su evidente parecido, quedará bautizado, entre tú y yo, como Ewok, en honor y memoria a esos habitantes de las lunas de Endor, allá en Star Wars.

El resto del casting contratado por Mel Brooks lo completaban el hombre que, ininterrumpidamente, seguía repasando para su escuchante lo que parecía un menú de ciento treinta y seis mil pequeños bocados. Experiencias, decía él todo el tiempo. Un poco más allá, la mujer del salacot a la que habíamos dispensado de ser la última en la cola. También un señor mayor con aspecto de jubilado que llevaba una mochila pequeña y una riñonera de cuero gastado que se veía hinchada. Si tenía que sacar algo de ella, primero observaba a los congregados por encima de las gafas, algo

caídas, y cuando se aseguraba de que nadie estaba mirando, abría lentamente una de las cremalleras, lo justo para poder introducir en aquel marsupio un par de dedos, rebuscaba, encontraba, pinzaba y extraía lo requerido sin dar una sola pista acerca de los objetos allí contenidos.

Solo había un rescatado diferente del resto. Permanecía ligeramente apartado del grupo, tan lejos, en realidad, como podía. Era alto y delgado. El pelo oscuro sutilmente engominado y peinado hacia atrás. Gafas de sol, zapatos puntiagudos, traje oscuro y entallado. Gemelos de oro blanco asomando por las bocamangas enhiestas, las puntas del cuello de la camisa convenientemente retiradas hacia los lados para dejar lugar a un nudo de corbata abultado y sedoso. Azul claro, con finas líneas color vino peinando el tejido y un pañuelo con sus iniciales emergiendo del bolsillo, sobre el corazón. Por todo equipaje, una especie de maletita forrada en piel con las esquinas protegidas por herrajes cobrizos y el logotipo de Louis Vuitton estampado, formando un patrón. Con lo que imaginé que le había costado la maletita podría haber comprado todos los asientos del avión y le habría sobrado, seguramente, para dos aviones más como aquel. Si nuestra vieja complicidad estuviera en su sitio, si estuviéramos en condiciones de reír, siquiera de hablar, sin duda habríamos apodado a aquel tipo como el *Duque*.

Pero, a pesar de la cabeza descubierta de Leticia, no había mucho de lo que se pudiera hablar. Podría haberme acercado a ella, quizá decir Ewok o *Duque*, pero me aterraba su silencio porque lo conocía bien. Cuántas veces no lo habría pinchado yo, provocando su explosión, incapaz también ella de darles salida a sus amarguras de una forma progresiva. Felipe, gran experto en Leticia, diría mi tarjeta de visita. Y por detrás: pésimo artificiero emocional.

Porque para cuando todo sucedió, habíamos recorrido tanto juntos (veintitrés años, dos hijos, nuestro piso en Sevilla y el apartamento en la playa, el coche de las invasiones) como para habernos convertido en los mayores expertos mundiales en el otro. A esas alturas de mi vida, podría decir, Leticia era mi gran especialidad, mi campo de conocimiento. A ella, supongo, le pasaría lo mismo conmigo. A veces me siento, vuelvo a las plantas, como ese botánico que ha dedicado toda su carrera a la observación de la judía trepadora y solo a eso. Podría parecer poca cosa, pero a ese científico le ha dado para llenar una jornada completa durante cuarenta años, para publicar una docena de veces en *Nature* y otras tantas en *The Plant Cognition Journal*. Si hubiera un Óscar o un Nobel o una medalla Max Planck en las relaciones de pareja, yo sería el gran candidato a la categoría «Leticia». Diría, incluso, que el único candidato. Eso no significa que lo sepa todo sobre ella, algo, además de imposible, indeseable. Todos tenemos algo escondido y ella, como todos, tiene lo suyo, que dice la canción.

Darwin le dedicó mucho tiempo a la judía trepadora. A algunas otras cosas también, claro. Y a pesar de su dispersión intelectual (simios, galápagos, judías trepadoras, lombrices de tierra durante sus últimos años) ha pasado a la historia. Desde ese punto de vista me pregunto a dónde pasaría yo, que solo me he dedicado a un tema.

Mi conocimiento enciclopédico de Leticia, me he dado cuenta, constaba de saberes concretos e inconcretos. Los primeros son objetivables. Sé exactamente qué aceite le gusta para desayunar: variedad vidueña temprana de La Laguna de Fuente de Piedra, en Málaga; sé cuál es su gran anhelo como corredora: bajar de tres minutos y cuarenta segundos en un kilómetro; su flor favorita: la margarita blanca; sé cuál es el tercer apellido de su madre:

Expósito; sé que hay un punto en su espalda, en la región subescapular, que es la puerta de entrada secreta a su deseo. Y yo sé cómo abrir esa puerta con mis dedos y con mi lengua. Y sé cómo, una vez allí, avanzar hasta el final siguiendo un recorrido tan preciso como inexplicable; sé cuál es el libro que Leticia salvaría en caso de incendio: *Brooklyn Follies*, de Paul Auster: sé que lo ha leído siete veces y sé que, a pesar de eso, detesta la idea de viajar a Nueva York. No digamos la de vivir allí, como yo fantaseé durante un tiempo.

En el capítulo de saberes inconcretos, soy capaz de calibrar su estado de ánimo a partir de la presión con que pisa sobre el suelo de madera de la casa. Puedo saber si ha discutido con su madre o si ha tenido algún problema con su jefa solo por el modo en el que prolonga imperceptiblemente un sí o un no. En un sentido inverso, puedo inferir con bastante precisión su alegría o su satisfacción o su orgullo, solo por un pendiente minúsculo que ha elegido o por cómo están colocadas sus cosas en la mesilla de noche. El modo en que cierra una puerta me dice cosas. Su manera de teclear un mensaje, de elegir una película u otra, de combinar un pantalón con una chaqueta o una blusa, de suspirar, de gemir, de decir sí, de decir no. Todo eso tiene un sentido que yo soy capaz de interpretar.

Tengo identificadas, al menos, cinco variantes de su risa: una carcajada gutural, sobrada de ventilación pulmonar, casi una forma de tos, cuando necesita aparentar seguridad en un ambiente que la intimida. Hay una risa que le hace cerrar los ojos, llorar y agudizar la voz hasta el pitido y que podría igualmente pasar por una forma de llanto infantil. Esta solo se produce cuando todo está en su sitio, también nosotros. Está la risa de cuando se siente equilibrada y segura, cuando no tiene que aparentar, ni que pretender, ni que alcanzar, ni que empatizar, ni que contemporizar o templar, mi risa

favorita. La risa de cuando media en las discusiones con mi familia durante las cenas de Navidad, que es como si se hubiera pillado un dedo y tuviera que disimular el dolor. Tiene también una risa evolutiva o adaptativa que se mimetiza con la del otro y que hace que ese otro se sienta bien.

Y luego está el capítulo de su silencio. De sus silencios. A primera vista se diría que el silencio es solo uno y que se manifiesta de forma binaria: existe o no existe. Si hay ruido, no hay silencio. Si hay expresión, tampoco. Pero, como máxima autoridad mundial en Leticia, puedo decir que, para mí, su silencio tiene tantos matices como el blanco de la nieve para los inuit. Podría diferenciarlos por su densidad, por su duración o por el efecto que causan en el ambiente, pero, sobre todo, puedo distinguirlos por la gestualidad con la que Leticia los acompaña.

Había silencios gozosos. Cuando era yo quien conducía, de noche, a la vuelta de unas vacaciones en Asturias o en los Pirineos, los niños dormidos en el asiento de atrás. Un silencio acompañado de su mano que se posaba sobre mi pierna o sobre el dorso de mi mano que, a su vez, se apoyaba en la palanca de cambios. En ese silencio ella decía: conduzco contigo, aquí estoy.

El silencio lector cuando, al principio de todo, antes de los hijos y del sofá en ele, dedicábamos un par de tardes a la semana a sentarnos a leer en un parque o en la ribera del Guadalquivir, a la sombra del puente de Triana. Por aquel entonces ella estaba enamorada de la literatura norteamericana, un placer que me contagió. Ella, novelas de Elizabeth Strout y Paul Auster. Yo, sobre todo, relatos de Flannery O'Connor y Tim O'Brien.

Estaba el silencio de la noche, en la cama, en invierno. Los dos tumbados de costado, en forma fetal, ensamblados vientre contra espalda, dos piezas de un puzle, las manos buscándose.

El silencio colosal de su presencia, cuando el hermano de mi mejor amigo se suicidó. Allí estaban ella y su silencio, porque no había nada que se pudiera decir y nada que necesitara ser dicho.

Y luego estaban los silencios pesarosos, cada uno con su propia gestualidad. Si, por ejemplo, sus movimientos eran pastosos, renuentes, significaba desgana. Generalmente le sucedía cuando se veía arrastrada a hacer algo que no quería hacer, pero a lo que tampoco se atrevía a negarse, como estar en medio de la noche en aquel aeropuerto y rodeada de extraños. Los hombros se le caían entonces, descolgados, y la mirada se le desenfocaba, como si tratara de ver algo inexistente a media distancia.

Si en su silencio los brazos le colgaban lacios a los lados del cuerpo, apatía. Le pasaba en Navidad, en casa de mis padres. Desde el otro extremo del salón yo la veía escuchar a mi hermano, con las manos tendentes al suelo, sin sangre, mientras él le hablaba de su asombroso trabajo como analista de datos en una empresa financiera de medio pelo, pero a la que él se refería como *punta de lanza* del sector. Contable, solía resumir Leticia en nuestro camino de vuelta a casa.

Silencio con bostezos y vistazos al reloj cada dos minutos, aburrimiento. Cada treinta segundos, aburrimiento mortal. Le pasaba con el cine iraní y con las películas de Aki Kaurismäki, que a mí sí me gustaban. Silencio y agitación ligeramente espasmódica en pierna derecha, impaciencia.

Silencio acompañado primero de suspiros y después de refriegas en la cara con las dos manos, signo de frustración. Gestiones online en general y con la administración en particular: la página web que se cuelga, el ordenador que se ralentiza falta el plugin, falta JavaScript, falta un complemento, falta un dato en un formulario que

no se despliega, aceptar las *cookies*. Tecleo brusco, bufidos a la pantalla.

El ceño mostrando pliegues horizontales por efecto de dos fuerzas verticales opuestas: desde arriba, la frente empujando hacia abajo. Desde abajo, la nariz subiendo y abriendo los orificios nasales. Brazos fuertemente cruzados, labios duros y silencio: irritación.

Largo silencio de días o hasta semanas, para mí siempre eterno, y una mirada de acero que todo lo penetraba y en ninguna cosa descansaba. La proa de un rompehielos nuclear ruso, de los que no se detienen ante nada ni ante nadie, cueste lo que cueste, avanzando por el Ártico de nuestros enfados. Uno de sus peores silencios, el resentido.

El enfado ocasional solía cursar con silencio y cejas tensas. Respiración fuerte y, con frecuencia, brazos en jarras. En esas ocasiones no tardábamos en resolver el asunto en cuestión con una carcajada porque verla así, con los brazos como asas, nos conducía de regreso a la infancia.

Silencio con bufidos casi imperceptibles, dedos cerrados en puño, codos semiflexionados, sudor en el entrecejo, conato de murmuración: rabia. En momentos así yo veía claramente como le aparecía sobre la frente una de esas pantallas de puntitos rojos que hay en las farmacias y en las que un texto corre de derecha a izquierda. Leticia no decía nada, pero yo podía leer claramente en su letrero lo que le pasaba por la cabeza: *hijodelagranputa*. Esos momentos en los que asistes a una injusticia flagrante o a un acto de caradura. Eso es algo que Leticia no llevaba nada bien, la caradura de los demás, que sacaba de ella un carácter que no mostraba en el día a día. Arrojo, imprudencia, más caradura que el otro, en ocasiones.

Solo había un tipo de silencio que era la antesala de lo contrario, de la explosión, el grito y el llanto. Un estado de ánimo que ni Leticia ni nadie es capaz de sostener callado: la ira. Cuando llegaba, muy de cuando en cuando, por suerte, todo se rompía y todo se calmaba. Una descompresión como el reventón de una rueda, que obliga a parar y replantear el viaje.

Algunos de esos silencios se consumían en sí mismos y otros eran el preámbulo de una disputa. En ellos Leticia esperaba a que yo o su madre o el mundo respondiéramos a una pregunta no formulada, pero que, en su opinión, estaba suspendida en el aire, frente a nosotros, imposible no verla. ¿No te das cuenta de que tal amigo necesitaba que le hicieras un favor? ¿No te das cuenta de que llevo seis semanas seguidas sin tomarme un descanso mientras que tú has jugado todos los miércoles al baloncesto? ¿No te das cuenta de que, mientras yo no paraba, no le has dedicado ni un minuto a planificar las vacaciones y luego te quejarás de lo caro que es todo a última hora? ¿No te das cuenta? ¿No te das cuenta? ¿No te das cuenta? Y no, no me daba cuenta o no quería darme cuenta.

Muchas veces, demasiadas quizá, aquellos silencios no terminaban ni en pregunta suspendida, ni en respuesta, ni en bronca, sino en reproches que barríamos debajo de la alfombra o que, como alguna vez le dije, metíamos en una cripta. Ese lugar oscuro y húmedo que todos, menos los niños, albergamos en nuestro interior.

Esos silencios que precedían a la explosión eran progresivos en su densidad y tensión e iban creando, a medida que se prolongaban, un estado en el que el aire de la casa se detenía y se volvía raro. Las copas de cristal parecían rozar entre sí, ellas solas, tintineando en la vitrina. El mecanismo interior de los enchufes empezaba a emitir el zumbido propio de las conexiones precarias. El pelo de los antebrazos se erizaba. Y entonces, una palabra de más, o de menos,

o una murmuración provocaba el chispazo que dejaba la casa sin luz, la calle, el barrio, la ciudad, el país, el hemisferio norte. El mundo entero. Y cuando eso sucedía yo sentía que ya no podía haber para nosotros otra alternativa que la separación.

Y esa sensación de no volver a verla o, peor, de encontrármela cualquier día por la calle y saber que tenía una vida al margen de mí, de nosotros; con otra pareja o sin ella, pero una vida independiente. Sin esas rutinas nuestras que durante tantos años habían articulado la vida en común, que la habían sepultado, en su opinión. Tantas y tan asentadas rutinas que, en algún momento, pensó ella, ahora lo sé, eso era todo lo que quedaba entre nosotros: una enorme rutina en la que los días se sucedían, idénticos, uno detrás de otro, avanzando hacia un futuro inalterable, ni muy rápido ni muy despacio, sino a velocidad de crucero, que es la velocidad favorita de quien tiene un pensamiento conservador. Según ella, yo.

Yo, pensamiento conservador.

12

Hace poco vi un documental del tsunami que en 2004 asoló Banda Aceh, en Indonesia. Al parecer, los animales costeros huyeron tierra adentro algún tiempo antes de que la gran ola tocara tierra firme y continuara su viaje arrasador. Así nosotros, activados por una fuerza igualmente misteriosa, nos volvimos al unísono y dirigimos la mirada hacia la muchedumbre de la terminal, sustancia bullente, unos segundos antes de que de ella emergiera la auxiliar, despeinada y con los faldones de la camisa por fuera. Seis hombres la seguían: todos jóvenes, todos fuertes, solo uno de ellos vestido de novia. Cuando llegó a donde estábamos quizá sintió que había alcanzado una meta e hizo lo que hacen los corredores en las metas: flexionó el torso, apoyó las manos en las rodillas, jadeó espasmódicamente y, en el centro del corro que empezábamos a formar en torno a ella, pidió, levantando una mano, que le permitiéramos recobrarse. Nos apartamos y la vimos resoplar y percibimos claramente el movimiento en fuelle de su tórax, comprimido por la camisa de algodón gastado y las costuras a punto de estallar y, al menos yo, tuve tiempo de imaginar el inenarrable teatro del mundo que había atravesado.

Buenas noticias, consiguió decir finalmente. Filípides debió de hacer lo mismo justo antes de informar de que los atenienses habían vencido a los persas en Maratón. Por suerte, y a diferencia de Filípides, la auxiliar seguiría viva después de darnos las buenas noticias.

Me acaban de avisar, dijo la auxiliar en cuanto pudo, de que, por problemas de tráfico, nos han concedido un *short slot* que se ha liberado inesperadamente. Despegamos antes de la hora programada.

El aeropuerto pareció detenerse. Miré a Leticia, que miraba al perrete que, a su vez, miraba al *Duque*, que no miraba a nadie y se atusaba el pelo. Jamás habría imaginado que, en un vuelo de las características del nuestro, las noticias serían que saldríamos antes de la hora prevista en lugar de al revés.

La mujer se recompuso para poder llegar a tiempo a ese *slot* corto que había aparecido de la nada. No llegar a tiempo a la hora designada para la operación de despegue implicaba perder el *slot*, lo que, a su vez, enviaba nuestro vuelo al último puesto de la cola de salidas. Colas en la terminal, colas en la pista. De una compañía como BluestAir, ansiosa por abrirse hueco en un mercado salvaje, no se esperaba sino que atrapara el *slot* al vuelo, nunca mejor dicho, y lo aprovechara diligentemente y sin quejarse. Y si para ello tenía que denigrar a su pasaje como denigra el sargento Hartman a su pelotón en *La chaqueta metálica*, lo haría. A fin de cuentas, como buena empresa contemporánea y global, BluestAir no se debía a sus clientes sino a sus propietarios, que, naturalmente, jamás volarían en una compañía como BluestAir y que, a aquella hora, estarían: jugando al golf, durmiendo, tomándose unos huevos benedictinos en un hotel de Ámsterdam, leyendo el *Financial Times*, duchándose o lamiéndole los zapatos a algún hombre más rico que ellos.

Y así fue como, después de que la auxiliar bajara sus pulsaciones, se remetiera la camisa en la falda y se acomodara el pelo, empezamos a correr detrás de ella por la terminal.

A la mujer del salacot le costaba mantener el ritmo y pasar vídeos en el teléfono al mismo tiempo. El perro botaba en el arnés. Sus

orejas parecían alas de palomas y, con total seguridad, sus genitales, un rescoldo. El gastrónomo, jadeante: ilusión de ciénaga de chipirones, espárragos tiernos y luces de feria. Los de la despedida de soltero eran los únicos que parecían complacidos por el ejercicio físico. No habían visto venir que, a tan temprana hora, podrían ganarle a alguien a alguna cosa. Solo el *Duque*, dada la longitud de sus piernas y su escueto equipaje, lograba transmutar el trote en un paso veloz no exento de cierta elegancia. Supongo que esa resistencia a perder la compostura debe de ser lo que llaman clase.

En cualquier caso, quien, posiblemente, había llegado con mejor marca personal a aquella inesperada carrera nocturna era Leticia, cuyo reloj con pulsómetro estaba, sin duda, también complacido por registrar la aceleración de su frecuencia cardiaca fuera de los entrenamientos programados.

Llegamos como un pelotón más o menos compacto al Duty Free donde, mientras atravesábamos una nube de perfume (sándalo, cardamomo y notas cítricas), llegó por fin la pregunta que llevaba flotando en el aire de la terminal desde el momento en el que la auxiliar nos había rescatado. ¿Qué es eso de EC?, preguntó Leticia agarrándome por el brazo y ralentizando nuestra carrera. EC, dos sencillas letras capaces de reconfigurar la realidad. Percibí con pesar como nos adelantaban algunos corredores. No lo sé, dije conteniendo el resuello y hundiéndome más y más en la nube de perfume (ahora lavanda, frutas del bosque y bergamota). Leticia, como si fuera el avituallamiento de una de sus carreras, cogió de una bandeja uno de los vasitos a disposición (vodka Żubrówka), se lo bebió de un trago y luego lanzó el vasito al suelo. *Economy Class*, supongo, y seguí trotando tras la auxiliar para no perder su rebufo y, por qué no, para tratar de ganar algún puesto.

La respuesta fue pueril, lo sé. Y eso que había tenido tiempo para prepararme ante la más previsible de sus preguntas. Pero a esas alturas ya éramos un grupo de soldados en pleno adiestramiento castrense. Cargados con nuestras pertenencias, con la adrenalina por las nubes, excitados, frágiles y vigilantes. En unas condiciones de alerta dirigidas a un único fin: no perder el *short slot*.

Esperé su repregunta, pero esta no llegó, algo que lamenté porque, quizá charlando con ella, aunque fuera con el corazón en la mismísima garganta, o hasta discutiendo, podría haber disipado el miedo que empezaba a infundirme la verdadera implicación de las letras cuyo significado yo no recordaba, pero cuyo alcance real ya había empezado a sospechar.

13

Tal y como empezaban a ir las cosas, cualquier sitio parecía más deseable que aquel aeropuerto, incluido nuestro minúsculo apartamento de la playa. Sus tabiques pintados al gotelé por el anterior dueño, amarilleando ya, pringoso en la cocina. La oscuridad de sus estancias, sus somieres de alambre, la luz fluorescente. Un lugar que no me ha quedado más remedio que detestar. Leticia decía que esa incomodidad mía procedía del clasismo de mi familia. Yo, a estas alturas, ya no me atrevo a asegurar que no tuviera razón.

Aunque feo, de mala calidad, oscuro, poco salubre, pequeño, bullanguero, mal ventilado, abarrotado de vecinos chillones, antiafrodisíaco, húmedo, mal pintado, con poca potencia contratada, inundable, propenso a criar cucarachas en las arquetas, un paraíso para el moho, los hongos y la herrumbre, con una cisternilla goteante, imposible de silenciar, torturadora en la quietud de la noche y con un precio demasiado caro para todo ello, lo cierto es que fue durante un fin de semana en aquel apartamento cuando mi detalle surgió.

Estábamos pasando un par de días allí, algunos meses antes de su examen de oposición, cuando una gota mía colmó su vaso. Llegó con los niños de la playa, se dejó caer en el sofá y, simplemente, resopló. No dijo: «Estoy agotada, necesito descansar». Eso hubiera estado bien, la verbalización del cansancio. Yo lo habría entendido a la primera porque, aunque no soy bueno interpretando gestos, tengo un dominio suficiente del lenguaje como para entender una

frase. Podría haber dicho: Felipe, deja un momento el ordenador. Ocúpate tú de los niños, por favor. Estoy agotada y necesito descansar. Yo me habría quitado las gafas y habría mordido una patilla, mirándola muy seriamente en señal de interés verdadero. Pero en lugar de decir algo, y acogiéndose a uno de sus silencios, no sabría especificar de qué categoría, se quedó callada. Su resoplido quedó suspendido en el aire de la habitación. Ininteligible para mí. Imposible no entenderlo, supongo que pensaría ella.

A estas alturas ya tengo más que descifrado el significado completo de ese suspiro. Así lo expresaría Leticia: trabajo, al menos, tantas horas como tú. Puede que más, porque mi puesto está fuera de casa y no puedo distraerme navegando por internet cada quince minutos, como haces tú en tu jornada laboral. Pero es que llego del trabajo y hay días en que la nevera está vacía. Y no has mirado el calendario que tenemos en la puerta de ese mismo frigorífico y resulta que has quedado para jugar al baloncesto con tu equipo de majaretas la misma tarde en la que hay que llevar a los niños al dentista. Y entonces, en lugar de plantarme, aplazo lo que tenía programado y los llevo yo. Y al terminar, tú te has quedado a tomar unas cervezas con los majaras, así que, después de pasarme cuarenta y cinco minutos tratando de encontrar aparcamiento para un coche gigante que a ti te gustaba tanto como a tus padres, a pesar de tu tabarra ambientalista, con los niños ya desesperados en el asiento de atrás, compro algo a la carrera en el supermercado que hay debajo de casa y preparo una cena rápida, más ultraprocesada de la cuenta, con la idea de que no se acuesten demasiado tarde. Y esa noche llegas a las tantas y siento cómo te metes en la cama porque me acabo de acostar después de recoger la cocina, terminar la tarea que aplacé, dejar preparadas las cosas de correr y ordenar los asuntos que tendré que gestionar a primera hora, en la oficina. Y

noto el olor a alcohol antes de que te metas en la cama. Y no me molesta tanto el olor como saber que has pasado unas horas a tu aire, algo de lo que disfrutas con una frecuencia impropia de tus responsabilidades. María y Juan, nuestros hijos, son eso, nuestros. María tiene ya ocho años y Juan seis, supongo que lo sabes. Y en todo este tiempo han sido más míos que tuyos. ¿A quién le preguntan las dudas con los deberes? ¿A quién acuden cuando se han hecho una herida en el parque? ¿Quién les compra la ropa? ¿Quién os renueva a los tres los cepillos de dientes cada cierto tiempo? ¿Quién te recuerda cada marzo el cumpleaños de tu madre, a la que, por cierto, no soporto? Y llega el sábado por la mañana, nos despertamos en la playa y la que ha ido a por el pan, preparado el desayuno, vestido a los niños y paseado con ellos he sido yo mientras tú remoloneabas en la cama y luego te quedabas en el apartamento a hacer no sé qué en el ordenador.

Leticia podría haberlo expresado de esa manera y yo habría procedido a devorar la patilla de las gafas, avergonzado. Me la habría comido entera, hasta llegar a la lente, que también me habría comido. Pero en lugar de decírmelo, esperó a que yo llegara a esa misma conclusión dejándose caer teatralmente en el sofá y pidiéndome sin palabras que volviera yo a la playa con los niños, que tenían ganas de más.

Mi plan de sábado por la mañana era quedarme solo en el apartamento, leer el periódico, escuchar la música de los vecinos, ir al mercado a comprar unas doradas y prepararlas para comer. Y aprovechar para tomarme un vermut. Leticia podría haber dicho lo que pasaba y yo habría hecho un esfuerzo para compensar sus reproches con una semana de padre y marido modélico, aunque en el tercer o cuarto día habría flojeado y todo habría vuelto al lugar de partida.

14

El primero en llegar a la puerta de embarque fue la *novia*. Nada como un alarde físico inesperado para que un hombre joven se quite la camiseta y se abra paso mostrando unos pectorales depilados, ligeramente sudorosos, algo tatuados, tensos, tersos: esa carrocería masculina. En segundo lugar, Leticia. Le siguieron otros tres de la despedida de soltero, todos con el torso al aire. Yo, que había ido perdiendo posiciones, ocupé el decimoprimer puesto con la auxiliar, a la que rebasé a la altura de un búrguer que, a aquella hora intempestiva, estaba a pleno rendimiento.

Nuestra puerta era la última de la larga terminal, allí donde ni siquiera había ventanales mostrando, al otro lado, la oscuridad del campo de vuelo, pero en la que, sin embargo, ya operaba la hamburguesería. En una mesita plegable, con apenas algo más de prestancia que una de camping, una compañera de la auxiliar tecleaba en un ordenador portátil. Nuestra guía se acercó a su compañera, cuchichearon algo y luego tomó de la mesita de camping un documento que sujetó a su carpetilla por la pinza. Confluyendo en la mesa, cinco colas ya formadas señaladas con indicadores: la nuestra, EC, en la que ya aguardaban tres personas, Grand Excelsior, Extra Comfort, Executive Tourist y WC.

La frecuencia cardiaca acelerada, las endorfinas o el ácido láctico que circulaba por mis venas después de la carrera, no lo sé; quizá la secreta emoción por haber terminado la prueba atlética en un puesto distinto al último, tampoco lo sé; la mera supervivencia, allí seguíamos los dos, podría ser; mi falta de atención a los detalles,

casi con total seguridad, eso. El caso es que, por una cosa o por otra, no fui consciente en ese momento de que había un hilo que conectaba todas las filas. Un hilo llamado condescendencia. Los de Grand Excelsior miraban por encima del hombro a los de Extra Comfort. Estos miraban con envidia a los primeros y con condescendencia a los de Executive Tourist, en el último lugar, los pasajeros WC, que, por desgracia, no tenían a nadie a quien pasarle por la cara su categoría y miraban al resto con expresión aspiracional y a sí mismos con cáustica pena. Si a nosotros, EC, la *crème de la crème*, nos habían llevado hasta allí al trote, ¿qué penurias no habrían sufrido ya aquellos desgraciados?

La *novia* estaba en cuclillas, recuperándose. Sus compañeros, jadeando. Leticia, a un lado con su pulsómetro pitando para indicar que ya había alcanzado la frecuencia cardiaca de reposo. Me resultaba difícil saber qué podía estar pasándole por la cabeza ante una situación así aunque correr de noche, a una hora muy temprana, era algo a lo que estaba acostumbrada. Corrió, supongo, más por seguir una tendencia de su cuerpo que por llegar a tiempo a un *slot* que, claramente, le traía al pairo.

¿Cómo habíamos llegado hasta aquella extraña carrera? Pues bien, todo había comenzado, precisamente, con aquel suspiro teatral en el apartamento de la playa, pero había tomado forma al día siguiente, durante el viaje de vuelta a casa. Los niños dormidos, con Leticia en silencio, su mirada perdida en los campos de algodón que se extendían más allá de la ventanilla y que parecían desplazarse más lentos cuanto más lejana la mirada. En un estado emocional quizá no muy diferente al que tenía en el aeropuerto. Una mezcla de apatía y fatalidad. Fue en ese trayecto de vuelta cuando me di cuenta de que no había dado respuesta a su suspiro que, a aquella hora, seguiría suspendido en el aire del salón sin que nadie le hiciera

caso, sin ser yo todavía consciente del enorme volumen que ese suspiro ocupaba entre nosotros. Solo a través de su silencio y de la beatífica tranquilidad del paisaje que atravesábamos al atardecer, pude intuir que había mucho mar de fondo en aquel resoplar.

Allí mismo podría haberme vuelto del revés, como un Pablo camino de Damasco, y haber llegado a casa siendo otro. Pero esa clase de transformaciones se dieron por concluidas en el siglo I y, por otro lado, en aquel momento yo todavía estaba lejos de entrar en la tercera dimensión. La miré, miré a los niños por el retrovisor, contemplé el salpicadero del coche, el volante, la palanca de cambios, la carretera, los algodonales y, todavía no sé cómo, sentí su cansancio. No su silencio, sino su fatiga. No el desconcierto que me producía a mí su falta de comunicación, sino la estampa de su cuerpo decaído, su falta de energía. No yo, sino ella. Y fue entonces cuando me impuse la misión de sacar a Leticia de su pozo. Porque, por entonces, yo todavía pensaba que todo aquello era un asunto suyo y solo suyo.

Y así, durante los siguientes cuarenta kilómetros valoré formas de romper el círculo vicioso en el que pensaba que se encontraba Leticia y todas pasaban por solucionar una crisis suya, no mía. Pensé en flores cada mañana, en velas en la bañera. Pensé en ropa, en cenas acarameladas, en entradas para conciertos y, en general, pensé en detalles trillados y en dos dimensiones. Me vinieron a la memoria escenas de películas románticas norteamericanas: un restaurante con velas en el Upper East Side con el anillo de brillantes escondido en el postre; de cine épico en Escocia: siglo XVII, un joven y fornido jefe de clan se pasea por las Highlands vestido solo con su *kilt*, llama a la puerta de un refugio de pastores y le abre una joven con el pelo demasiado limpio para la época y el lugar, que le mira arrobada; de culebrones venezolanos: él, con camisa abierta y de

rodillas, le declara su amor junto a un caballo de pelo negro y brillante en una hacienda de estilo español; de series turcas: atardece en el Bósforo, las familias rivales ya se han disparado todo lo que tenían que dispararse y un amor prohibido se abre paso entre el olor a pólvora y el pelo negro, abundante y envidiable de los contendientes; de series austriacas: un médico de montaña rescata a una escaladora con un pasado turbio, pero al final será ella la que termine salvándolo a él porque, aunque el pasado del doctor es completamente insustancial, resulta que en su presente, por algún motivo, se ha vuelto un poco nazi.

Y así, en ese estado mental algo desordenado, que es un estado en el que suelo pasar mucho tiempo, fue como me alcanzó un recuerdo que lo cambió todo en un instante. Fue uno de esos momentos en los que lo oscuro se vuelve claro y las piezas encajan. Si hubiéramos estado dentro de una película, un rayo de sol habría surgido de entre las nubes y habría impactado en nuestro coche, iluminándolo.

La pieza que me faltaba y que no terminaba de encontrar entre tanta quincalla romántica había llegado a mi escritorio de trabajo cinco días antes sin que yo la pidiera ni la advirtiera. Aquella mañana estaba buscando un certificado de empadronamiento para un asunto del colegio de Juan. Y revolviendo más allá de los archivadores y de los rincones previsibles, abrí cajas y carpetas repartidas por armarios y estanterías. Algunas, ni las recordaba. Pues bien, en una de ellas apareció algo inesperado y a lo que, como digo, no di importancia en ese momento. Era un sobre con fotografías. Lo abrí y las ojeé. No llegué a contar si eran veinticuatro o treinta y seis, pero eran casi todas de Eslovenia. Algunas de la residencia de estudiantes en la que viví, supongo que para que mis padres vieran dónde me alojaba. Otras de monumentos y calles de Liubliana y tres más de

Novo Mesto, a donde habíamos viajado en una excursión de un día con otros estudiantes erasmus. Una de ellas, a su vez, estaba encartada en un trozo de papel doblado, separada del resto. En ella aparecemos los once estudiantes del grupo posando en la escalera de acceso al museo Dolenjska. Quien hizo la foto no parecía conocer las nociones ni de encuadre ni de proporción porque, aunque era una foto colectiva, se había alejado tanto que había reducido al grupo a casi una mancha en la parte inferior derecha de la imagen. Tan inferior que nos había cortado las piernas y tan a la derecha que Leticia, que era la que ocupaba ese extremo del grupo, casi se queda fuera.

El caso es que el grupo era la anécdota y el entorno lo llamativo. Se veía el museo, los edificios circundantes y, sobre todo, mucho cielo. La luz era brillante, una sola nube blanca pasaba por detrás del agudísimo tejado de la torre de la catedral de San Nicolás y parecía como prendida al pararrayos que coronaba la aguja. Una banderola de vapor en el centro de la estampa, que capturaba la atención.

Seguramente fui yo quien llevó aquel carrete al laboratorio, puede que uno de los últimos carretes químicos que revelara, porque las cámaras digitales estaban por entonces a la vuelta de la esquina. E imaginé que si esa foto estaba separada del resto era porque, quizá, yo mismo la había apartado en su día para enseñársela a Leticia, algo que finalmente no hice. Descuidos. Y ahí quedó, traspapelada, sin que ella llegara nunca a tener noticia de su existencia.

Aquel día dejé la foto encartada junto al monitor de mi ordenador y seguí buscando el certificado de empadronamiento porque esa misma mañana, al recoger a los niños del colegio, me había comprometido a entregarlo en secretaría.

Y la jornada siguió su curso, tuve mi videoconferencia con Karlsruhe, resolví dudas de clientes, actualidad futbolística, atendí correos, hice un par de presupuestos y, a última hora, cogí el certificado, me fui al colegio y me olvidé de la foto porque, por entonces, el rayo de la epifanía todavía no me había alcanzado.

Vendrían muchas más penurias en el aeropuerto y también durante el vuelo y yo aguantaría heroicamente sin confesarle a Leticia los jugosos detalles de mi detalle porque, aunque revelar esa información habría justificado la odisea, también habría malogrado la sorpresa que, a esas alturas, era ya lo único que me quedaba. La clave de bóveda del viaje, me decía, pasaba por el supuesto efecto vigorizante que las sorpresas insuflan al irse desplegando progresivamente. Una maravilla a la que le seguiría otra en una gradación de intensidad ascendente que terminaría saturando los sentidos de Leticia y bloqueando de asombro sus respuestas emocionales hasta desembocar en un acto de rendición.

Iríamos de vuelta al origen, al lugar en el que todo comenzó para nosotros, con la extraña esperanza de encontrar allí una especie de holograma: nosotros mismos, dos décadas más jóvenes, antes de que el aburrimiento nos triturara. Viajar hasta un lugar y un tiempo prístino en el que todavía todo estaba por construir. Habíamos fantaseado con esa posibilidad muchas veces, sobre todo durante nuestros primeros años, pero no habíamos encontrado nunca un buen momento, siempre ocupados, siempre frenados por las obligaciones del día a día. Quizá, quién sabe, lastrados por el temor a sentirnos decepcionados por un lugar que sabíamos que no sería ya el que conocimos, sino otro. Uno tan erosionado por el paso del tiempo como por nuestra memoria, selectiva, subjetiva, algo arbitraria, carcomida y, por supuesto, sumamente dispar.

Pero antes de alcanzar esa meta, entrando en esa gradación creciente, Leticia primero se preguntaría por la exótica sonoridad de nuestro aeropuerto de llegada, Győr-Pér que, aunque estuviera a cuatrocientos treinta y siete kilómetros de nuestro verdadero destino, tenía ese doble acento agudo, tan misterioso. ¿A qué lugar extraordinario me estará llevando este bandido?, pensaba yo que pensaba ella. ¿Por qué no estamos en la cama?, pensaba ella.

Luego se preguntaría por las resonancias victorianas del Slovenian Transfer, el transporte privado que había contratado para llevarnos desde el aeropuerto húngaro hasta el Toledo balcánico. Al ver pasar el desvío de Liubliana, a donde no entraríamos, su cuerpo ya sería gozo. En Novo Mesto, entrega. Y en lo que allí tenía preparado, el prodigio, el éxtasis y el renacimiento.

Viajábamos a Novo Mesto para recomponer juntos aquellos días de los que luego brotó el resto de nuestra vida en común. Una vez allí, Leticia descubriría la foto de grupo y la contemplaría en el mismo lugar en el que había sido tomada, veintitrés años atrás. Y dentro de la foto hallaría el detalle dentro del detalle que era el no va más de los detalles. Y entonces, las misteriosas fuerzas que dirigen la psique comparecerían, se haría la magia, sus defensas caerían y los dos venceríamos. Haríamos un viaje en el tiempo, pensé yo. En la fantasía, me diría ella algún tiempo después.

Pero para llegar al epicentro del amor, primero había que volar y, para volar, estábamos obligados a superar una o más pruebas iniciáticas, que era lo que, al parecer, nuestra clase y aquella compañía aérea demandaba de sus clientes. Así las cosas, ante la banderita de EC se situó nuestra auxiliar, que, a aquellas alturas, ya era para mí una heroína de la clase trabajadora. Y desde allí, mientras volvía a recuperar el aliento, vimos aparecer, en última posición, a la mujer del salacot. Cuando por fin llegó, la auxiliar se

dirigió a nosotros diciendo: dado que he sido informada hace tan solo unos minutos de nuestro despegue inminente, seré breve. Si viajarais en alguno de los otros grupos, dijo señalando al resto del pasaje, me saltaría lo que voy a deciros, pero, dada la excepcionalidad de vuestra tarifa, estoy obligada. Y entonces, levantó el primer folio de su carpetilla y comenzó a leer. Y lo que leyó, en otro tiempo, le habría valido a la compañía una suspensión de la licencia, la cárcel para sus directivos, la ruina para sus accionistas, la vergüenza para todos ellos y para sus hijos y para los hijos de los hijos. Pero acabábamos de ingresar en un nuevo orden mundial y conceptos hasta ese momento sagrados como la decencia, la honestidad, la vocación de servicio o la credibilidad se habían devaluado hasta el nivel del som, divisa cuya cotización en la bolsa de Biskek, Kirguistán, acabaría decidiendo nuestros destinos.

La auxiliar tragó saliva, luego se aclaró la garganta y, sin apartar la mirada del papel, leyó:

—Con arreglo a las regulaciones de la Asociación Internacional de Transporte Aéreo, así como del Convenio de Transparencia que BluestAir ha sido forzada a suscribir para poder operar, procedo a informaros de las condiciones básicas del contrato EC que habéis suscrito con la empresa BluestAir Co. Ltd. (en adelante «la Compañía») con sede social y fiscal en Biskek, Kirguistán.

Para ahorrar tiempo, enlazaba cada palabra con la siguiente con modulaciones de locutora de radiofórmula, comiéndose finales y encabalgando sílabas. El tono impostado de quien ha leído decenas de veces el mismo texto legal ante una audiencia que sabe que no le escucha.

Mientras la mujer hablaba, pude ver de reojo a Leticia, agazapada entre los seis de la despedida, a punto de saltar sobre mí, de

morderme el cuello hasta quebrarlo, de lacerarme la espalda con sus uñas.

—Según las estipulaciones de ese contrato —continuó la auxiliar— gozáis de privilegio de acceso *(Full Access)* por delante de cualquier otra categoría de pasaje, exceptuando Grand Excelsior. Miramos en su dirección y los vimos sonreír satisfechos. También disfrutáis de una SRR *(Super Reduced Rate)* de la que ya habéis tenido noticia en el momento en el que comprasteis vuestros billetes. Como contraprestación, habéis aceptado participar en el programa implementado por «la Compañía» para el diseño y desarrollo de nuevas formas *(New Gaps)* de reducción de costes operacionales *(Operational Cost Reduction)* en el transporte aéreo de pasajeros. Desde este momento y hasta nuestro aterrizaje final en destino, os serán ofrecidas diferentes opciones que tendréis que valorar, tales como reclinado y distancia entre asientos, diferentes tapizados y colores para los asientos o asientos, sin más. Menús de variado tipo, incluyendo menús bajos en nutrientes, menús con diferentes porcentajes de alérgenos, menús virtuales, menús en combo, menús *Red Label*, menús convencionales, cesta picnic, menú imperial, *vegan experience*, falsa barbacoa. También os serán ofrecidas opciones como espacio en maleteros u otras variantes de almacenamiento que tendréis que valorar a través de la BluestAir App, a cuya instalación en vuestros terminales se os conmina en este momento de manera formal. Dependiendo de vuestra implicación en el programa, se os gratificará con *Blue Points* que podréis canjear en próximos vuelos de «la Compañía» por algunas de las muchas mejoras *(upgrades)* a vuestra disposición y cuya variedad estáis contribuyendo a incrementar. Del mismo modo, se os notifica que vuestros *Blue Points* son transferibles a otros pasajeros de la clase EC a través del *On Flight BluestAir Limited Restricted*

Marketplace al que solo unos privilegiados como vosotros tenéis acceso.

»Bienvenidos a una nueva forma de volar. Bienvenidos a BluestAir *Experimental Class*.

15

La noche en que regresamos a Sevilla después de aquel fin de semana en la playa, cuando todos se hubieron acostado, abrí el ordenador y busqué vuelos a Novo Mesto. Como es natural, no había vuelos directos porque, entre otras cosas, Novo Mesto no tiene aeropuerto. Lo más conveniente sería volar a Liubliana, la capital del país, y luego, desde allí, tomar el mismo tren en el que habíamos viajado aquella primera vez con el grupo de erasmus. Pero tampoco había vuelos directos entre Sevilla y Liubliana, ni con ninguna otra ciudad de Eslovenia. Para ir de Sevilla a Liubliana era preciso hacer escala en París, Frankfurt, Roma o Moscú. Demasiado tiempo y, sobre todo, demasiado caro.

Busqué de todas las maneras posibles hasta que concedí que esa conexión hispano-eslovena no iba a aparecer por mucho que yo la buscara. Y era tarde y estaba cansado: del apartamento, del gotelé, de conducir desde la playa y, sobre todo, de soportar la presión que ejercían siempre sobre mis hombros los silencios herméticos de Leticia porque todo lo que ella no decía lo rellenaba yo con una difusa sensación de culpa: ¿qué habré hecho esta vez?, ¿qué no habré hecho? Así que decidí irme a dormir y continuar mi búsqueda al día siguiente, con más calma y descansado. Y con esa idea llena de esperanza me metí en la cama, donde Leticia ya dormía, o hacía que dormía, de espaldas a mí, como solía ser cuando estaba enfadada. Y ya entre las sábanas, envié mi pie descalzo como una sonda en dirección a su cuerpo. Los dedos abriéndose paso entre el frío de la tela hasta notar un lugar del espacio, en la órbita de uno

de sus gemelos, donde la temperatura aumentaba ligeramente. Y ahí, en esa prometedora atmósfera, caldeada por la biología de su cuerpo, ralenticé la aproximación hasta que la punta de mi dedo gordo contactó sutilmente con su piel, la superficie de aquel raro planeta llamado Leticia. Y ¿qué hizo el planeta al llegar la sonda? Lo diré: lo que nunca haría un planeta ante la llegada de una nave espacial tripulada por inocentes alienígenas antropomorfos cargados de buenas intenciones. Lo que no haría ni un satélite. Ni siquiera un asteroide. Lo que no haría ni la miserable basura espacial: salir disparada con rumbo a la región del espacio donde ella dormía.

Flotando en la oscura soledad de mi región de la cama, pasé aquella noche dándole vueltas a mi epifanía. Y a medida que pasaban las horas la idea crecía en mí y se completaba hasta alcanzar una forma casi artística. Una especie de gran puzle en el que yo le iría entregando a Leticia las sucesivas piezas o las pistas para encontrarlas, de modo que la extraordinaria belleza de mi detalle quedara ante ella, rindiéndola, en el momento justo y en el lugar preciso. Pero para que eso sucediera había que llegar primero a Novo Mesto. Así que encontrar una forma de llegar hasta allí sería lo primero que haría a la mañana siguiente. Y si volvía a sentir la frialdad de Leticia, encontrar ese viaje se convertiría en mi única prioridad. Si hacía falta, dedicaría mi vida entera a conseguir lo que me había propuesto porque era tan hermoso que no había crisis que no pudiera solucionar. Y se me había ocurrido a mí, al hombre descuidado.

16

¿Pero qué coño es esto de *Experimental Class*?

La voz de Leticia se oyó diáfana en la relativa quietud de aquel extremo distante del aeropuerto donde no llegaban ni los anuncios de la megafonía ni la mínima decencia corporativa.

Menos la mujer del salacot y el *Duque*, todos los que estábamos allí, incluido Ewok, nos giramos hacia el lugar del que procedía la voz. Los jóvenes atléticos abrieron su círculo y entonces apareció Leticia, en el centro, como el pistilo de una flor musculosa, sudorosa y depilada.

Los de Grand Excelsior miraron a los de Extra Comfort y así sucesivamente hasta finalizar en los de WC que, una vez más, se giraron en busca de alguien sobre el que sentirse superiores y, de nuevo, solo encontraron un enorme vacío. A decir verdad, ahora no era la condescendencia lo que vertebraba a aquel variado grupo, sino la sorpresa, como preguntándose también «qué coño era eso de *Experimental Class*». Si acaso habían firmado ellos algún contrato y en qué momento del proceso de compra. Un murmullo empezó a propagarse al tiempo que revisaban sus tarjetas de embarque. La auxiliar, que había sido instruida para situaciones así en un curso de la empresa que había tenido que pagarse ella misma, se apresuró a repetir, palabra por palabra, lo que me había dicho a mí cuando nos rescató en la terminal: que firma, lo que se dice firma, no había, pero que la aceptación de los términos y condiciones en el momento de la compra del billete tenía el mismo valor legal que la firma de un contrato cuyas estipulaciones principales había resumido unos

segundos antes. Y ahora, si sois tan amables, vamos a proceder al embarque, dijo. Podríamos perder nuestro *slot.* Y os recuerdo que es de la clase *short.*

El jubilado pidió consultar el articulado completo. Los que sí querían viajar, murmuraron. Los de la despedida de soltero, que solo pretendían entrar en el avión para dormir, murmuraron. El *Duque*, si murmuró, lo hizo mentalmente porque su estilo no era mover los labios de manera confusa, sino construir oraciones claras, precisas y elegantes en un castellano aprendido de tutores particulares entre gruesos cortinajes y muebles vetustos. El gastrónomo: perla de lubina sobre trampantojo de cantera caliza. El perro ladró.

Si alguien quiere leer el articulado completo del contrato, atajó la auxiliar, puede hacerlo en la aplicación móvil. Estáis en vuestro derecho. Le faltó decir «en vuestro puto derecho». Pero no os lo aconsejo porque si perdemos nuestro *slot* la compañía no puede garantizaros una nueva hora de despegue y porque, además, consultar ese apartado de la aplicación no añadirá puntos en vuestra cuenta. Lo que sí que añadirá puntos, y muchos, es que os deis de alta cuanto antes. Solo por hacerlo, ya contaréis con quinientos puntos en vuestra *Bluest Wallet.* Una vez la hayáis descargado, no la perdáis de vista. Hay *rewards* escondidos en cualquier parte. El jubilado se apresuró a aclararles a los demás que *reward* significaba recompensa. Exacto, dijo la auxiliar. Y el primero en atrapar las *recompensas* se las lleva.

Mostró entonces un código QR del tamaño de una baldosa que llevaba impreso en uno de los folios de su carpetilla y todos los pasajeros excepto el *Duque*, por razones de clase, y yo, todavía sobrecogido por la inesperada resurrección de Leticia, sacaron sus teléfonos móviles y capturaron aquel código que iniciaba la descarga de la aplicación y a ella se entregaron y en sus colores, iconos y

menús se perdieron, recorriendo las mil opciones ofertadas en busca de más colorines y puntos para sus monederos virtuales.

Debo dar cuenta aquí de mi sorpresa cuando vi a Leticia apuntar con su teléfono al código QR. En el momento atribuí lo errático de su conducta al chupito de vodka que se había bebido minutos antes, al pasar por el Duty Free. Del «qué coño es esto de *Experimental Class*» a tragarse aquel cebo hecho de puntos virtuales.

Tiempo después, superadas ya las tardes entregadas a la melancolía y metido de lleno en las que le regalé a la nostalgia, conecté aquel hecho con el tipo de relación que Leticia mantenía con su pulsómetro. También el reloj guardaba recompensas virtuales que ella perseguía. Al terminar cada uno de sus entrenamientos, finalizaba la sesión en su reloj y cosechaba los datos: velocidad media, velocidad máxima, longitud de zancada, volumen de oxígeno máximo, minutos de trabajo anaeróbico, etcétera. Pero, en realidad, el dato que a ella le interesaba no era un parámetro fisiológico o biomecánico, sino uno emocional: Me encanta cómo has trabajado hoy, decía el reloj. Sigue así y lograrás tu objetivo. Quizá, en lo que yo había fallado era en mi responsabilidad como proveedor de dopamina.

Pude percibir la leve sonrisa que la auxiliar le dirigió a su compañera. Debía de haber algún tipo de juego privado entre ellas a propósito de aquel código QR. Quizá nuestra auxiliar había apostado que sería capaz de sofocar cualquier motín en menos de diez segundos. Lo cierto es que aquello fue como lanzarles la peluca de María Antonieta a los desarrapados que tomaron la Bastilla, con la diferencia de que, en el momento de mostrar el código, nosotros estábamos muy lejos de albergar ideas rebeldes ante las singulares condiciones del viaje que la auxiliar nos había resumido.

De todas las cosas sorprendentes que nos habían sucedido ya, antes incluso de que el sol saliera por el horizonte, que Leticia cayera en la trampa del QR fue la más impactante para mí. De la apatía química a la emocional. De ahí al conato de revolución contestataria y, acto seguido, a morder un anzuelo tan pueril como aquel.

El efecto inmediato de aquel código QR fue que en un tiempo sorprendentemente corto los pasajeros se distribuyeron entre las colas correspondientes y comenzaron a abandonar el lugar por la puerta de embarque, cada uno con su móvil en la mano, tratando de encontrar las recompensas escondidas que, como había dicho la auxiliar, podían estar en cualquier lugar.

Yo aproveché el vaciamiento general para acercarme a Leticia que, ahora que su corte de músculos la había dejado sola, parecía de verdad un pistilo sin corola. Pareces un pistilo sin corola, me hubiera gustado decirle, pero en ese momento no se me ocurrió porque suelo improvisar con meses de retraso.

Leticia levantó la vista de su móvil y me pidió un momento. Al parecer, ni siquiera la cobertura móvil llegaba bien a aquel extremo de la terminal y al aparato le estaba costando instalar la *Bluest Wallet*. Cuando se completó la descarga, sonó una campanita, apareció una notificación informando de la llegada de los primeros quinientos puntos y, entonces sí, Leticia apagó la pantalla y me preguntó: ¿Qué es todo esto, Felipe? Buena pregunta, pensé, ¿qué era todo aquello? Si por aquello entendemos aquel rincón remoto de la terminal, aquella gente variopinta, aquellas colas de nombre pomposo, la urgencia, la hora, el cansancio, la excentricidad de algunos de los pasajeros, las condiciones leoninas de lo que, al parecer, yo había firmado, la sensación de estar siendo pastoreados por la esforzada auxiliar, la chorrada de los puntos y la aplicación, el

olor a hamburguesa. No puedo precisar lo que todo aquello junto era, pero sí lo que no era: no era un detalle romántico. Si acaso, una trituradora para los nervios. A la pregunta de Leticia contesté lo único que se me ocurrió en aquel momento: esto es una mierda, Leticia. Vámonos a casa. ¿Significa eso que renuncié a mi detalle? Me rendí, más bien, porque, dadas las circunstancias y la situación, ni siquiera yo era ya capaz de defender aquello. La segunda de mis claudicaciones.

Miré la hora en el móvil, las cuatro menos cinco de la madrugada, me giré y comencé a caminar en dirección a la salida, dondequiera que estuviese, convencido de que, al menos en marcharnos, Leticia y yo estaríamos de acuerdo. Salir será mucho más fácil que entrar, pensé erróneamente. Y calculé que en una hora y media estaríamos en nuestra casa. Descartada la opción de un encuentro sexual, y eso que las condiciones materiales para ello eran óptimas, Leticia todavía podría salir a correr la sesión que su reloj tuviera programada para ese día y yo podría acostarme y dormir un par de horas, suficientes para entrar en la fase profunda del sueño. Y, con suerte, despertarme y pensar que todo lo que había pasado desde que habíamos tomado el taxi había sido una de esas pesadillas densas, en las que los acontecimientos se acumulan viscosamente y en las que lo real, lo irreal, lo surreal y lo hiperreal se entremezclan formando una dimensión que solo se agradece cuando es erótica o cuando te permite volver a hablar con tus difuntos.

—Espera.

Aguardé hasta que noté a mi espalda que Leticia me había alcanzado y reinicié la marcha.

—No, espera —me dijo reteniéndome de nuevo por el brazo.

Un brillo ligerísimamente diferente en su mirada. Uno de esos matices que solo son capaces de captar los que han vivido juntos y

han discutido mucho y se han reconciliado sin entender cómo y, de resultas de sus encontronazos, han crecido algo o, quizá, tan solo han puesto parches. Pero un mismo parche para los dos.

Todavía te da tiempo a irte a correr por el río. Es más, te da tiempo a preparar la maratón antes de entrar a trabajar. Eso le dije, aunque, lo que me habría gustado es que ella me hubiera preguntado por el lugar al que la llevaba. Todo había terminado y, por tanto, ya no tenía sentido mantener el secreto. Me hubiera gustado que me preguntara por el sentido profundo de aquel viaje, por su tercera dimensión, aunque yo todavía no fuera consciente de que lo que había pergeñado encerraba una hondura y una emoción en tres dimensiones.

Quizá el cambio en su mirada se debió a mi claudicación. Admitir una derrota frente a otro, hacerlo con sinceridad, equivale a un desnudo integral. No hay ningún pedestal que la historia le haya concedido a quien renuncia. Sin embargo, en ocasiones, hace falta más valor para parar que para seguir. Quizá eso fue lo que Leticia percibió, el motivo por el que se dio ese sutil cambio en su mirada y en su actitud. En aquel momento me hubiera gustado que me abrazara y sentir su acogimiento. Y dar por concluido así, por añadidura, un periodo de sequedad tan largo que nos tenía al borde del abismo. Me hubiera gustado que el misterio del cuerpo operara sobre nosotros y sometiera a la razón, a las razones. Que nuestras respectivas feromonas se hubieran comunicado entre ellas, en su propio lenguaje, como hacen los abogados en las películas, sin contar con nosotros, prescindiendo de nuestros agravios, nuestros motivos, nuestros reproches, nuestra falta de entendimiento e incluso prescindiendo del lugar en el que estábamos. Me hubiera gustado que me desnudara allí mismo, rodeados de familias, carne de ternera y coronas de cartón e incorporar, de ese modo, una

cadena de carne de ternera a nuestra lista de lugares propicios para el sexo. Me habría gustado que Leticia hubiera intuido el alcance de mi detalle relacionándolo con algo genuino en mí: el deseo de cuidarla. En lugar de eso, y quizá para no reconocer la concesión que me hacía, me mostró la pantalla de su móvil. En ella, una barra de progreso de color azul indicaba que algo había avanzado al noventa por ciento.

—Embarcar —me dijo— son cien *Blue Points* más.

Lo dijo así, sin más, haciendo suya la neolengua con la que nos habíamos desayunado aquella madrugada. Las idioteces con las que el consumismo nos tienta, pensé en ese momento, jugaban por una vez a mi favor.

17

En la jerga aeronáutica, que ya es la jerga de todos, llaman *finger* a la pasarela que conecta la terminal con el avión. El *finger* es extensible y regulable en altura para poder adaptarse a una variedad no demasiado grande de aparatos voladores. Cuando el avión se detiene frente a la terminal, en un punto exacto marcado en amarillo en la pista, el *finger*, cual dedo índice de Dios buscando el dedo índice de Adán en la Capilla Sixtina, tantea el espacio en busca de la puerta del aparato. Y una vez ante ella, despliega el fuelle de su parasol, que se adapta al fuselaje y toma su forma, gentilmente, y hay que tener muy poca vida interior para no ver en esa unión un abrazo o un beso.

Un Miguel Ángel Buonarroti con más sorna, algo pasado de vino toscano y con poderes anticipatorios, le habría hecho un guiño al futuro, justo encima del lugar en el que el cónclave elige al papa. Siquiera una miniatura: un *finger* aeroportuario tatuado en el dedo índice de Dios y el morro de un avión esperando en el dedo índice de Adán.

Un turista de Illinois, provisto de una videocámara SONY con un zoom de 20X, habría descubierto el detalle en 2006. De vuelta en Springfield, habría descargado el vídeo en su ordenador personal y lo habría subido a una emergente página de vídeos en un emergente internet. El suyo habría sido uno de los primeros vídeos virales y también el barrizal en el que habrían hozado todos los ufólogos e investigadores de lo paranormal desde finales del siglo xx.

Paranormales, eso fue lo que escapó de mis labios mirando a la pista y a la noche estrellada. Fue tan solo una de mis murmuraciones, un derrame de mi conciencia, pero allí estaba ella, mi gran intérprete, mi exégeta. Para anormales. Eso fue lo que escuchó Leticia, a mi lado.

Llevábamos veinte minutos esperando, con el resto del pasaje y la heroína de la clase trabajadora en el exterior, la mayoría agolpados debajo del *finger*. Hacía frío y los pasajeros de todas las clases, excepto el *Duque* y nosotros, habían buscado allí refugio del relente en un estado de compresión, ese sí, verdaderamente paranormal. No pude evitar compadecerme del perro de las galaxias cuyos gemidos llegaban, ensordecidos, desde algún lugar en el interior de la masa humana.

Estábamos allí por dos motivos. Primero porque, y eso es algo que ya comenzábamos a comprender, BluestAir parecía haber sido fundada por Diógenes de Sinope, con la diferencia de que en Diógenes el despojamiento era un medio para alcanzar la virtud, mientras que en el caso de nuestra compañía era otra forma de reducir gastos operativos a costa de cualquiera excepto de los accionistas, esa pobre gente que arriesga sus ahorros con el siempre noble propósito de crear empleo.

Como BluestAir, Diógenes hubiera rechazado cualquier comodidad o privilegio. Habría dicho no a la terminal. No al agua que mana de los grifos. No a los inodoros. No a los guantes que protegen del frío. No a la tarjeta de embarque. No a la techumbre que refugia al pasaje. No a los menús bajos en nutrientes con que habrían de tentarnos durante el vuelo. Y, por supuesto, habría dicho no al *finger*. ¿Qué diablos es eso de ir de la terminal al avión por una pasarela calefactada? Es más, ¿qué es eso de un avión? Allá a donde vayáis, id caminando con los pies descalzos sobre la tierra yerma o

fértil; descalzos bajo la luz del sol y su fulgor, bajo la lluvia que irriga los campos de los que el centeno brota. El *finger*, habría dicho Diógenes, será vuestra tumba porque en cada una de esas comodidades prescindibles se agazapa la decadencia y la muerte. Y nosotros, los consumidores, haríamos todo lo que fuera necesario no ya para evitar la muerte de los accionistas, sino para procurarles unas mejores vistas a sus respectivas piscinas.

El segundo motivo por el que estábamos allí era que, por culpa de nuestra mínima conversación junto a la hamburguesería, habíamos perdido el *slot*. Esto, naturalmente, no lo sabíamos nosotros ni mucho menos el resto del pasaje. De lo contrario nos habrían lapidado allí mismo con sus iPhone de titanio. Nos lo confesaría algo después la heroína de la clase trabajadora frente al pelotón de fusilamiento que habría estado integrado, de no haber sido por la auxiliar, por todos nuestros compañeros de viaje, menos el *Duque*. Nos diría: tener que ir a buscaros nos ha hecho perder el *slot*. Si no os han despellejado en la pista ha sido porque cuando empezaron a unir cabos y sospechar, justo en ese momento, liberé un *reward* de nivel 8. Le faltó proclamar una verdad como un templo: es una suerte que los hombres y mujeres del siglo XXI seáis tan imbéciles como para caer en semejantes trampas.

Estábamos fuera del mínimo refugio que suponía el *finger* y no debajo porque, precisamente por mi espantada a última hora, habíamos sido los últimos en llegar. Tampoco es que nos demoráramos demasiado, pero el turno de despegue concedido era verdaderamente volátil, como todo en aquella compañía excepto, parece ser, lo único que tenía que volar, nuestro avión.

Nos rodeaban pequeños trenes de vagones para transporte de equipajes, cabezas tractoras, contenedores de mercancía, escalerillas y demás utilería aeronáutica. No deberíamos estar allí, de

noche, en invierno, rodeados de aquel ajuar industrial, del mismo modo que un grupo de escolares no debería jugar al escondite en unos altos hornos en plena colada. Pero allí estábamos Leticia, quizá lamentando no haber regresado a casa cuando la dignidad me alcanzó, y yo, pensando en los *fingers*, o en su ausencia, y en los ufólogos y sus demencias.

—¿A qué te referías con *anormales*? —preguntó Leticia.

—Nada, cosas mías.

—Cosas tuyas.

—Sí.

—Quizá hablabas de toda esta gente que está ahí apretada —dijo señalando al *finger*.

A primera vista, desde luego, todos ellos parecían unos anormales. ¿Quién en su sano juicio estaría a las cinco de la madrugada comprimido en aquel chamizo, escuchando el ensordecedor ruido de los motores de los aviones, inspirando más CO_2 que en el cráter del Vesubio? ¿Quién? Nosotros mismos, sin ir más lejos.

—Sí —dije por resumir, aunque quizá debería haber optado por contarle mi verdadera divagación sobre los ufólogos.

En otro tiempo esa forma de pensar mía, estéril, fantasiosa, sumamente atolondrada, le provocaba a Leticia una risa explosiva. Si estaba bebiendo, escupía a presión el agua, como un aspersor, y cubría los lomos de los libros de gotitas y la habitación de una alegría que se quedaba suspendida en el aire durante un buen rato. Aquella risa suya, cuando llenaba el espacio, se comportaba como un gas inflamable liberado en un volumen clausurado, igual que el pistón del motor de un coche. Entonces, antes de que decayera su cualidad deflagrante, yo alargaba sutilmente la broma pronunciando alguna palabra clave, *finger*, ufólogo, Illinois, Toledo, anormal y el verbo se hacía chispa y la chispa prendía en el ambiente y

explosionaba en carcajadas y así seguíamos, cíclicamente, como el motor de un coche que va de Madrid a Badajoz, hasta que nos dolían los abdominales.

De un tiempo a esa parte, sin embargo, el ambiente seguía siendo explosivo, aunque en un sentido inverso: la chispa provocaba la disputa en lugar de la risa. Y yo, a fuerza de vivir con ella, había aprendido a calibrar la volatilidad del ambiente a partir de indicios mínimos con la precisión de quien fabrica un microchip. Su modo de moverse por la casa, si había pelos o no en el lavabo, la duración y el tono de sus respuestas, las diferentes frecuencias en su voz. Pues bien, esa información llegaba a mí gracias a unos receptores repartidos por mi cuerpo y luego viajaba por medio de impulsos nerviosos hasta la zona del neocórtex donde las personas que han estado casadas durante muchos años toman sus decisiones. Y la respuesta de ese centro de control especializado era: ahora no se te ocurra emitir chispas.

Las parejas maduras nunca dejan de emitir chispas porque no le tienen miedo al ciclo discusión-compresión-explosión-escape. Hablan, a veces a gritos, se dicen las cosas a la cara, lo pasan mal, luego se calman, tratan el conflicto que corresponda desde otra perspectiva y siguen adelante pensando que han aprendido algo y, en ocasiones, haciendo algo más gorda su vista gorda. Y todo lo que yo había aprendido en los últimos años, a medida que la risa iba dejando lugar a la mueca, era a no emitir chispas.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Leticia.

Entendí perfectamente que la pregunta era retórica y que aludía a nuestra situación general, pero opté por no darme por enterado. No parecía el mejor lugar ni el mejor momento para comportarme como un hombre maduro.

—Estamos esperando un nuevo *slot*.

—Me refiero a qué hacemos aquí fuera. Si nos acercamos a los demás quizá nos podamos calentar un poco. Estoy helada.

Agradecí que, por una vez, el sentido de sus palabras fuera literal. Que el adverbio *aquí* designara un punto en el espacio y no un lugar simbólico en un entorno emocional: aquí, sin hablarnos; aquí, enfadados; aquí, viendo pasar los años; aquí, cada uno por su cuenta; aquí, cansados del otro; aquí, incapaces de encontrar una salida, un poco de aire fresco, una forma diferente de vernos como pareja; aquí, atascados, con la sensación de que todavía nos queda algo de juventud y no sabemos si, siguiendo juntos, la aprovecharemos o la dilapidaremos.

Y ya nos disponíamos a apretarnos contra los demás cuando oímos llegar a la compañera de nuestra heroína gritando con una carpeta en alto. Venía del lado de la terminal, con un abrigo varias tallas más grande que la suya y haciendo equilibrios para no tropezarse con aquellos tacones tan sumamente baratos. Tenemos *slot*, tenemos *slot*.

18

Lo repentino de la adjudicación del turno de despegue, su volatilidad o, simplemente, la precariedad de BluestAir impidió que nos fuera asignado un autobús de pista para llegar hasta nuestro avión, cosa que, a esas alturas, ya nos parecía lo normal. Caminábamos precedidos por la heroína de la clase trabajadora que, carpeta en alto, nos iba indicando el camino. Parecía una guía turística en un centro histórico con la diferencia de que, a nuestro alrededor, no había catedrales o palacios renacentistas, sino oscuridad, ruido, aviones estacionados y vehículos aeroportuarios. Seguíamos un itinerario marcado en el pavimento por dos líneas paralelas que, teóricamente, habrían de terminar en nuestro avión. Era un camino más o menos perimetral pensado, precisamente, para eludir las zonas de actividad que, a esa hora, ya era mucha. Fuera de esa franja acotada, las posibilidades de morir se incrementaban: atropellado por uno de esos trenecitos portaequipajes que tanta gracia hacen a los niños cuando viajan; succionado por el motor de un avión; embestido por ese mismo avión; atropellado de nuevo, pero esta vez por la furgoneta de los limpiadores; ensartado por la cabeza del vehículo *pushback*; triturado por la cinta portaequipajes; atropellado por el vehículo escalerilla; por el coche del coordinador de operaciones; por el autobús de una compañía decente cargado de pasajeros horrorizados.

Por favor, no se salgan del itinerario marcado en el suelo, decía la mujer. Y, cada vez que lo decía, yo sentía la tentación de sacar un pie fuera de las líneas para desafiar secretamente su autoridad o

cualquier autoridad. Para sentir el juego a vida o muerte del atropello. Pequeños gestos rebeldes sin mayor trascendencia con los que, sin ser yo consciente, intentaba recolectar las piezas dispersas de mi humanidad. Aunque fuera para ponerla en peligro. A veces, cuando la mente no funciona del todo bien, solo el cuerpo actúa como ancla y escenario. El dolor también es una forma de constatar que seguimos estando vivos.

De haber sabido que terminaríamos allí, en la pista de aterrizaje de un aeropuerto y en aquellas condiciones, no habría continuado con mi búsqueda de vuelos a la mañana siguiente, después del par de días en la playa, el suspiro, el viaje en coche y la subsiguiente frialdad cósmica en la cama. Pero yo no podía imaginar, quién lo hubiera hecho, en qué se iba a convertir mi detalle, así que aquella mañana de lunes, desvelado por la emoción, me desperté decidido a encontrar los vuelos. A esa hora Leticia ya se había ido a correr y luego a trabajar.

Cuando nos conocimos, solo hacía deporte algunos fines de semana y durante las vacaciones de verano. Deportes de gimnasio y de raqueta, sobre todo. Pero un día, en la playa, en una tarde de silencio (no recuerdo el motivo), en lugar de quedarse a ver atardecer, como solíamos, se marchó a trotar. Así lo dijo: me voy a trotar. Dejó el libro que estaba leyendo abierto sobre la toalla, se levantó, se sacudió la arena de las piernas, que cayó sobre las páginas y, tal como iba vestida, un biquini azul marino, comenzó a correr. Y yo la vi alejarse, hacia el sol declinante y el cielo anaranjado, y vi su figura, tridimensional, carnal, preciosa, ir perdiendo dimensiones a medida que se alejaba, hasta convertirse en una silueta oscura y menguante en la también menguante luz del crepúsculo. Desde ese día ya nunca dejó de correr. Decía que le ayudaba a despejarse, aunque, en realidad, a lo que le ayudaba era

a alejarse. De mí, de sí, de la vida que llevaba y que no se parecía a aquella con la que había soñado por el tiempo en el que nos conocimos. Cuando fantaseamos no solo lo hacemos a nuestro favor, sino que lo hacemos dentro de un laboratorio donde las variables y los imprevistos tienden a ser controlados. Pero en ese sentido, la vida es exactamente lo opuesto a un laboratorio. Todo tiende a desmadrarse. Y llega un momento en que ya no queremos tanto descontrol, ni tantos imprevistos, ni tanto sube y baja, y entonces nos compramos nuestro primer sofá en forma de ele y ahí termina el descontrol y comienza otra cosa. Desde aquel primer verano Leticia empezó a despertarse un poco más temprano cada día porque cada día hacía más kilómetros, es decir, se alejaba más. Y en algún momento esa necesidad de tomar aire y, ahora puedo decirlo, distancia, fue tornándose en otra cosa.

Hay personas que, un día, deciden que el método científico está sobrevalorado y que aceptan el plano como forma para la Tierra. Hay quien se obsesiona con los coleccionables y están los que se deslizan por la pendiente del rendimiento deportivo y sus accesorios. La deriva deportiva de Leticia estuvo marcada por dos hitos fundamentales: afiliarse al club de *runners*, así se referían a sí mismos, y, poco después, hacerse con el reloj con localización por satélite. Desde entonces, no había carrera de diez kilómetros en la que no se inscribiera. Y después vino la media maratón y, más tarde, la maratón, el gran reto. La primera la terminó como pudo. Fuimos a animarla durante el recorrido y a buscarla a la meta. Y la abrazamos y yo pensé que había superado su reto y que se olvidaría de las maratones. Pero para entonces su reloj deportivo ya dominaba su voluntad. Y a él le dedicaba más atención que a ningún otro dispositivo electrónico que tuviera. En la memoria de aquel reloj almacenaba los exigentes planes de entrenamiento para las

sucesivas maratones, que ya no solo quería completar, sino en las que quería conseguir cada vez una mejor marca. Llegó un momento en el que, para salir de viaje o hacer cualquier plan, había que preguntarle antes al reloj por los entrenamientos venideros. Era, como dicen los dueños de perros, uno más de la familia. Parecía haberse convertido en una atleta profesional. Cambiaba de zapatillas dos o tres veces al año. Leía revistas especializadas, seguía a gurús del *running* en Instagram, consumía geles, hacía dieta, abandonó casi totalmente el alcohol y los alimentos grasos. Tenía tres cajones llenos con las camisetas conmemorativas que le daban al inscribirse en cada carrera. Chateaba con sus compañeros del club y, cuando nos encontrábamos con alguno por la calle, pasaban solo unos segundos hasta que empezaban a hablar con cifras: distancias, tiempos de paso, kilómetros acumulados, calorías, consumo máximo de oxígeno, velocidad media y, sobre todo, el dato entre los datos: el ritmo expresado en minutos por kilómetro.

La mañana en que encontré los vuelos, raro en mí, sentí cómo Leticia se levantaba y salía de la habitación. Supongo que fue la excitación de lo que tenía entre manos lo que me impidió seguir en la cama, de donde salí nada más cerrar ella la puerta del piso. Fui a la cocina y preparé un café y, mientras sorbía, abrí el periódico en el teléfono. España, cosa insólita, seguía manga por hombro, con los políticos atizándose unos a otros en algo parecido a una pelea en el patio de un colegio. Y entonces, desde la parte baja de la pantalla del móvil se elevó un pequeño anuncio. BluestAir, una nueva aerolínea, ofertaba vuelos para viajar desde Sevilla a un lugar llamado Győr-Pér. En ese momento no relacioné la aparición de ese anuncio con la búsqueda de vuelos de la noche anterior. A quién se le podría ocurrir semejante fantasía: que alguien, en California, hubiera pensado que, a través de nuestros dispositivos móviles, se

podría recopilar una ingente y variada cantidad de información sobre nuestros gustos, elecciones y fobias. Y, ya puestos, que ese californiano además pensara que con todos esos datos, bien combinados entre sí, alguien podría anticiparse a lo que hacemos, necesitamos y pensamos para luego vendernos las cosas que nos gustan u orientar nuestro voto hacia ese partido que parece un poco nacionalsocialista, pero que, bueno, pelillos a la mar porque todos roban.

Pero antes de terminar de leer la crónica del último partido del Betis, a cuya lectura me había entregado, el anuncio volvió a aparecer, esta vez con imágenes de un pueblo idílico entre prados verdes y bosques de coníferas. Győr-Pér te espera, decía el titular. Volví a cerrar.

Más tarde, mientras trabajaba aquella mañana, volvió a aparecer el anuncio, pero, esta vez, en el navegador de mi portátil. El algoritmo, viendo que no podía competir con el Betis y que yo no terminaba de relacionar Győr-Pér con el este de Europa, me propuso un anuncio en el que lo que se ofertaba era el mismo vuelo, con la misma compañía, pero, esta vez, con salida en Sevilla y llegada en Novo Mesto. Siendo Novo Mesto una ciudad sin aeropuerto, cabe pensar que el algoritmo estaba forzando los límites, cosa que, un algoritmo, ya se sabe, nunca haría. Entonces sí, relacioné aquella oferta con mi idea, pinché en el anuncio y se abrió la página de BluestAir.

Origen: Sevilla. Destino: Novo Mesto. Fechas: febrero. Viajeros: dos adultos. Un adulto y un adolescente, me corregiría Leticia algún tiempo después. *Voilà*: de Sevilla a Novo Mesto por una cantidad mínima que se convertía, además, en ridícula con solo pinchar en una inocente casilla junto al precio señalada con dos letras. Una e y una c: EC.

Y sin solución de continuidad, sin margen apenas para respirar, ni para pensar, ni para leer letras pequeñas, un reloj en cuenta atrás y un texto: solo quedan dos asientos a este precio y dispones de un minuto para aceptar y disfrutar de tu viaje y de todas las cosas que podrás hacer con el dinero que estás a punto de ahorrarte. Así las cosas, la parte más reptiliana de mi subconsciente decidió pulsar el botón de comprar. Era tan absolutamente ridículo el precio, pensé, que en caso de cambiar de idea perderíamos apenas unos céntimos de euro. Metí los datos de la tarjeta de crédito, acepté cuantas ventanas se fueron abriendo y listo.

Lo siguiente fue recibir un correo con los datos de la reserva donde el destino era Novo Mesto, pero con un aterrizaje en Győr-Pér, algo periférico, concretamente en Hungría, algo a lo que preferí no dar importancia.

Mientras seguíamos a la heroína por la pista, veíamos aproximarse desde el cielo las luces de un avión a punto de tomar tierra y oíamos el sonido denso y creciente de sus motores y, al poco, el chirrido de las ruedas impactando contra el cemento de la pista y la humareda del caucho quemado y su pestilencia. No hay peligro, se desgañitaba la auxiliar, sujetándose el pelo. Si no se salen del itinerario, no hay peligro.

Mientras avanzábamos me preguntaba si aquella incursión a pie en un espacio tan problemático como el campo de vuelo de un aeropuerto en plena operación era uno más de los experimentos de BluestAir en busca de una nueva reducción de costes o, simplemente, era una solución de fortuna ante una situación tan inesperada como la aparición sorpresiva de un *slot*, que, a esas alturas, ya me parecía un ente menos dominable que el bosón de Higgs. Y sí, claro que sí. Así era. Si las líneas de bajo coste convencional hacía tiempo que habían prescindido del *finger* para

ahorrarse dinero, las de ultrabajo coste, parece ser, empezaban a explorar la idea de que el autobús de pista también podría ser innecesario.

19

Avanzábamos en fila, los hombros caídos, las miradas perdidas. Y solo era el principio del viaje. Parecíamos soldados franceses camino de Verdún, lo que me trajo a la memoria «Las cosas que llevaban», el cuento de Tim O'Brien que también Leticia había descubierto para mí cuando todavía leíamos juntos y en el que el escritor retrataba a los miembros de un pelotón de soldados norteamericanos en la guerra de Vietnam a través de lo que cada uno de ellos cargaba. Armas, provisiones, planos, medicinas, pero también miedos y anhelos.

En nuestro caso, el *Duque* llevaba esa maletita suya tan llena de logotipos y tan pequeña. Se diría que guardaba en ella algo de verdadero valor. Un huevo Fabergé o la llave del Palacio de Invierno. También llevaba consigo, como una capa, un misterio que yo no llegaría a desvelar, siquiera a vislumbrar. ¿Qué hacía allí, con su porte aristocrático? ¿Por qué no volaba a una hora normal a una gran capital europea en una compañía de bandera? Quizá un antepasado suyo se había desposado con alguien de una familia de aristócratas magiares y resulta que era el único entre el pasaje que iba a quedarse en Győr-Pér, donde le recogería un coche con las lunas tintadas para llevarle a su palacete.

La *novia* llevaba dos tatuajes tribales en los bíceps, un traje con volantes de tul, barato y sucio. También llevaba la incomodidad de vestir una prenda tan estrecha y el pesar de haberse dejado embaucar por aquel grupo de hombres a los que llamaba, quizá ya

solo por costumbre, amigos. Llevaba tres miligramos de alcohol en sangre y un creciente deseo, no reconocido, de no casarse.

Por su vestimenta, la mujer del salacot parecía que, viniendo a Europa, estuviera viajando a un territorio ignoto para descubrirlo. Imaginé que traía desde Asia un puñado de clichés sobre un sur exótico en el lejano oeste, donde se mezclaban pirámides faraónicas con toros de lidia, estampas de un al-Ándalus romántico, las *Mil y una noches*, la *Carmen* de Bizet, el Santo Sepulcro, Sicilia, la sangría e Indiana Jones. Un pensamiento, el mío, también guiado por los prejuicios. Por encima de todas las cosas, traía un móvil en la mano del que no se separaba y de cuya pantalla apenas levantaba la vista. Verla caminar, junto a nosotros, tan cerca, me hizo pensar que lo que traía, sobre todo, era miedo a lo nuevo y desconocido y que aquel pequeño dispositivo era para ella lo que el escudo para el Capitán América.

El gastrónomo traía una verborrea infinita que enmascaraba, quizá, un *horror vacui* como el que todos sentimos en algún momento y tratamos de disipar de mil maneras. Él, repasando, sin ahorrar un solo detalle, un menú de cincuenta platos o bocados o experiencias. Ese hombre, además de traer la pesadez de su monólogo, traía la escucha dócil de su acompañante.

Por tratarse de un ser irracional, no se puede saber lo que llevaba Ewok, pero, a primera vista y sin ser etólogo, me aventuraría a decir que el animal llevaba el deseo de quemar el arnés, poner las cuatro patas en la tierra y mearse en los pies de su dueño. Y una vez en el suelo, por qué no, con mucho gusto olfatearle la zona genital a cualquier otro cánido con el que se hubiera cruzado. A algunos les habría mostrado los dientes y frente a otros habría retrocedido gimiendo, con el rabo entre las patas. De haber podido tener celo, habría montado a cualquier hembra en su misma situación que

estuviera dentro del radio de su olfato. Cada tanto, por supuesto, habría ladrado por motivos imperceptibles para los seres humanos, la mayor parte de los cuales se habrían mostrado molestos.

En lo que a nosotros respecta, llevábamos el cansancio del día a día, del que no hay visos al final de las películas románticas, cuando los protagonistas han superado solo algunas dificultades y han decidido que compartirán el resto de sus vidas, dando por hecho que lo que les espera conservará, *ad infinitum*, el tono armónico de esa última escena. Cargábamos con veintitrés años juntos, en los que da tiempo a ver al otro en todas las situaciones posibles, en todas las circunstancias imaginables, muchas de ellas, poco o nada edificantes. Por unas circunstancias parcialmente asimilables a las de Ewok, nosotros, con nuestra fidelidad mutua, también contradecíamos el mandato natural de aparearnos con el mayor número posible de congéneres. Llevábamos la crianza, que cada uno ejercía a su manera. Llevábamos las contradicciones propias, las costumbres adquiridas, la aprobación de los otros, la educación de nuestras respectivas familias, sus expectativas, que parecían ser las de toda una estirpe. Llevábamos los deseos divergentes, las circunstancias descoordinadas, los retos profesionales, el ascensor social, la dispar decadencia o pujanza de nuestros cuerpos, la percepción, también dispar, que teníamos de ellos, una libido no siempre acompasada con la del otro y algo de competitividad entre nosotros. Llevábamos un reparto heterogéneo de las tareas comunes. Cargábamos con el peso real y simbólico de lo material: las casas compradas con hipoteca, el coche de las invasiones, los libros que ya no sabíamos a quién pertenecían. Llevábamos las heridas inevitables que el otro había producido, algunas mal cerradas, algunas permanentemente infectadas y supurantes. Cargábamos con una relación sexual muy alejada de la que

habíamos intuido cuando comenzábamos: una exploración compartida del cuerpo propio y del otro que ilumina y hace libre, que eleva el gozo y el conocimiento y alumbra la comunión entre dos seres. Llevábamos una respiración esforzada y un ritmo cardiaco de crucero. Nos sosteníamos a duras penas, quizá ya solo impelidos por un sentido del deber, que es algo que sirve para llevar adelante una carrera profesional pero no una relación emocional. Soldados en Verdún.

Yo solo pretendía tener un detalle con Leticia, en ningún caso tasar la consistencia ni la calidad de nuestra relación. Y en esa distancia entre la ingenuidad bobalicona de mi detalle y la verdadera naturaleza del problema estaba la clave.

Alcanzamos el avión mucho antes del amanecer, con los chicos fuertotes que, en un esprint final escasamente disimulado, se habían puesto en cabeza de la columna. Al pie de la escalerilla, carpeta en mano, se había situado la heroína de la clase trabajadora con un abrigo corporativo que, como a su compañera, parecía haberle tocado en la tómbola de una remota parroquia gallega. Fue recibiéndonos uno por uno, como si no nos hubiera visto nunca antes. Bienvenidos al vuelo BluestAir BA1256 con destino a Győr-Pér, decía.

Cuando llegamos a su altura, justo en el momento en el que nos disponíamos a atacar el primer peldaño, Leticia me retuvo una vez más por el brazo y yo me quedé con la pierna derecha levantada y la planta del pie a punto de ser apoyada en el primer escalón. Al mismo tiempo, mi tronco rotado ligeramente hacia un lado para tirar con las dos manos de la maleta con ruedas que llevaba arrastrando desde que nos bajamos del taxi. Y así me quedé, congelado, durante más tiempo del que me hubiera gustado. La miré, pero no dijo nada. A nuestra espalda, la fila se detuvo.

¿Qué?, pregunté manteniendo la postura.

La heroína, que hacía rato que nos había clasificado en la categoría «pareja-de-larga-duración-con-hijos-hipoteca-y-problemas-que-intenta-buscar-soluciones-dando-palos-de-ciego-se-va-de-fin-de-semana-a-un-lugar-desconocido-pensando-que-así-se-obrará-un-milagro-consistente-en-borrar-las-afrentas-y-los-reproches-mutuos-recuperando-así-lo-que-un-día-fueron», vio que, de nuevo, necesitaríamos algo de tiempo y nos pidió que nos apartáramos para dejar embarcar al resto del pasaje. Lo hizo con un elegante movimiento de su mano y una mirada tan compasiva que, se diría, había sido forjada en los mismos infiernos que intuía en nosotros.

Sin llegar a pisar el primer escalón, revertí mi movimiento y, a continuación, nos separamos unos metros de la escalerilla en dirección a uno de los motores del avión que, por suerte, en ese momento estaba parado. A nuestro alrededor, el personal de tierra trajinaba con maletas, reabastecía de combustible (el justo y necesario) o inspeccionaba el aparato con sus chalecos amarillos y sus auriculares de protección.

La auxiliar continuaba con su trabajo, saludando a los recién llegados. Ya solo quedaban algunos pasajeros por subir, los de la categoría WC: *Working Class*. Eran seis y venían empujando los carritos de aluminio aligerado en los que iban los perfumes, los refrescos, las botellitas de ginebra y los menús bajos en nutrientes.

Entonces Leticia me miró a los ojos por primera vez en muchas horas.

—Felipe —dijo. Solo eso.

Tres sílabas, seis letras, tres de ellas vocales. Una pequeña muestra de su verbo, una minúscula cantidad de información que me revolvió el estómago. El tono, la frecuencia, el volumen, la cadencia, la vibración del aire. Todos mis sensores abiertos como

llagas. Con esas seis letras y mis veintitrés años de estudio inconsciente, yo ya supe que Leticia había cruzado el Rubicón. No había vuelta atrás. Había llegado el momento. Ahora sí, regresaríamos a nuestro piso para descansar unas horas y, esa misma tarde, con los niños todavía en casa de los abuelos, tratar los términos de nuestra separación.

Nos imaginé comenzando a andar, desde allí mismo, y dirigiéndonos en línea recta hasta nuestro piso. Tendríamos que pasar bajo la panza del aparato, cruzar en diagonal la pista 09/27, quizá sortear un avión esperando permiso de la torre para despegar, y luego trepar por, al menos, dos perímetros alambrados. Entrar en los hangares militares, saludar sin ganas a los operarios que allí ensamblaban aviones de transporte y salir por una puerta trasera, reducir a dos patrullas de la policía militar, saltar otras dos vallas, vadear un arroyo, pisar los bancales de los huertos urbanos del parque Alcosa en los que, casualmente, el jubilado tenía sus lechugas, callejear por Sevilla Este, salir a la avenida de Kansas City y así sucesivamente hasta llegar a Triana, donde en nuestro piso aguardaban nuestros enseres para ser repartidos y metidos en cajas.

Ese era el futuro que yo auguraba. Y precisamente habíamos llegado a esa situación, entre otras cosas, porque yo no había sabido articular el tiempo futuro. No el que se extiende en el largo plazo sino otro. Uno más pequeño. Si alguien me lo pidiera, cosa que no suele suceder, le daría un consejo. Uno que surge de mi experiencia después de veintitrés años de relación en pareja. Un consejo que sale de esa experiencia, pero que sirve para cualquier situación en la vida. Querer y cuidar son dos caras de la misma moneda. Siempre van juntos: sin cuidado no hay amor. Sin amor no hay cuidado. Para cuidar es preciso vivir con un pie en el futuro. Y no me refiero al gran futuro, lo que se conoce como el *porvenir* o el *ya veremos*.

Hablo de un futuro más cercano. El *futurito*, podríamos decir. Los hombres, ya se sabe, somos de cosas grandes: el día de mañana, la paz en el mundo, la cartera a reventar de billetes de cien dólares, el nudo de corbata bien gordo. Las mujeres, en cambio, llevan desde el principio de los tiempos gestionando cosas pequeñas que caben en un cajón, en un bolso, en un sobre, entre las páginas de un libro de texto, en un paseo, en el dobladillo de una falda, en una fresquera, en una cantimplora.

Me hubiera gustado decir que mi intuición era equivocada, pero no. Leticia no quería subir a aquel avión. Me lo dijo con el personal de pista empezando a retirarse de los alrededores del aparato y con la heroína acercándose a nosotros ya con algo menos de compasión que antes. Me lo dijo temblando, a punto de empezar a llorar. Me lo dijo sin necesidad siquiera de hablar: no entiendo nada; no sé qué hacemos aquí; no me des sorpresas; no a estas horas; no esta semana; ni este mes; no me vuelvas a hacer esto; somos adultos; nos conocemos; basta con hablar; lo que sea que tienes pensado no me sirve; no sé qué me pasa; solo sé que no quiero subirme a ese avión contigo; ni con ellos; ni con esta compañía; quiero volver a casa; irme a correr; quitar algunas tareas de mi lista; una lista que nunca decrece. Da igual que termine mi jornada laboral porque hoy en día a casi nadie se le termina la jornada laboral. Siempre está la maldita conexión que nos tienta a seguir quitándonos tareas que, cuando se completan, desaparecen de la lista solo para dejar hueco a otra más. Quiero descansar. No quiero viajar, ni criar a los niños, ni cuidarte a ti. Quiero parar.

—Perdonad que os moleste —la voz de la heroína a un metro de nosotros—, pero tengo un avión lleno de gente esperando para despegar.

Ese fue el único momento en el que la auxiliar me cayó mal. Y no porque estuviera interrumpiendo un momento crucial en nuestras vidas, sino por el uso teatral del posesivo: tengo un avión. Me recordó a esas películas en las que los trabajadores (policías, bomberos, militares, sanitarios, directores de aeropuertos) patrimonializan su puesto de trabajo incorporándolo a su persona. Tengo aquí a una compañía entera de chicos que apenas han cumplido veinte años y que no van a llegar a los veintiuno, le dice el capitán por radioteléfono, bajo fuego de mortero, al coronel que se fuma un puro en el cuartel general. El capitán se queja de que no reciben el apoyo aéreo que necesitan (para el cuartel general siempre hay un lugar mejor que bombardear) y que los están masacrando.

Solo un segundo, le pedí a la auxiliar, que súbitamente se llevó la carpetilla al pecho y dio medio paso hacia atrás agachando recatadamente la cabeza.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Tengo miedo.

—No te preocupes. La inspección de seguridad del avión no la hace BluestAir.

—No es eso.

Sonó una voz en el *walkie-talkie* de la heroína.

—Lo siento, pero, ahora sí, no podemos esperar más. El *slot* —sentenció la auxiliar.

Me giré hacia ella y le comuniqué que no íbamos a subir al avión. La tercera de mis rendiciones. Me salió así, sin pensarlo. Nadie se dio cuenta, ni siquiera yo, pero a aquel pequeño detalle le había crecido una tercera dimensión porque no era mi necesidad la que lo dirigía sino la de Leticia. Yo hubiera seguido insistiendo en el viaje hasta completarlo. Llegar hasta el lugar en el que la magia se haría

sola, prescindiendo incluso de mí. Yo quería llegar hasta allí, como el príncipe de Salina, para dejarlo todo igual y que todo cambiara. O, en otras palabras, para que el viaje, por sí solo, obrara un milagro sin que yo tuviera que hacer ni cambiar nada.

La heroína parecía plenamente consciente de nuestro drama personal, pero, en efecto, tenía un avión lleno de pasajeros que ya nos miraban desde las ventanillas en busca de respuestas y, sobre todo, de culpables. La auxiliar rebuscó entre los folios que llevaba en su carpetilla, sacó uno y nos leyó a toda prisa una cláusula del contrato que yo, supuestamente, había firmado.

Y de esa manera tan prometedora, tan ilusionante y romántica, nos subimos a aquel aparato volador, con aquella gente tan dispar y, probablemente, con menos combustible del razonable. No era el comienzo soñado para un viaje romántico. Ni para un viaje a secas. Ni para un día cualquiera en la vida de una pareja desorientada. Es que ni tan siquiera era de día.

20

Cláusula 17.1.b: *No show*.

En virtud del presente instrumento y sin perjuicio de cualesquiera otras disposiciones aplicables, se establece que todo pasajero cuyo título de transporte válido se encuentre categorizado bajo la denominación «EC» y que, por razones no imputables directa ni indirectamente a la compañía BluestAir Ltd. ni a sus agentes, subagentes, subcontratistas, peticionarias, franquiciadas o entidades afiliadas, no procediere a formalizar su embarque *(no show)* en el vuelo correspondiente conforme a los términos y condiciones previamente aceptados, incurrirá en una penalización de carácter pecuniario, no reembolsable ni compensable por servicios alternativos, equivalente a la suma de veinticinco mil soms kirguises (KGS 25.000).

Dicha penalización se hará efectiva de pleno derecho en el momento en que cualquier miembro autorizado por la compañía constate la no presentación del pasajero *(no show)* en los términos antedichos, sin necesidad de requerimiento previo ni ulterior justificación. La citada contraprestación podrá ser deducida o cobrada por cualquier medio que la compañía estime oportuno, incluyendo, pero no limitado a, la utilización de los datos de pago proporcionados en el momento de la reserva.

21

Como habíamos sido los causantes del último de los retrasos en el despegue, fuimos recibidos a bordo exactamente con lo opuesto al amor. No sabría decir qué. Por otra parte, también nosotros tuvimos el raro privilegio de contemplar una panorámica completa del resto del pasaje.

En la primera fila estaba el *Duque*, con la cabeza ligeramente agachada para mirar por la ventanilla y, de paso, supongo, no tener que ver pasar a aquel muestrario de los grises que componíamos los integrantes de la clase media. A su lado, en el asiento vacío, su pequeño maletín de piel estampada.

A la *novia*, en la fila seis, le había tocado el asiento central, junto a lo que me pareció un patriarca ortodoxo griego. Busqué al resto de su pandilla, por la que ya empezaba a sentir verdadero cariño, y los fui descubriendo, uno por uno, en asientos distantes, como si el algoritmo hubiera entendido que no era conveniente que volaran juntos.

A Ewok, el perrito de las galaxias, su porteador le había comprado un asiento para él solo donde la criatura esperaba el despegue con su cinturón homologado ya puesto. Al gastrónomo, fila once, le había tocado lejos de su acompañante, en la fila veintiuno. A pesar de ello, cuando pasé, oí que le decía a su compañero de asiento: Parecía una nécora, pero era un profiterol.

Seguimos nuestro recorrido hasta la mitad de la cabina donde estaban nuestros asientos, A y B, ventanilla y centro. En la plaza C, pasillo, estaba la mujer del salacot, con sus cascos y su móvil.

Leticia le indicó que el de la ventanilla era su asiento, pero la mujer ni se inmutó.

Entretanto yo tenía que buscarles un hueco a nuestras dos maletas de cabina. Las filas que quedaban hasta la cola del avión se repartían entre los que miraban sus móviles, los que miraban por las ventanillas y los que no perdían ojo del reto que yo tenía por delante. Todos los maleteros estaban ya cerrados lo que me hizo temer lo peor. Abrí uno, lleno. Otro, lleno. Otro más. Tendríamos que volar hasta Hungría con la maleta de cabina entre las piernas en un hueco en el que, de por sí, apenas cabían las piernas. Pero gozábamos de la tarifa EC, a lo que se sumaba el derecho a maleta garantizada que yo había contratado. Quise pedirle auxilio a nuestra heroína, pero no la encontré porque su trabajo finalizó cuando terminó de leernos el artículo al pie de la escalerilla seguido por el breve relato de cómo había evitado que nos lincharan cuando perdimos el *slot* por culpa de nuestra conversación en la terminal.

Al que sí que encontré, en la cola del avión, mirándome, fue a un tripulante de cabina tan fornido como los de la despedida de soltero, pero vestido. Me limité a dirigirle un gesto obvio y discreto suponiendo que, siendo trabajador de la aerolínea que operaba el avión, estando dentro de este a la hora de su despegue y luciendo como lucía sobre su hercúleo pectoral una chapita con su nombre y los colores corporativos, se sentiría interpelado por un pasajero que, a la hora del despegue, tenía una necesidad relacionada con el mismo: buscar un hueco para una maleta. El hombre, de no más de treinta años, me miraba indolente, como si aquello no fuera con él. Leticia seguía tratando de hacerle entender a la mujer del salacot que tenía que dejarla pasar y que, por favor, se levantara. En vista de que no se sentía concernido, me acerqué al tripulante de cabina: pelo engominado, cejas definidas, media barba, más que recortada,

delineada: las patillas como finísimos hilos de pelo cayendo por la quijada y continuando, como un barboquejo, por el borde de la mandíbula y luego subiendo por las guías hasta unirse en un bigotillo no menos fino y bien recortado. Cuello de piloto de Fórmula 1, corbata estrecha y camisa de manga corta entallada. Mirada bobina, como vaciada de sentido: la de un iluminado; la de un trabajador muy mal pagado; la de un pobre diablo que siente que una chapa cromada con su nombre sobre el pecho le concede algún tipo de superioridad.

—Disculpa —le dije acogiéndome al tuteo corporativo—, no encuentro sitio para nuestras maletas.

—No llevas el *identificativo* visible —respondió cortante—, es obligatorio para los pasajeros EC.

Dejé pasar lo de *identificativo* e hice como que me buscaba la etiqueta en todos los bolsillos del pantalón.

—Da igual, ¿en qué asiento estás? —atajó.

—No lo sé —expresión de fastidio por su parte—, en aquellos de allí —dije señalando a mitad de cabina, hacia el lugar en que Leticia pasaba en ese momento por encima de la mujer del salacot.

Comprobó un listado en su táblet hasta que encontró el dato.

—Sois Felipe y Leticia.

—Sí.

—Qué mala suerte —dijo por fin.

—¿Cómo?

—Decía que qué mala suerte no encontrar espacio para las maletas. Aunque si *habríais* embarcado antes no *habríais* tenido problemas. Pero claro...

—Alto ahí —zanjé—, ¿me vas a regañar?

—Regañar no, pero...

—¿Me vas a ayudar con las maletas?

Silencio, mirada a las uñas de manicura y resoplido.

—No estás en tu palacio y yo no soy tu *lacallor*, Felipe —me dijo confundiéndome, sin duda, con algún otro Felipe—. A mí no me pagan por subir maletas. Diría más, con lo que me ingresan cada mes en la cuenta, casi se podría decir que no me pagan por mi trabajo.

De regreso a mi sitio fui abriendo, y dejando abiertos, uno por uno todos los compartimentos hasta que encontré dos huecos potenciales que, en realidad, no lo eran. Uno en la fila 14 y otro en la 11. Cuando me acerqué a por nuestras maletas, Leticia ya estaba acomodada en el asiento de ventanilla y, como parecía que iba a ser ya para siempre, miraba hacia el exterior. Llevé las maletas a sus sitios, recoloqué lo que allí había, las subí, cerré las portezuelas y le dediqué una mirada al imbécil que tendría que poner orden en el pasaje en caso de aterrizaje forzoso, amerizaje o caída en picado.

Hasta que se desató la tormenta en los cielos y en el corazón de Leticia, permanecimos callados. Leticia en su mundo y yo, renuente de siempre al enfrentamiento, repasando rutinariamente el folleto con las instrucciones de emergencia que encontré en el bolsillo del asiento delantero. ¿Qué hacer en caso de fuego? ¿Qué hacer en caso de amerizaje? ¿A quién ponerle primero la mascarilla? Antes de que María y Juan nacieran, casi al principio de la era del bajo coste, Leticia y yo solíamos hacer escapadas a ciudades europeas. Mientras esperábamos a que el avión despegara, acostumbrábamos a revisar esa misma tarjeta y jugábamos a interpretar las instrucciones al pie de la letra. Si, por ejemplo, la evacuación en caso de incendio estaba representada por la figura de un hombre a cuatro patas avanzando por el pasillo con un símbolo de fuego en la parte superior, nosotros concluíamos: en caso de que exista una llamita volando en cabina, es momento de buscar sus lentillas en el pasillo. La risa era entonces

la emanación natural de nuestra relación. El vapor de agua que producía la reacción que, juntos, producíamos. Rozarnos, contraponer nuestras opiniones o nuestros deseos, tenía frecuentemente ese desenlace. Y allí estábamos de nuevo, sentados en un avión, esperando un despegue, cada uno mirando a un lado, tratando de no interpelarnos porque ese contacto iba a estar lejos de producir risa.

22

A media cabina, un poco por delante de donde estábamos sentados, el tripulante culturista esperaba a que sus compañeras tomaran sus posiciones para iniciar la demostración de seguridad. Había abierto una pequeña bolsa de loneta roja y había dejado a sus pies el chaleco salvavidas y un cinturón de seguridad. Una locución pedía al pasaje, en inglés y en español, que prestara atención a las indicaciones, aunque ya las conocieran. Que nos quitáramos los auriculares y que escucháramos a aquellos trabajadores que habían de instruirnos.

Yo esperaba del culturista la misma gestualidad sin énfasis de todos los tripulantes de cabina del mundo. Una mera transmisión de instrucciones claras y concisas para salir a gatas del avión o ponerse la mascarilla, lo más alejada posible de lo que entendemos por teatral. Pero aquel hombre llevó su interpretación de las normas a una categoría tan insípida que le quitaba a uno las ganas de vivir. Menos mal que yo, en aquel momento, no albergaba pensamientos suicidas, porque de haber estado en esa situación aquel habría sido el momento óptimo para dar el paso. Tanta energía me absorbió el hombre que incluso se me olvidó ponerme el cinturón de seguridad y tuvo que ser su compañera, en su repaso fila a fila, quien me lo recordara. Fue entonces, al mirar a Leticia para comprobar que ella también lo llevaba puesto, cuando la vi allí. Como yo, atada a un asiento. Como yo, con algo más de tres horas por delante de inmovilización forzosa. Fue entonces y solo entonces cuando me di cuenta de que ya no recordaba la última vez que había estado en

una situación similar junto a ella. No necesariamente atados. Me refiero a juntos y con tiempo por delante, sin otra cosa que hacer que estar el uno al lado del otro.

Sonó por megafonía el anuncio de que ya estábamos a punto de despegar y nadie pareció recordar ni agradecerle a Dios el hecho de que, con aquel despegue, se consumaba un logro que, minutos antes, lo había significado todo para nosotros: el *slot*. Los motores aceleraron hasta liberar tonos agudos. En cuanto el piloto soltara el freno de mano, pensé ingenuamente, el avión arrancaría su carrera con una fuerza que nos pegaría al asiento.

Y entonces el piloto debió de soltar el freno de mano porque empezamos a acelerar progresivamente. Desde los cero kilómetros por hora hasta los doscientos cincuenta; desde la quietud de la cabecera de la pista a la creciente vibración previa al despegue; desde la relajación del cuerpo a la compresión contra el respaldo. Y fue ahí, en medio de esa carrera hacia el final de la pista, cuando, no sé por qué, y quizá esto sea importante, nuestras miradas volvieron a cruzarse. En sus ojos el mismo brillo que había visto unas horas antes, que ya parecían días, al bajarnos del taxi. Ahora que he podido reflexionar tan largamente, soy capaz de leer ese brillo en toda su complejidad. En su mirada leo algo así: sé que parezco una niña, haciéndome la dormida, remoloneando, ahora a punto de llorar. Una parte tiene que ver con el chupito del Duty Free y otra con el Lorazepam que me he tomado antes de meterme en la cama, hace no muchas horas, que ya me parecen eternas. Sabes que tomo esas pastillas, pero no sabes con qué frecuencia, porque eso es algo que te oculto. No quiero que me sermonees. No es que dependa de ellas, pero, como cada vez duermo peor, me tomo alguna de cuando en cuando, que cada vez es más habitualmente. Anoche me tomé una porque, aunque sabía que tenía pocas horas

para dormir, necesitaba aprovecharlas al máximo. No podía permitirme pasar una hora mirando al techo. Quería descansar para poder hacer contigo este viaje que no quiero hacer. Por lo general necesito descansar porque si no durante el día las tareas me sobrepasan y me angustio. Creo que esto último no lo entiendes porque siempre has dormido bien. La sabiduría popular atribuye el bien dormir a la tranquilidad de conciencia, a una cuestión moral. Pero el caso es que yo tengo la conciencia tranquila. Hago las cosas lo mejor que puedo y sé. Me comprometo con lo que emprendo, ya sea mi familia, mi matrimonio, mi trabajo, mis amigos o mis padres. Por supuesto, no siempre estoy a la altura. A veces le fallo a mi familia, a ti, a mis amigos y a mis padres. Donde, generalmente, no fallo es en el trabajo. Hay tantos ojos mirando que si tengo que elegir un entorno en el que no dar un paso en falso es en el laboral. Voy siempre un poco al límite en cada uno de esos entornos porque en todos me gustaría ganar mi medalla. Y eso es un problema, lo sé. Exigirme tanto, disfrutarlo tan poco, pendiente de un reconocimiento que no siempre llega. Sin embargo, te miro a ti, y te veo, por lo general, relajado. Tienes presencia, más o menos activa, en todos esos espacios. Pero en ninguno de ellos llegas al límite. Si los niños no meriendan fruta cada día, no pasa nada. Si no te acuerdas de abrazarme en una o dos semanas, no pareces echarlo en falta. Si se te olvida llamar a tu madre el día de su cumpleaños, ni te das cuenta. Haces un borroncito en el papel con la yema de un dedo y sigues adelante. Envidio esa laxitud. La quiero para mí. Soy consciente de que para vivir en armonía, conmigo y con el mundo, no hace falta ni mi nivel de atención ni de cuidado ni, desde luego, mi tendencia a la obsesión. Nadie me exige lo que yo me exijo. Pero no sé hacerlo de otra forma. No sé si tiene que ver con que nací en un pueblo pequeño, con que soy mujer, con que soy la hija de mi

madre. No-lo-sé. Solo sé que estoy al límite y que, en el límite, solo tengo energía para lo urgente. Intuyo lo que buscas con este viaje y no creas que no lo aprecio, pero, para lo que necesito yo y necesitamos nosotros, no sirven los regalos porque, no puedo evitarlo, en cosas así veo más tu miedo a perderme, o a perder la vida que tienes, o a perder tus privilegios, que un verdadero acercamiento a mí. Y luego está el hecho de que lo que quieras decirme tengas que decírmelo en forma de sorpresa, con lo poco que me gustan. Parece mentira que no lo sepas después de tantos años. Para-qué-tienes-que-decirme-lo-que-quieras-decirme-en-forma-de-sorpresa. Lo que quieras decirme me lo dices sin este envoltorio de cumpleaños escolar. Buscas un momento cualquier tarde, organizas las cosas en casa para que podamos liberarnos un par de horas, bajamos al bar de siempre, al que ya raramente vamos, nunca solos, y nos tomamos unas cervezas. Y ahí, entre sorbo y sorbo, me cuentas lo que quieres contarme. Aunque, también te digo, con haberlo preparado todo para que estemos solos te has adentrado sin miedo en el *futurito* y ya me has dicho la mayor parte de las cosas que necesito que me digas. Porque prepararlo todo es lo que suelo hacer yo siempre. *Futurito* necesario, *futurito* agotador. Preparándolo tú, sacas cosas de mi cabeza y mi presión intracraneal se reduce. Y a mí lo que me duele, lo voy sabiendo, no es hacerlo mal o no intentarlo o no esforzarme. A mí lo que me angustia es tener tantas cosas en la cabeza. La presión intracraneal. Bien que hagas la cena, que juegues con los niños, que pongas la lavadora cuando te acuerdes. Pero esas cosas hay que pensarlas antes. Pensar en qué comer, en qué talla, en qué yogur, en cuánta gente cabe, en qué temperatura hará dentro de dos días, cuando María tenga su excursión a la granja escuela.

Y, por cierto, ya puestos, una vez en el bar, acercas tu mano a mi pierna y la dejas un ratito ahí mientras charlamos de cualquier cosa intrascendente. Tu mano en mi pierna y nada urgente que tener que decirnos. Eso es todo lo que necesito. Solo eso: una mano en mi pierna, unos minutos sin pensar, una cerveza compartida, algo de intrascendencia. Pero esto del madrugón y del vuelo y toda esta locura de BluestAir y lo que sea que hayas firmado y los soms de Kirguistán. Esto me lo montas hace quince años y bienvenida la sorpresa y la locura porque hace quince años no tenía nada mejor que hacer que irme contigo a donde hiciera falta y tenía fuelle de sobra para reírme contigo ante cualquier majadería humana. Hasta me hubiera hecho gracia pagar una multa en una divisa desconocida. Hace quince años mi presión intracraneal era casi inexistente porque hace quince años todavía no tenía un trabajo estable, ni un papel en ese trabajo que nos aporta un salario garantizado y, a mí, un reconocimiento que no encuentro en muchas otras partes. Por supuesto, hace quince años no tenía hijos a los que atender, cuyas necesidades son mis necesidades, como las tuyas, que también hago mías y que se suman a las que ya tengo yo y que no te voy a volver a repetir ahora, pero que, generalmente, van las últimas. O las primeras, si piensas en la razón por la que me levanto tan temprano cada día. Desde luego no te lo voy a explicar aquí, en medio de esta aceleración vibrante, cuando no es temprano ni tarde y estoy agotada porque ayer no tuve tiempo, ni tampoco en los días anteriores, ni en los meses o los años previos, para descansar de verdad. Desde que me dijiste que nos íbamos, «sorpresa», no hace ni cuarenta y ocho horas, no he parado de tapar agujeros, de resolver trabajos, de hacer gestiones, de colocar a los niños, de suplicarle a mi jefa el día libre, sin que parezca que lo hago. Y, por si fuera poco, hacerlo todo disimulando para no quitarte la ilusión, o lo

que sea que te ha llevado a planear esto. Hasta hace un momento ni siquiera sabía a dónde íbamos y tú no querías desvelar el destino porque te parecía más bonito así. Lo único que pude intuir es que no volábamos a Canarias y que serían pocos días porque me pediste que trajera ropa de abrigo y una maleta pequeña. También, no sé por qué para tan poco tiempo, que incluyera mi ropa de correr y las zapatillas. Y aquí estamos los dos atrapados, jugando a un mismo juego, pero con reglas distintas.

23

Yo habría preferido no tener que hablar de nada espinoso durante el vuelo. Es más, hubiera preferido no hablar en absoluto. Si durante el proceso de compra hubiera existido alguna persona y si esa persona me hubiera preguntado cómo querría viajar: si ventanilla o pasillo; si en las filas delanteras, en el centro o en la cola del avión; si iba a tomar alguna bebida de cortesía, a todas esas preguntas habría respondido que mi preferencia era solo una: dormir. Despegar, caer en la inconsciencia y despertar con el chirrido de las ruedas al tocar la pista de aterrizaje. Ni mirar por la ventana, ni ver una película, ni comerme una ensalada César. Dormir durante todo el trayecto y aterrizar en Győr-Pér con el cuello roto, pero con el romanticismo intacto.

Puestos a tener que hablar por fuerza, como todo indicaba que iba a suceder, hubiera optado por comenzar la conversación una vez alcanzada la altura y velocidad de crucero. Nada mejor para un diálogo productivo que la ausencia de turbulencias, una velocidad estable y un rumbo claro. Llegados a ese punto, sí, claro que sí, había cosas que tenían que ser dichas. Solo con lo que llevábamos vivido desde que habíamos salido de casa, había conversación para rato: embarcados en el último segundo y solo por la amenaza de una multa; con un detalle bienintencionado cuyo rumbo había ido virando hacia el tormento; atados como estábamos por sendos cinturones; sin acceso al pasillo, con poco espacio para movernos y junto a una persona cuyo único propósito en la vida parecía ser pasar vídeos con el dedo índice. Sin otra cosa que hacer, en

definitiva, que hablar. Y lo hubiéramos hecho, yo estaba dispuesto, Leticia también, pero en cuanto nos giramos el uno hacia el otro, a punto de abrir la boca, de interrumpirnos incluso, tal era el tamaño de nuestros respectivos desasosiegos, justo en ese momento, el asistente fuertote se acercó a nosotros y nos ofreció la posibilidad de reclinar nuestros respaldos por un módico precio o su equivalente en puntos.

—Parejita —dijo, como si no me hubiera visto nunca y con una complicidad que excedía, incluso, la laxitud en el trato de la compañía—. ¿Os gustaría viajar más cómodos *recostando* vuestros asientos? —Me giré para mirar a la fila de atrás y vi a dos hombres y una mujer con los rostros iluminados por sus pantallas. Era tan escaso el espacio entre filas que si nosotros nos reclinábamos ellos se comerían sus dispositivos. El auxiliar, entendiendo mis dudas, se apresuró a aclarar dos cosas: por un lado, que el ángulo de reclinado en aquel modelo de avión era de tres grados. Por lo que estudié de trigonometría en la carrera, esos tres grados iban a incrementar nuestra comodidad de manera imperceptible—. Tres grados parecen poca cosa —dijo—. Pero cuando llevemos una hora de viaje, tres grados os parecerán una golosina *esquisista*. —Y se llevó las puntas de los dedos a los labios y se las besó.

Por otro lado, y puesto que el programa todavía estaba en pruebas, nos explicó que los pasajeros de la fila posterior ya habían marcado la casilla de aceptación de reducción de espacio disponible a cambio de una compensación por lo que, en caso de que nosotros optáramos por ponernos imperceptiblemente más cómodos, treinta *Blue Points* serían transferidos de nuestros *wallets* a los suyos. Me quedé en silencio, sin saber qué decir. El auxiliar, impaciente tras dos segundos de espera, apretó ligeramente los labios, miró en dirección al morro de la cabina y luego a la cola como diciendo, a ver cómo

digo esto. E inclinándose por encima de la mujer de los ojos tan rasgados como secos, susurró: queridos Felipe y Leticia. Por lo que me ha contado mi compañera de tierra y por lo que he podido ver con estos ojitos que Dios me ha dado, nos estáis dando un viaje de aúpa. Dicho esto, os recuerdo que habéis optado por el contrato EC, con sus ventajas y sus *inconveniencias*. La ventaja principal es que, si colaboráis con el programa, el viaje no es que os salga barato, es que vais a ganar dinero. Muy poco, es cierto, pero dinero.

Leticia me miró y yo hice como que no me daba cuenta de que me miraba porque el mensaje que nos traía aquel hombre tan musculado era tan sorprendente que justificaba el secuestro pleno de mi atención. ¿Qué era eso de ganar dinero?

Como veo que no os habéis tomado la molestia siquiera de revisar la escala de *remunerancias* del programa EC, si accedéis a *recostar* vuestros asientos, ya os informo yo, traspasaremos de vuestra cuenta cincuenta puntos, pero, dado que sois pasajeros EC y que el programa está en fase de pruebas, os enviaremos setenta puntos que, en vuestro caso, podréis canjear una vez finalizado el viaje a razón de (buscó el dato en su táblet) 0,00035 euros por punto. *Recostando* vuestros asientos y rellenando posteriormente el formulario no solo estaréis más cómodos, cosa que, claramente, os hace falta, sino que estaréis ganando (tecleó en su táblet) 0,0245 euros.

Muerte de un grupo pequeño de neuronas en mi cerebro. Silencio del auxiliar, silencio de Leticia, silencio de la mujer de los ojos como tizas, silencio de los motores, ronquido de la *novia*. Y viendo que no sabíamos qué decir, se permitió aleccionarnos acerca de lo importante que era para nuestros intereses un mayor involucramiento en el programa EC del que formábamos parte. Podíamos permitirnos, vino a decir, declinar alguna propuesta, pero

quedarnos embobados, sin aportar nada, empeoraría nuestra puntuación como clientes. Nuestro *rating.* Y, como si nos ofreciera una segunda oportunidad, leyó en su táblet una pregunta que, a él, quizá, le pareció más fácil de contestar: en caso de que en algún momento BluestAir ofertara hilo musical, ¿qué opción elegiríais?: la pieza *4'33"*, de John Cage, o bien silencio. Yo elegí, sin ningún criterio, *4'33"* y Leticia, muy de su gusto, silencio. Entonces, alentado por nuestra primera aportación al programa EC, volvió a la carga. A la pregunta: Aceptarías reclinar tu asiento a cambio de recibir 0,0245 euros, yo contesté que sí y Leticia que se metiera los dos céntimos por donde le cupieran.

El auxiliar miró a Leticia, le hizo el equivalente a una peineta con esos ojos que Dios le había dado y se fue a darles la tabarra a otros pasajeros.

—Eres un rácano, Felipe, siempre lo has sido.

—¿Lo dices por lo del asiento? ¿Por este viaje?

—También, pero sabes que no solo por eso.

Solo, posiblemente, el más anodino de los adverbios que, en el contexto restringido de nuestra conversación, si aquello lo era, y en el más amplio de nuestra relación, a mí me punzaba. Mi relación con el dinero nos había dado para discutir, y no demasiado, durante los primeros años. El tiempo que necesité para comprender algo bien sencillo: el dinero, si se dispone de él, cuanto antes se convierta en otra cosa, mejor. Puede ser un regalo, una tabla de cortar para la cocina, un implante dental, una camiseta de los Stone Roses o un bizcocho. Cualquier cosa que le desfigure la cara al George Washington de los billetes de dólar. Lo que sea con tal de que no se convierta en eso que se acumula y se mira. Me he dado cuenta de que, procediendo yo de una familia acomodada y ella de una mucho más humilde, era ella la desprendida y yo el tacaño.

Pero, en realidad, el *solo* de Leticia apuntaba a un tipo de tacañería inmaterial. Lo había precisado ella muy bien al decir racanería. Tener dinero, acumularlo y mirarlo. Gran pecado y soberana estupidez. De acuerdo. Pero tener tiempo libre y no cedérselo a nadie. Tener talento y no regalarlo de cuando en cuando. Ese era el verdadero aprendizaje y el dolor que me punzaba porque, para asumirlo, hubiera necesitado un tiempo casi geológico. Siempre me quedaba con algo, siempre con un poquito. Mis *cositas*, como decía Leticia cuando estábamos de buen humor. Mis mierdas, cuando no lo estábamos.

24

Había llegado el momento para la pasajera del salacot, a mi derecha, de quedarse dormida después de no se sabe cuántas horas sin apartar la vista de la pantalla. Primero pensé en el natural cansancio tras tanta atención puesta en un mismo asunto, hipótesis favorecida por la hora intempestiva y por la muy fatigosa aproximación al avión. Imaginé, además, que antes de llegar al aeropuerto la mujer había pasado, al menos, un par de días caminando por Sevilla o, quizá, por lo que su pequeña pantalla le decía que era Sevilla. Pero luego pensé que la decisión de quedarse dormida la había tomado su cerebro de manera autónoma. Esa personita que maneja palancas y botones dentro de nuestra cabeza y nos dice cuándo hay que comer y cuándo hay que animar a nuestro equipo de fútbol. La personita en la cabeza de aquella mujer llevaba horas recibiendo informes de los sensores superficiales de la córnea diciendo: ¡necesitamos humedad, necesitamos humedad! ¡Nos estamos secando, repito, nos estamos secando! La personita de las palancas había enviado a los párpados la orden ejecutiva: Cerraos inmediatamente porque, de lo contrario, los ojos se secarán para siempre. Además de esa orden ejecutiva había añadido otra instrucción adjunta: Y ya, de paso, conmino a todos los sistemas neuronales involucrados para que decaiga la actividad eléctrica destinada al control de los centros motores. Y, como si fuera un locutor de radio, miró al cristal tras el cual estaban sus técnicos y, elevando la mano, dijo: Arriba serotonina.

Así las cosas, el cuello de la mujer hizo lo que yo hubiera querido para el mío: perder tono, relajarse. A consecuencia de ello, su cabeza fue declinando sin nadie al mando, mala suerte, hacia mi lado, hasta que quedó apoyada en mi hombro. Leticia seguía mirando por la ventanilla, en silencio. Intenté quitarme de encima a la mujer, pero el suyo era un sueño de una profundidad cavernaria porque a la personita de las palancas, quizá, se le había ido la mano con la serotonina o, por qué no, también había aprovechado para echar una cabezadita.

Podía notar sobre mi hombro el peso de todos los gatitos de internet. Sentí apuro y calor, el suyo, más el de los felinos, y quise alcanzar el chorro del aire acondicionado, pero, con la cabeza de la mujer sobre mi hombro, no pude. El asistente fuertote, que desde la distancia me vio subir la mano para intentar abrir la espita, malinterpretando mi gesto se acercó con la esperanza de que hubiéramos cambiado de actitud y empezáramos a colaborar con el programa, pero cuando le conté que quería abrir el aire, me informó de que ese era un servicio de pago y que podía activarlo a través de la aplicación en mi teléfono, o bien pagando o bien a cambio de no sé cuántos *Blue Points*.

Pasó un tiempo indeterminado en el que la cabeza de aquella mujer estuvo apoyada sobre mi hombro. Qué hacer. Responder a su enajenación con la mía, desentendiéndome de ella, me pareció intolerable porque me situaba en su mismo ensimismamiento, así que permanecí ridículamente quieto, para que no se despertara, quietud que hizo que yo mismo me quedara dormido apoyado en ella.

Ondas cerebrales. Reverberaciones. Electromagnetismo. Sodio. Vaina de mielina. Sinapsis. Extraterrestres quizá. Un buen

parapsicólogo o, lo que es lo mismo, uno cualquiera habría encontrado una explicación para el sueño que tuve.

Creo ser lo que hasta hace poco se consideraba una persona normal. Alguien que cree, por ejemplo, en el método científico, pero está claro que mi cráneo, pegado al cráneo de aquella mujer, recibió una transferencia de la sustancia que poblaba su cerebro, o lo que quedaba de él. Solo así pude soñar lo que soñé. Sucedió así:

Mi sueño tenía lugar en el mismo avión en el que volábamos solo que mi cabeza estaba apoyada sobre el hombro de Leticia. Uno de esos sueños en los que uno, hasta cierto punto, parece capaz de manejar, más o menos, el discurrir de los acontecimientos.

Olía a lo que me pareció panceta frita, algo que mi hipotálamo, incluso dentro del sueño, descartó, por improbable. Me incorporé, la mujer del salacot hacía ganchillo y tarareaba una antigua tonada coreana que hablaba de la nobleza del acero que no penetra en la carne del enemigo, sino que divide los tenues rayos de sol que el papel de arroz filtra. Entendí a la perfección cada uno de los versos en coreano porque así es como funcionan los sueños.

Aspiré el aire de la cabina y constaté que, en efecto, olía a panceta. Estiré el cuello y vi que, unas filas más adelante, una nube de humo ascendía y era parcialmente aspirada por lo que me pareció una pequeña campana de cocina que surgía del lugar en el que estaban las luces de lectura y el botón de aviso a la tripulación. Retraje el cuello y llevé la cabeza a su posición de descanso dando por hecho que aquello había sido una alucinación producto del cansancio o del revoltijo de mis emociones que, en aquel sueño, se debía íntegramente al entusiasmo con el que Leticia iba descubriendo, paso a paso, los detalles de mi detalle. ¿Acaso acababa de ver a un pasajero cocinando panceta a la plancha en un

avión comercial a treinta y dos mil pies de altura y novecientos treinta y cinco kilómetros por hora de velocidad? Imposible.

Es un pasajero haciendo una barbacoa en su asiento porque ha pagado por la mesa-plancha plegable *(folding griddle table)*, comentó Leticia mientras acariciaba mi brazo, aparentemente distraída con su teléfono. Esa opción está en la lista de *upgrades*, dijo mostrándome la pequeña pantalla. Por cuatrocientos *Blue Points* podemos elegir uno de los seis asientos con plancha en los que eres tú quien, en pleno vuelo, se prepara la carne, el pescado o la verdura que elijas. Asentí como si aquello fuera normal porque así es como funcionan los sueños. Me maravilla la idea, dijo Leticia.

—Tenemos que hablar —dije aprovechando que Leticia estaba de tan buen humor—, me gustaría decirte lo maravillosa que eres, aquí, en pleno vuelo.

—Me encanta que me digas eso. Lo de que te parezco maravillosa, pero, sobre todo, lo de que «tenemos que hablar».

—Tenemos que hablar.

—Dímelo otra vez.

—*We have to talk.*

—Más.

—*Il faut qu'on parle*.

—En francés, qué bonito. Y ahora dímelo con énfasis.

—Me entusiasma hablar contigo, Leticia.

—Y a mí contigo, Felipe.

—¿Por qué te gusta hablar conmigo, Leticia?

—Porque eres silencioso, no acaparas el discurso, no das por hecho que hay ciertas cosas que tienes que explicarme porque sola no las puedo comprender, no tienes una mente dispersa, no fantaseas con tonterías, eres una persona centrada y madura. Porque sabes escuchar mejor que nadie, Felipe. Eres el rey de la

escucha. En ti la idea de escucha ha tomado su forma definitiva, la más bella y perfecta. Euclides habría sido incapaz de lograr tanto equilibrio. En lugar de escucha plena o consciente debería llamarse escucha *felipiana*.

—Adoro verte mover los labios, Leticia. Más, por favor.

—Escuchar *felipianamente* conlleva la atención plena en la otra persona y en su discurso. Cancelar el pasado, el futuro y la mente propia, siempre divagante, y poner toda la consciencia en sus palabras. Pero también en su entonación, en sus inflexiones, en su lenguaje corporal. Entregarse a la nobilísima tarea de tratar de comprender a otro por la vía de descifrar los variados signos que la comunicación dispensa a quien está dispuesto a entender.

—¿Así soy yo para ti, Leticia?

—Exactamente así, mi rey.

—Más.

—No sé cómo lo logras, Felipe. A mí, cuando te escucho, me es imposible no pensar en mis cosas, o en la idea preconcebida que surge en mí a raíz de tus palabras. Una idea que trato de imponer en la conversación lo antes posible. Da igual si te interrumpo, algo que, por otra parte, tú siempre te tomas con tu natural bonhomía. Cuando me hablas yo pienso en mi respuesta, es decir, dejo de escucharte. O piensas o escuchas. Yo no puedo, pero tú sí, mi sol, mi cielo, mi osito. No sé cuál es tu secreto para hacerlo. Para entregarte a la escucha como lo haces. A veces me parece que estoy casada con el dalái lama.

—Bueno, ya está bien de hablar de mí.

—Y, además, humilde.

—Otra cosa no, pero humilde sí soy. Mucho.

—Íbamos a hablar, ¿verdad? Lo malo es que no sé si vamos a poder hacerlo aquí, con tanto humo.

Pulsé el botón de llamada y el auxiliar fuertote no tardó en llegar con su táblet y sus preciosos ojos.

—¿Sí?

—Hay tanto humo en el avión que apenas vemos dos filas más allá. Me gustaría poner una queja.

El auxiliar fuertote me advirtió de que eso empeoraría nuestro *rating*, pero, como estábamos en un sueño, me dijo que estaría más que encantado de dar curso a nuestra queja.

—Me da igual el *rating*. ¿A nadie más le molesta este ambiente a churrería?

—El resto de los pasajeros han aceptado estas condiciones de vuelo haciendo clic en el apartado AM (Aceptación de Molestias) y, como compensación, han procedido a descargar en sus *wallets* sus correspondientes *Blue Points*.

Entonces fue cuando me levanté del asiento y, pasando por encima de la mujer del salacot, le lancé un puñetazo al auxiliar a la mandíbula. Leticia, desde su asiento, se llevaba las manos al pecho y ponía carita de arrobo. Mi héroe, decía su expresión.

El auxiliar fue reculando hasta la cola del avión, donde deshizo el *cross check*, abrió la puerta trasera y, derrotado, se lanzó al vacío para mi alegría, la del piloto, la del copiloto y la del resto de la tripulación que, junto con el pasaje, empezó a jalear: ¡yo solo quería tener un detalle contigo, Le-ti-cia!, ¡yo solo quería tener un detalle contigo, Le-ti-cia!

25

Despierta, Felipe.

Yo solo quería tener un detalle contigo, Leticia.

Eso fue lo primero que salió de mis labios al despertar y eso fue lo que desató la madre de todas las tormentas, la tormenta final. Pero, antes de eso, entre la arcadia de mi sueño y el torbellino de furia y decepción que vino después, se dio un periodo de aumento progresivo de la presión que, a diferencia de la tormenta posterior, se desarrolló según un protocolo previsible, si bien en su versión agravada. En resumen:

Preludio: Leticia me despierta y oye mi frase: yo solo quería tener un detalle contigo, Leticia.

Fase facial, acto I: Primero dos dedos en forma de pinza en la parte alta de la nariz, como tratando de capturar algo pequeño en el entrecejo. Ojos cerrados. Voz interior de Leticia: *¡Joder!*

Fase torácica: Espiraciones sucesivas, suspiros, bufidos y otras formas de liberación forzada del aire contenido en los pulmones. Voz interior: *¡Un detalle, dice!*

Fase facial, acto II: Pulgar e índice dejan de pinzar el entrecejo y, en colaboración con el resto de los dedos y ambas palmas, se entregan a intensas refriegas por la cara, como si Leticia fuera el señor Patata y quisiera desordenarse los rasgos faciales, llevarse la nariz a la frente, los ojos al mentón, los labios a las orejas. *Mecagoentuputamadre.*

Fase oral, preámbulo: Murmuración inarticulada de lo expresado inmediatamente antes por la voz interior.

Fase oral, o declamatoria, en su modo monológico: comenzando con una declaración casi susurrada y terminando, abrupta y turbulentamente, veintidós minutos más tarde, con Leticia a voces, de rodillas sobre el asiento y un brevísimo periodo de levitación, por la que un ufólogo hubiera entregado su péndulo y sobre la que luego me extenderé.

La fase oral, no asimilable a ningún patrón previo conocido por mí, transcurrió del siguiente modo:

Primero, en voz baja, me habló de su cansancio, de lo poco que había dormido, de las pastillas que había tomado, de la paliza de la cola, del chupito, del embarque, de la banda de lunáticos que nos acompañaban y, sin venir a cuento y sin razón, de la banda de chiflados con los que yo jugaba al baloncesto. Del perro con su arnés canino, de su dueño y de algunas cosas más. Luego se entretuvo en inventariar lo desquiciante del viaje en el que yo la había embarcado.

Yo, entretanto, me limitaba a confirmar, palabra por palabra, los términos de su análisis. En parte porque tenía razón y en parte porque no salía de mi asombro.

A continuación se extendió en darle un repaso a la fauna humana. Tuvo palabras para todos, excepto para el *Duque*. Calificó al auxiliar fuertote de un modo que prefiero no reproducir, pero por el que un tribunal la habría condenado a una fuerte indemnización económica y un confesor, a seis meses de penitencia. Con lo que dijo del jubilado, el propio jubilado habría tenido para montar un sumario de dos mil páginas que él mismo habría defendido ante su señoría. A los de la despedida de soltero los habría sentenciado a vivir para siempre en una despedida de soltero. Al gastrónomo le deseó la compañía eterna de un chef vanguardista y transgresor. A su acompañante, en cambio, le deseó la liberación de su condena y el

encuentro con algún ser humano que le escuchara, porque todos necesitamos ser escuchados alguna vez en la vida. Con la heroína de la clase trabajadora, que a esas horas seguiría dando tumbos por el aeropuerto, se mostró comprensiva y le auguró una pronta jubilación y buena fortuna en algún juego de apuestas. Del perrete se apiadó.

Contra el capitalismo, del que aquel vuelo era un ejemplo paradigmático, lanzó una diatriba a un volumen tan elevado que, de haberla compartido con Marx en una taberna de Mánchester, el propio Marx habría teorizado sobre el materialismo histórico en estado de sordera, aunque, por otro lado, hoy Leticia tendría gigantescas esculturas de bronce repartidas por todo el este de Europa. Vino a decir que ya no éramos ciudadanos, ni tan siquiera súbditos, que ahora éramos una pieza más en los balances de las compañías, en sus flujos de trabajo, en sus cuentas de resultados e hizo un gesto señalando al resto de los pasajeros como diciendo: a las pruebas me remito. En eso tenía razón.

Todo eso dijo. No con esas palabras, con otras, pero, en el fondo, ese era el mensaje. Para entonces hacía rato que había dejado de susurrar y, aunque no gritaba, su proclama llegaba, al menos, a las filas anterior y posterior desde donde algunos teléfonos móviles captaban el momento en calidad HD.

Su tono de voz fue elevándose a medida que su discurso se iba adentrando en lo personal llegando ya, en ese momento, prácticamente a todo el pasaje. Dijo que si estábamos allí, entre tanto gilipollas, era porque yo había caído en la misma trampa que ellos.

El insulto generalizado debería haber provocado el levantamiento de algún ofendido, siquiera un murmullo, pero, salvo el jubilado, el *Duque* y yo, el resto, o dormía (seis personas), o jugaba con sus teléfonos (tres personas), o buscaba *rewards* ocultos (doce

personas) o (los demás) enfocaba con sus aparatos a Leticia en lo que acabaría siendo la proclama de una pasajera en vuelo más documentada de todos los tiempos. Para su desgracia, la escena se haría viral en las redes sociales provocando reacciones de un tipo y el contrario en todo el espectro ideológico. Para su fortuna, la viralidad sería rapidísimamente sepultada por la última barbaridad racista del dueño de la misma red social, red fecal, dijo Leticia tiempo después, en la que toda esa gente hozaba.

En un momento en el que paró para tomar aire y beber agua, le pedí que, por favor, se sentara y hablara a un volumen normal. Me hubiera gustado decirle que tener una casa en la playa también era una forma de caer en la trampa, pero no se me ocurrió en ese momento. El que sí que habló fue el comandante que abrió su micrófono para comunicarnos, con la habitual desgana corporativa, que en ese momento sobrevolábamos el norte de Italia, a su derecha Venecia, a treinta y dos mil pies y novecientos treinta y cinco kilómetros por hora y que estábamos a menos de una hora de nuestro destino. Aprovechó, quizá ese era el motivo verdadero de su aviso, para informar de que, en unos minutos, atravesaríamos una zona de turbulencias y que iba a proceder a encender la señal de «abróchense los cinturones» cosa que, dadas las circunstancias, no pude evitar tomarme en sentido literal.

Tu detalle, me dijo haciendo las comillas con dos dedos (hasta ella detesta ese gesto, cómo estaría), llega tarde y ya no sirve para lo que tú quieres porque estoy al límite. Habíamos alcanzado el punto de no retorno, el momento de quemar las naves, pensé. Al diablo con la sorpresa. Y le iba a contar todo lo que tenía preparado para los días siguientes, incluso lo de la fotografía y lo que descubriría en ella mirándola con atención y lo de la carrera, sabiendo que ni así iba a apagar aquel incendio enfurecido, pero me sentí abrumado por

la vergüenza (ajena y propia), por su torrente imparable, por un desencanto en ella que yo no había conocido hasta ese momento, o que no había escuchado de manera tan cruda.

Para entonces su tono de voz lo oía hasta el comandante. El que buscaba *rewards* con su móvil dejó de buscarlos. El auxiliar fuertote, que ya venía a sermonearnos, se quedó parado a mitad de pasillo, también cautivo de aquella voz libre que lo impugnaba todo, lo nuestro y lo de los demás.

El *Duque*, en su castillo. El perro, lamiéndose los genitales y lamiéndole, a continuación, los labios a su dueño. El jubilado, tomando nota. Los de la despedida, algunos dormidos, otros grabando. El gastrónomo, con cara de «qué está pasando para que yo no pueda seguir con lo mío». La mujer del salacot, a nuestro lado, viendo a doble velocidad el vídeo de un hombre en taparrabos que se hace una casa bajo tierra con la sola ayuda de un palo.

Llega tarde, Felipe, y yo lo siento. Siento que no hayas sido capaz de verme, cada día. Siento haberme dejado llevar por mis obligaciones y por las tuyas, por la maternidad, por mi trabajo, por tu forma de hacer o de no hacer las cosas, por mis entrenamientos, que no son una obsesión, sino una forma de prestarme atención a mí misma y de escapar del vacío que siento.

No llegó a decirlo, se detuvo antes: el vacío que siento junto a ti. Ahora sé que también podría haber dicho: el cansancio acumulado por tu ensimismamiento, tu falta de atención a los detalles en su sentido más básico; aquello que está cerca, que es simple y que es ahora; aquello que se da cada día y en cada minuto; aquello que está, justamente, en las antípodas de un viaje romántico al lugar y al tiempo en el que nos conocimos porque ese lugar simboliza lo extraordinario y lo nuestro se dirime, precisamente, en lo ordinario.

26

Más allá de aquel anuncio de turbulencias de un poco antes, no hubo señales de lo que se nos venía encima. No se dio una vibración progresiva y creciente. Ni un descenso más o menos gradual. La sensación fue la de estar bajando una escalera y, de repente, descubrir que faltaba un escalón. El aparato sufrió una súbita pérdida de altura que pilló desprevenidos a parte de la tripulación y a varios pasajeros que todavía no se habían sentado y puesto los cinturones de seguridad. Leticia, que seguía de rodillas en su asiento, todavía atrapada en los detalles de su inventario, se estampó contra la zona superior de la cabina en el momento en el que las puertecitas se abrían y se liberaban las máscaras de oxígeno. Yo la vi ascender lo poco que se podía ascender en aquel espacio confinado y vi su cuerpo comprimiéndose contra el techo, y el cuello torciéndosele, y los brazos tratando de defenderse de aquella inversión de la gravedad con la que Newton ni habría soñado. Vi todos los fotogramas de aquel estrellamiento, uno por uno, porque, en situaciones así, los sentidos se amplían y recogen del entorno cualquier mota de información que pueda servir para salvar la vida. Escuché su alarido de dolor o de miedo y el coro de gritos de otros muchos pasajeros asustados. Y cuando descendió de los techos, entre aquella tormenta de mascarillas de color amarillo y tubos transparentes, se desplomó sobre el asiento como un pelele, sin voluntad ni gobierno. Y ahí, tengo que decirlo, actué como correspondía asegurando su cuerpo al respaldo con una mano y buscando su cinturón con la otra. Pero el cinturón no aparecía. Una

parte se había colado entre el propio asiento y el fuselaje y sobre la otra parte se había sentado Leticia en su caída. Cuánto duró aquella búsqueda, no es posible saberlo.

Dios de los filisteos, tú que salvaste de las aguas al pueblo de Israel, gritaba alguien en las filas traseras, ¡sálvame, sálvame! Pero mientras Dios se ponía manos a la obra, vimos deslizarse por el pasillo al auxiliar fuertote, seguido de una de sus compañeras, porque el aparato ya había entrado en picado y el pasillo se había convertido en un tobogán. Y, aunque parezca increíble en semejante situación, me alcanzó un pensamiento que no servía para nada. El cerebro, ese gran desconocido. Un recuerdo de la camisa gastada de la heroína, allá, en la terminal, y pensé, o creo que pensé, que, si salíamos de aquella situación, la falda de aquella otra azafata en el tobogán, que en ese momento se lijaba contra la moqueta del pasillo, terminaría vistiendo a otra empleada de la compañía, más joven, no tan informada, igual de necesitada de una fuente de ingresos.

La vida a veces se nos presenta desquiciada (aquel mismo momento, en el avión y en nuestra relación) y a veces plenamente sosegada (esa situación, *sensu stricto*, solo se nos concede, de regalo, con la muerte). Pero incluso en los momentos de mayor caos hay una urdimbre que no se altera y todo lo sostiene. Es un orden donde anidan las leyes de la naturaleza. Caíamos porque una masa mayor que la del avión, la de la Tierra, nos atraía hacia su centro de gravedad. La constante entre las constantes. Al orden subyacente, y a la naturaleza en general, le traía al pairo nuestro drama de pareja, la plausible muerte de todos los que viajábamos en el avión, la sabiduría de uno, la clase de otro o su estirpe. En aquella situación desesperada las células de todos los seres vivos que estábamos cayendo y rezando y gritando y desgarrando nuestras ropas y

fracturando nuestros huesos y haciéndonos nuestras necesidades encima continuaban con su ciclo de Krebs. Nuestras mitocondrias, a lo suyo, generando energía a partir de las moléculas de oxígeno aisladas, a su vez, en los alveolos pulmonares.

Entretanto, el avión seguía cayendo, pero ahora parecía haberse metido en un tubo vacío, en dirección a la tierra, a salvo de vibraciones y turbulencias. Solo desplome. Y en esa situación, con la ayuda de Leticia, que logró levantarse ligeramente, conseguimos sacar el otro extremo del cinturón y asegurar su cuerpo al asiento. Y eso fue todo por el momento, porque entre los gritos y las maletas cayendo y el oxígeno que no llegamos a usar, pero que colgaba lacio, a merced de los movimientos del aparato, propagando una sensación de tragedia, en medio de todo aquello, el drama de nuestra relación pasó al plano de lo no urgente.

Caíamos. No gritamos. Nos miramos a los ojos. Leticia pronunció en silencio el nombre de nuestros hijos y yo hice lo mismo y los dos entendimos que al menos ellos dos ocupaban el centro exacto de nuestro círculo. Su mano buscó la mía, que parecía una garra de piedra aferrándose al reposabrazos. Y la puso sobre ella y la envolvió como cuando conducía de vuelta de las vacaciones y Leticia, en silencio, me decía: estoy aquí, junto a ti, con la única diferencia de que, al otro lado de las ventanillas, en lugar de encinas y algodonales había nubes pasando a toda velocidad y no en horizontal sino hacia arriba.

27

Acababa de amanecer cuando el avión se detuvo por fin frente a la minúscula terminal del aeropuerto de Győr-Pér. Por las ventanillas entraba la luz atenuada del amanecer. Una luz pacífica que era como una extensión del sosiego interior del aparato. El necesario remanso que sucede a todo trauma en el que el cuerpo ha sido llevado hasta sus límites. Ciento treinta y seis pasajeros, cuatro tripulantes de cabina, un piloto, un copiloto y un perro. En la mayoría de los casos, la mirada clavada en el asiento de enfrente. Maleteros abiertos y equipajes por el pasillo, mascarillas colgando, frascos de perfume, ropa sobre los reposacabezas, bocadillos embolsados aquí y allá, vómitos, latas de refrescos, papel higiénico y una novela titulada *El informático de Auschwitz*. Olor a sudor, a excrementos, a inodoro químico derramado y a miedo.

El auxiliar, que finalmente había conseguido ponerse a salvo, se desabrochó el cinturón, se levantó de su asiento y se situó al comienzo del pasillo. Todos pudimos ver la sangre en su frente y la camisa, por fin, desgarrada. Lo que no habían conseguido sus bíceps lo había conseguido aquel conato de tragedia. Por favor, dijo, manténganse en sus asientos hasta que se abran las puertas y consigamos liberar el pasillo. Podría haberse quedado en su trasportín, acogiéndose al reguero de sangre en su frente, a la camisa rota, a las contusiones. Pero se levantó para transmitirnos tranquilidad y orden y facilitarnos instrucciones claras que nos permitieran salir de aquel caos. Ni rastro del narcisista que habíamos conocido a lo largo del vuelo. Su voz era serena y, por primera vez,

no parecía alguien interpretando un papel. Se diría que su calma procedía de una caja fuerte que tenía en su interior y que rara vez abría. Si BluestAir hubiera sido un país en lugar de una compañía comercial, yo habría votado porque aquella camisa pasara a ser la bandera nacional.

Miré a mi derecha, a la mujer del salacot, ya sin salacot, y me pregunté si de vuelta en casa, allá en su país, habría alguien esperándola. Luego miré a mi izquierda, donde estaba Leticia, en silencio. Aunque con menos fuerza, su mano seguía sobre la mía, como si todavía estuviéramos cayendo en picado. Me vino a la cabeza el recuerdo de nuestra boda en el juzgado de Viapol, en Sevilla. Posiblemente, el lugar menos romántico del mundo. Habíamos elegido aquel juzgado para formalizar nuestra relación sin pasar por la iglesia, lo que hubiera sido una hipocresía, y, quizá, atraídos por su anodina fealdad y su ausencia de concesiones al mercado del romanticismo. En aquel lugar, lanzar un ramo de flores hacia atrás habría terminado dándole en la cabeza a un funcionario. Nada de largos velos, nada de chaqués, ni de damas de honor; nada de discursos sentimentales, ni de escotes palabra de honor; nada de domingos, ni de epístolas con consejos sobre el amor marital. En lugar de un cura leyendo una parte de la liturgia del matrimonio, a nosotros un juez nos había leído algunos artículos del Código Civil. Y como, desde el vuelo, he tenido tanto tiempo para pensar, me he interesado también por aquellos artículos. Fueron el 66, donde se habla de la igualdad de derechos y deberes entre los contrayentes y que, a todas luces, yo no había cumplido. El 67, donde se habla del deber de respetarse (sí), de actuar en interés de la familia (sí) y de ayudarse mutuamente (no siempre). Y, por último, el 68, en el que se establece la obligación de vivir juntos (sí), de guardarse fidelidad (sí) y de socorrerse mutuamente (a la caída en picado me remito).

Este artículo también recuerda que es preciso compartir las responsabilidades domésticas (me temo que no) y cuidar y atender a ascendientes y descendientes, así como a otras personas al cargo (más o menos).

Con esa lectura de la Ley fue suficiente para nosotros. El resto se sobreentendía. Apoyarás tu mano sobre la suya en los viajes placenteros y en las caídas en picado. Y también en el éxtasis y en el aburrimiento. Entenderás que esa persona cuya mano buscas no está ahí para responder a tus expectativas, sino para, con tu ayuda, desarrollarse plenamente. Y harás lo posible por comprender sus transformaciones, su crisis de los cuarenta, su menopausia, su inapetencia, sus kilos de más, su pelo de menos. Y aunque habrá días en los que te resulte insoportable, habrá otros en los que el prodigio tendrá su rostro, su cuerpo. Harás lo que puedas por recordar qué os llevó a comprometeros el uno con el otro, allá, en aquel principio lejano.

Leticia me miró brevemente, como azorada, y retiró su mano de la mía. Aquel día eterno todavía no había comenzado y ya habíamos conocido la humillación y la sevicia de los hombres, su codicia y la extraordinaria docilidad con la que en ocasiones se desempeñan. Habíamos experimentado el miedo cerval que antecede a la muerte y, en ese momento, con el avión cayendo a plomo en dirección al suelo, yo había percibido algo de esa oscuridad en el fondo de los ojos de Leticia y, por otra parte, también su compasión y un amor infinito y el recuerdo de nuestros hijos. Los gritos de aquellos desconocidos, venidos cada uno de un lugar y una condición, pero hermanos en el vacío. Cada uno llevando encima sus miedos y tratando de sacarlos de sí. Cada uno procedente de un mundo, con sus egos y sus expectativas. Y también con sus fruslerías y sus caprichos. Viajar al corazón de Europa, o a su vesícula. Salir cada

uno de su propia cueva, de su familia, de sus parejas, de sus rutinas, de su espeluznante vacío. O irse porque todo el mundo que puede se va, solo por eso, porque pueden. A dónde. No importa. Solo importa ir hasta allí y regresar de ese sitio y repetir una cantinela que a todos complace: comimos pizza en Roma; subimos a la torre Eiffel en París; atamos un candadito a la baranda de un puente en Budapest. Fuimos hasta allí y eso fue lo que trajimos. ¿Y no había nada más allí? Nada, no había nada más. Candaditos, la estatua de la Libertad, una cena con el capitán del crucero. Poco más. ¿Y había gente allí? Mucha.

Más allá de Leticia con sus rasguños y un esguince cervical no demasiado grave, estaba la ventanilla. Y más allá de la ventanilla se veía la pista, y en la pista, algunas ambulancias y un camión de bomberos. Todos con las luces de emergencia girando en la mañana.

Fuimos saliendo del avión en silencio con una sensación general de gran cansancio y decaimiento. Nada como ver la muerte de cara para recolocar las prioridades, callarse la boca y, en general, dejar para otro momento la creación de contenidos. No había nadie buscando *rewards* y solo dos pasajeros mantenían su postura de salida: el *Duque*, por supuesto, y la mujer del salacot que, camino de la terminal, por llamarla de algún modo, se miraba las manos vacías, allí donde siempre había estado su pantalla.

No hubo heridos de verdadera gravedad. Brechas en la frente, otros esguinces cervicales, contusiones de variado tipo y esa clase de cosas que nos fueron revisando en una especie de hospital de campaña que habían instalado junto a la terminal y del que Leticia salió con un collarín de color blanco. La mayor parte del pasaje se marchó del aeropuerto en sus respectivos transportes cuando las curas les fueron realizadas y los trámites resueltos. Solo

permanecimos allí, lo sabría más tarde, los pasajeros del Slovenian Transfer: el *Duque*, tres de los pasajeros WC y nosotros.

Conecté mi teléfono para comprobar si había mensajes de mis padres. Quizá la noticia de nuestro percance ya había llegado hasta Sevilla o quizá incidentes como aquel no merecían la suficiente atención. Por suerte, no había mensajes suyos, así que me limité a mentirles diciéndoles que habíamos aterrizado estupendamente y a mandarles besos a ellos y a los niños que, a esa hora, ya deberían estar camino de la escuela.

Lo que sí que entró fue un mensaje en inglés de la compañía que operaba el Slovenian Transfer. Por motivos ajenos a la empresa, nuestro transporte se retrasaría. Por lo que decía, calculé que nos quedaban un par de horas de espera, así que le propuse a Leticia refugiarnos en la minúscula cafetería de la minúscula terminal.

En el tiempo que estuvimos allí sentados no conseguimos decir nada de enjundia. Solo frases cortas sobre si solo o con leche, si algo de comer, si te duele el cuello, si parece que va a hacer frío. Al otro lado de la cristalera podíamos ver la pista, con nuestro avión, los vehículos de emergencia y el hospital de campaña en un extremo que ya empezaba a ser desmontado. El campo de vuelo estaba separado del mundo únicamente por una alambrada. Más allá de ese perímetro, un llano verde en el que, de cuando en cuando, surgían pequeños bosquecillos o árboles aislados. Y muy, muy a lo lejos, suaves colinas.

Los cafés habían dejado de humear frente a nosotros cuando Leticia alargó su mano sobre la mesa. Miré sus dedos como miraría un niño a una libélula por vez primera. Tras todo lo que nos había conducido hasta aquella cafetería, en la vesícula de Europa, aquel acercamiento era, por lo menos, ambiguo. Su mano tendida podía significar: caer en picado en un avión, ver la muerte tan de cerca,

hombro con hombro, es un acontecimiento de tal trascendencia que cualquier reproche, por grave que sea, pasa a un segundo plano. En tal contexto, esa libélula sobre la mesa quiere decir fraternidad, el vínculo que se establece entre los humanos por el simple hecho de compartir condición, biológica y ontológica. La famosa paz en el mundo que toda Miss Universo desea está hecha de esa misma materia fraternal. Por más que haya enormes diferencias entre los seres humanos, que tú te revuelques obscenamente en tus millones y yo tenga que beberme el agua de los charcos; por más que tú seas un devoto y yo un nihilista; por más que yo deteste tus ideas y tú las mías, los dos hemos sido arrojados al mismo mundo y hemos nacido desnudos. Podemos permitirnos darnos la mano y sentir, en algún lugar profundo, allí donde los rayos de la luz de la razón ni llegan, que no estamos solos.

Su mano ofrecida, descansando sobre su dorso, la palma abierta, a la espera de la mía.

Mi versión más temida: Felipe, allí arriba, mientras volábamos a tanta velocidad y a tanta altura, te he dicho todo lo que tenía que decirte. Si te ha dolido, lo lamento, pero la verdad está por encima de tus dolores y también de los míos. Porque la verdad es un corcho que flota. Siempre termina emergiendo. Tú ya sabes que soy silenciosa. Acumulo la tensión, la amortiguo. Soy ese boxeador al que suben al ring para que la mafia pueda ganar dinero apostando por el otro. Soy muy buena encajando golpes, haciéndoles hueco dentro de mí hasta que ya no me caben más y entonces reviento. Y cuando reviento lo que sale despedido de mí no es una sustancia biliosa y pestilente, sino una verdad profunda. La mía. Una verdad que mancha. Una que quizá solo tú eres capaz de hacer surgir en mí. Siento no ser yo la que lo haga. No ser yo la que se dirija al mundo para decir: madre, no quiero ser como tú; padre, no estoy

aquí para cumplir los sueños que tú no pudiste hacer realidad para ti; hermano, aprende tú también a recoger la mesa y a doblar tus calcetines; Felipe, a tu lado no soy feliz. O peor que eso: a tu lado no soy yo. Esta mano que te ofrezco es mi despedida.

Su mano ofrecida, descansando sobre su dorso, la palma abierta, a la espera de la mía; los dedos ligeramente contraídos.

El significado preferible: mi deseo. Sería así: Es cierto que allí arriba, en las alturas, justo antes de que saltaran las mascarillas, he perdido el control, Felipe. No era el lugar, ni el tono, ni el momento para decirte todo lo que te he dicho, aunque ratifico cada una de mis palabras. Te pido disculpas por lo violento de la situación. Dicho esto, ya no siento la tensión interior que antes sentía. El pus está fuera de mí. Es momento de recomponerse, de buscar uno de los muchos hilos con los que tú y yo nos hemos ido anudando a lo largo de nuestra larga vida juntos y tirar de alguno de ellos sin la presión de ese pus que envenena. Hagamos un poco la vista gorda, tú conmigo y yo contigo. Hacer la vista gorda es una de esas cosas con mala prensa, pero sin la cual la vida sería insufrible. Pasemos por alto las cosas intrascendentes, dejemos de tomar nota de cada frase mal dicha, de cada mala cara, de cada descuido. Mirémonos el uno al otro con un poquito de miopía y sigamos hasta Novo Mesto y, una vez allí, dejémonos sorprender por los recuerdos fragantes de cuando tú y yo nos conocimos. Tomemos ese vino, paseemos con la ligereza de quien se ha vaciado. Dejemos que el invierno nos conduzca al refugio de la cena y la cena al vino y el vino a la risa y la risa a la carcajada y de ahí a la caricia y a las lágrimas necesarias, las tuyas y las mías; y volvamos a encontrar en el fondo de los ojos del otro el fulgor que nos alienta, nos conmueve y da la vida; y celebremos a nuestros hijos, que son costillas nuestras, de oro macizo, de ternura, de un amor para el que no hay palabras.

Celebremos que seguimos juntos, que cada vez nos quedan menos minas que sortear. Sí, eso es, Felipe: hagamos borrón y cuenta nueva.

28

El Slovenian Transfer resultó ser una furgoneta Toyota de once plazas conducida por un hombre de unos cuarenta años que hacía tiempo que había tirado la toalla en lo que a su aspecto se refería. Vestía una camisa mal planchada de la que ya sería imposible eliminar del todo un cerco en las axilas producido por el sudor. Lucía la típica media barba propia de esos hombres a los que les da pereza afeitarse todas las mañanas. Me recordó a mí e, instintivamente, me llevé la mano al mentón y lo acaricié, lo que, a su vez, me llevó al momento en el que, un rato antes, había puesto esa misma mano sobre la de Leticia, en la cafetería. El hecho en sí de unir nuestras manos no me había aportado ninguna información sobre la posible intención de Leticia con la suya tendida. De haber tenido algo más de tiempo en la cafetería, habríamos llegado a una concreción para esa respuesta, pero en medio de aquella parálisis llegó un mensaje del conductor para decirnos que nos esperaba a la entrada de la terminal. Su mano, por entonces, todavía podía ser una expresión de fraternidad, de despedida o de renacimiento.

Ni que decir tiene que no había en aquel vehículo ni rastro del romanticismo que el nombre de la empresa sugería. Aunque, de nuevo, eso era un asunto únicamente mío, que había imaginado por encima de mis posibilidades. Yo esperaba un transporte surgido directamente de un misterio de la Europa oriental y de un tiempo remoto en el que lo que circulaba eran trenes con vagones forrados con maderas nobles, cortinillas de terciopelo con borlas doradas

colgando y un mayordomo a cargo de un samovar en el coche restaurante.

El conductor encajó nuestro equipaje como pudo en el maletero abarrotado y, conteniendo por una esquina la maleta de Leticia, cerró el portón con decisión para que todo quedara dentro del vehículo. Pensé que no sería posible revertir aquella maniobra al llegar a nuestro destino y que todo lo que allí se embutía saldría disparado nada más abrir el portón.

La furgoneta ya tenía sus tres filas de asientos ocupadas, así que nos tocó sentarnos en el asiento corrido que había en primera fila. Leticia en la ventanilla y yo en el centro. Al menos veríamos la carretera, o Leticia la vería, porque yo tenía delante de mi cara la cola disecada de un zorro colgando del espejo retrovisor.

El interior olía a lo que huelen los transportes públicos a los que se les saca mucho partido. Una especie de fragancia humana que los plásticos y las tapicerías habían adoptado como propia después de toda una vida transportando a turistas por el este de Europa.

El cielo estaba limpio y el sol brillaba a baja altura inaugurando un día, pasara ya lo que pasara, que no podía ser peor que la noche de la que veníamos. O eso creía yo.

Nos vamos, anunció el conductor en inglés con mucho acento y giró la llave, pero el motor no reaccionó. Volvió a intentarlo, sin éxito. Entonces me miró y luego volvió la cara hacia las filas traseras y me pareció que sudaba y que aquello no podía estar sucediendo. Que era imposible que todas las penurias del transporte europeo nos fueran a tocar a nosotros. Se empezaron a oír murmuraciones en las filas traseras, Leticia mirando por la ventanilla, ausente.

Sorry, dijo el chófer, y volvió a intentarlo y entonces sí, el motor arrancó sin problemas.

Volvió a mirarnos a todos, esta vez con una sonrisa de oreja a oreja. Es broma, dijo, y metió primera.

El tráfico era tranquilo. A los lados, los campos de cultivo roturados todavía cubiertos por una nube de vapor de agua que se mantenía suspendida a ras de suelo. Llegando a Győr tomamos la autopista. Tampoco ese paisaje era como yo lo había imaginado porque de un nombre como Győr-Pér yo esperaba altas montañas, riscos, nieve en las cumbres y una pista de aterrizaje encajada en un valle profundo. Supongo que, por un lado, había extendido el paisaje esloveno de Novo Mesto, que era lo único que conocía de aquella zona, a todo el este de Europa y, por otro, Győr-Pér me había parecido, desde el principio, el nombre de uno de esos reinos de los cómics de Tintín, algo así como Borduria. Pero no había montañas a la vista porque aquel era el fondo aluvial del Danubio. Habíamos aterrizado, de hecho, en el paso que el gran río europeo había formado entre el final de los Alpes austriacos y el principio de los Cárpatos eslovacos.

El conductor comía lo que me pareció un langostino sin piel que mojaba en una salsa que llevaba en un recipiente encajado en el portavasos. Leticia en silencio y, a mi espalda, el pasajero WC le contaba al *Duque* que su destino final era un pueblo cercano a Zagreb, donde iba a reunirse con su mujer, a la que había conocido en una aplicación de citas.

Como en la cafetería, pasamos el tiempo en silencio. Leticia pendiente de su teléfono móvil, cuya pantalla orientaba hacia la ventanilla de su lado, lo que hacía imposible saber qué miraba. Es más, parecía que me la ocultaba porque el collarín que le fijaba el cuello le obligaba a volver hacia la ventanilla su cuerpo entero. Me hubiera gustado preguntarle, pero, a esas alturas, todavía no se

había resuelto el enigma de la mano tendida, si fraternidad, despedida o renacimiento.

Así las cosas, mi mente se dividió entre el asombro ante cada nuevo bocado que el conductor sacaba de no se sabe dónde y, como era mi costumbre, tratar de descifrar el pensamiento de Leticia a partir de los indicios más recientes que, en aquella jornada extraña y extenuante, abarcaban en mi mente desde el momento en el que entramos en picado. Su mirada cruzándose con la mía, su mano en mi mano, nuestros labios pronunciando el nombre de nuestros hijos y, después de eso, distancia y silencio. No quise pensar en todo lo que había dicho en el avión, antes del picado. Preferí centrarme en que aquel arranque, es cierto, extraordinariamente crudo no era más que uno de los pinchazos por los que escapaban su cansancio y su frustración. Que una vez dicho lo dicho, liberada la tensión interior, lo que solía seguir era un terreno propicio para un diálogo sosegado.

Pero no es menos cierto que en aquel desahogo suyo había habido algo nuevo y no solo por estar produciéndose en un avión comercial y con público. Algo que no había terminado de salir del todo y que hacía imposible pasar a la siguiente fase, la de la conversación difícil, pero aliviada. Así que, incapaces de hablar y, por tanto, de saber explícitamente qué tenía Leticia en la cabeza, decidí actuar como otras veces, es decir, quedándome con las opciones más favorables y descartando las menos favorables. Quise creer, por ejemplo, que su última mano tendida, su mirada profunda y el nombre de nuestros hijos eran indicios de recuperación, y que si no decía nada era por haber visto la muerte tan de cerca unas horas atrás.

Contábamos con tiempo suficiente para desatascar la situación antes de llegar a Novo Mesto porque, me acababa de enterar, teníamos que hacer una parada a medio camino, en Liubliana. Sus

edificios, sus cúpulas, la vista del castillo, sus parques, sus tejados, el recuerdo de todas esas estampas de juventud sacaría a Leticia de su silencio. El milagro se produciría.

29

Vamos a parar diez minutos, dijo el conductor deteniendo la Toyota frente a la estación central de trenes de Liubliana. El lugar apenas había cambiado desde que, más de veinte años atrás, lo frecuentáramos en nuestra época de estudiantes. El mismo edificio neoclásico de entonces, con esa melancólica grandeza austrohúngara que ni las dos guerras mundiales ni los regímenes yugoeslavos subsiguientes habían logrado borrar. Los mismos discretos ornamentos, los mismos colores apagados, entre el blanco y el ocre. Lo que tantas generaciones de eslovenos llevaban viendo día tras día con la única diferencia de que ahora una cadena de hamburgueserías norteamericana había ocupado cinco de las ventanas de la planta baja con sus emes amarillas, tan pop, tan poco melancólicas, tan poco austrohúngaras y, paradójicamente, tan imperiales.

Leticia y yo habíamos llegado a Eslovenia en nuestro tercer año de carrera. Leticia procedente de la Facultad de Filología de Sevilla y yo de la de Ingeniería de caminos, canales y puertos de Granada, la ciudad más próxima a Sevilla que, por entonces, ofrecía esos estudios. Lo cierto es que eran mis padres los que hubieran querido ser ingenieros de caminos, no yo. Yo, después del instituto, hubiera preferido tomarme un tiempo para pensar qué hacer con el resto de mi vida. Hubiera cogido una bicicleta y me habría pasado algunos años recorriendo el mundo, acumulando banderitas en las alforjas, montando un pequeño espectáculo de mimo o de marionetas en las plazas de las aldeas. Leticia solía reír cuando le hablaba de esa

espina clavada, la de la bicicleta, porque decía que algo así era impropio de alguien tan conservador como yo. Conservador. Yo. Ahora que todo ha pasado, debo concederle también esos dos puntos: ni me hubiera ido en bicicleta ni mi pensamiento se ha alejado nunca demasiado del de mis padres. Habría estudiado, eso sí, Historia o, por qué no, Literatura.

Aquel año Erasmus aparecimos en Liubliana por separado, más o menos a mediados de septiembre. Ella se quedó en un piso compartido con otras estudiantes españolas. Yo, en una residencia dependiente de la universidad estatal, más parecida a un hotel que a un alojamiento estudiantil. Hasta finales de noviembre nuestros caminos no se cruzaron. O quizá sí, en una fiesta, en alguna asamblea de erasmus, en el cineclub universitario, en el parque Tivoli, en su zoo. Quién sabe.

Lo que sí que puedo afirmar es que la primera vez que nuestras miradas se encontraron y se reconocieron fue allí mismo, ante la estación central de ferrocarril, porque aquel había sido el punto de encuentro en el que habíamos sido convocados los estudiantes erasmus para realizar la primera de las excursiones programadas fuera de Liubliana. Éramos nosotros dos, españoles, más dos franceses, una italiana, dos holandeses, una polaca, una alemana y dos griegos. Siete chicos y cuatro chicas. Al parecer, habíamos sido los únicos once estudiantes que habíamos prestado atención al cartel impreso en tamaño A4 que, durante algunos días, estuvo clavado en los tablones de anuncios de las diversas facultades de la universidad. *Erasmus students day trip to Novo Mesto*: excursión de un día a Novo Mesto para estudiantes erasmus.

Veintitrés años después volvíamos a estar allí los dos, frente a la misma estación, una coincidencia que no formaba parte de mi sorpresa porque ni siquiera sabía que el Slovenian Transfer haría un

alto ni en Liubliana ni, mucho menos, en la estación. De haberlo sabido, habría hecho de la necesidad virtud y habría preparado algo especial para redondear, aún más, un detalle que, en mi mente, a pesar de todo, seguía siendo perfecto, aunque la maldita realidad se empeñara en arruinarlo. Quizá un camarero saliendo a nuestro encuentro con un vino bien servido; quizá una lona desplegándose desde una de las ventanas superiores de la estación con una sola palabra escrita: Toledo; o unos mariachis balcánicos, que seguro que los hay.

Pero lo cierto es que parábamos allí para dejar pasajeros porque, desde aquella estación, salían los trenes al resto del país y al aeropuerto de la ciudad. Gente que llegaba de Trieste o de Treviso y que quería seguir por carretera hasta Zagreb, en cuya ruta está Novo Mesto. O viajeros que aterrizaban en Liubliana, por qué no. El mismo aeropuerto al que deberíamos haber llegado nosotros si yo hubiera sido otro. Con total seguridad, a una hora compatible con el vino esloveno, la contemplación de los tilos y los detalles románticos. De no haber caído en la trampa de BluestAir, quizá a esa hora estaríamos llegando a esa misma estación desde el aeropuerto de Liubliana cogidos de una mano y con la esperanza intacta.

En aquella estación, más de veinte años atrás, nos habíamos subido a un tren con destino a Novo Mesto los once estudiantes y un profesor acompañante cuyo nombre se nos había quedado grabado en la memoria: profesor Attila József, como el poeta húngaro. De aquel trayecto recuerdo los campos verdes y las montañas que mi imaginación había terminado extendiendo a todo el este de Europa. También recuerdo, cómo no, la mirada de Leticia que en varias ocasiones se cruzó con la mía, haciendo que el resto de los compañeros de viaje quedaran silenciados y que hasta el tren desapareciera. A veces la realidad parece una película. Así lo

recuerdo yo, como en una escena de película en uno de esos canales de televisión sin cinéfilos en el consejo de administración. También recuerdo que alguien, no sé si la alemana u otro, llevaba una botella de ron en la mochila y que, a escondidas del profesor, fuimos dándole chupitos por turnos. Cuando nos terminamos la botella, ya en nuestro destino, alguien se hizo un porro, que se multiplicó a lo largo del día como si el mismísimo Jesús hubiera obrado un milagro. Pasamos un día muy divertido en el que hubo caricias de unos y de otros y piquitos aquí y allá.

El Slovenian Transfer, dije exagerando la pronunciación, está contratado hasta Novo Mesto, pero, ya que estamos aquí, si lo prefieres, podemos ir en tren, como cuando nos conocimos.

Me hubiera gustado decir que volvió a suceder lo mismo que aquella primera vez, cuando nuestras miradas se cruzaron en el tren y todo lo que había a nuestro alrededor se fue atenuando y las voces y los sonidos apagándose hasta quedar todo en silencio, también nosotros, subrayando con ese vacío lo que allí comenzaba. Me hubiera gustado decir que el silencio que siguió a mi propuesta era una extensión de aquel silencio primigenio, pero lo cierto es que no, que era otro. Uno que se había hecho entre nosotros mucho tiempo antes. Y no me refiero a la noche antes, o a las horas previas, a medida que el viaje se iba convirtiendo en una yincana y, en el último momento, en una película de catástrofes.

Prefiero el tren, dijo Leticia, y yo sentí que mi hipótesis sobre el estado de nuestra relación después de la caída en picado y la mano tendida era correcta, renacimiento, y que todavía podía revertir aquello. Si llegábamos a Novo Mesto en unas condiciones aceptables, la propia ciudad, el mito fundacional y todo lo que tenía preparado allí, pensé, harían el resto. No hablo de dar por solucionados todos nuestros problemas de pareja, no soy tan

ingenuo, sino de enderezar el rumbo y, al menos, regresar a Sevilla algo más frescos y en condiciones de reparar lo roto.

—Prefiero el tren, Felipe, pero para ir al aeropuerto de Liubliana.

Silencio por mi parte.

—Me vuelvo a casa.

Más silencio.

—He estado mirando opciones en la furgoneta y puedo llegar a Sevilla esta misma noche, vía Frankfurt.

Fin del detalle.

Muchas cosas se rompieron dentro de mí en ese momento. Una de ellas, una menor, desde luego, fue que llamara furgoneta al Slovenian Transfer. El hecho de que donde yo veía gigantes ella viera molinos contiene la metáfora de quienes fuimos y de por qué fracasamos.

Siento decirte esto porque sé que tu intención era buena, dijo Leticia, pero sea lo que sea que has preparado no tiene sentido ya. No para mí, desde luego. Siento el modo en el que te he hablado en el avión, pero todo lo que te he dicho lo siento de verdad. Entonces sí, me tomó de la mano y esta vez fue ella la que me levantó la cara. En el brillo aceitoso de su mirada pude ver, en primer plano, un cansancio denso y profundo, cenagoso. Ahí estaban los dolores vividos. Vi un cuadro de Munch, quiero creer, representando la proximidad de la muerte que habíamos sentido tan solo unas pocas horas antes, en el avión. La sutil tristeza de haber perdido el contacto cotidiano con los padres y con el pueblo en el que había nacido. Vi el bombo de la ropa sucia, vi formularios de la Junta de Andalucía; vi, como en una larga fila, las horas, los días, las semanas, los meses en los que Leticia, a lo largo de su vida, había permanecido en silencio. En ocasiones, incapaz de expresarse. Otras veces, sin nada que decir. Algunas otras, acogida al refugio de ese

mismo silencio. Vi también algo de la ternura de sus mejores momentos, la complicidad, los libros compartidos, el sexo en la fase de autorriego, los descansillos de las escaleras y la vista del coto de Doñana desde Sanlúcar de Barrameda. Y después de todo eso, vi algo que me inquietó más que el dolor, el cansancio y la cercanía de la muerte. En el brillo de sus ojos vi su descanso. Su descuido, que diría mi madre. Entendí que el singular de su declaración —me vuelvo a casa— era literal. Yo no estaba invitado a ese regreso. No con ella, no en unas horas, no en ese vuelo de Lufthansa en el que, al menos, los auxiliares vestirían uniformes de su talla y durante el cual serían pulcramente educados y profesionales. Ese vuelo que iba a costar un dinero del que, por otra parte, disponíamos.

Me apresuré a salir de la estupefacción y, ya sin reparos, confesé. Le conté, paso a paso, todo lo que tenía preparado desde aquel momento y hasta nuestra llegada y estancia en Novo Mesto. Introduje el topónimo Toledo tantas veces como pude. Lo pronuncié de formas diversas, con tono cómplice, con voz seductora, con acento eslavo. Nada. Anticipé placeres sutiles, detalles exquisitos. En un último intento, me inventé algo sobre el colchón de la casa en la que nos quedaríamos. Dije látex y seda y pluma y descanso. Hablé de feng shui, de la orientación de la cama, de la energía que le ayudaría a dormir. Improvisé una nota de cata del blanco esloveno que degustaríamos a once grados exactos: evoluciona bien en barrica, recuerdos de frutos del bosque y aromas a vainilla y sándalo. Notas afrutadas, la transparencia ocre de un trigal a punto de ser segado. El gorgojeo del agua, el frufrú de la seda sobre la piel. Nada.

30

A diferencia de la estación central, el tren que unía Liubliana con Novo Mesto sí que había cambiado en dos décadas. Mi recuerdo del tren al que subimos los estudiantes erasmus aquel día era el de un vagón yugoeslavo. El mismo tipo de transporte que uno podría haber tomado en Sajalín, en Vilna o en Tirana. Traqueteo, paredes de formica, ventanas de esquinas redondeadas y humo de diésel. El que me llevaba ahora, solo, al big bang de nuestro amor era un convoy moderno, con pantallas integradas y reposabrazos acolchados.

La línea férrea, como una frontera, avanzaba sobre la línea divisoria entre la Baja Carniola y la Estiria, regiones que, a mí, como a cualquier amante del romanticismo, de nuevo me sugerían idilio y esos reinos medievales que el Hollywood de los sesenta representaba con decorados, piedras de poliestireno, espadas de madera y un absoluto desprecio por el rigor histórico.

Yo me dirigía hacia Novo Mesto, la capital de la Baja Carniola, habiendo dejado atrás a Leticia, que, en aquel mismo momento, viajaba en la dirección opuesta, formulando de nuevo entre los dos una metáfora que yo, tan amigo de las metáforas, me resistía a aceptar.

Por qué elegí continuar el viaje en lugar de regresar con ella a nuestra casa y nuestros hijos, tan reales todos, es una pregunta para la que, ahora sí, tengo respuesta. Seguí hacia el este por varios motivos. Primero, porque el singular que Leticia había empleado me dejaba fuera, lo quisiera yo o no. Su necesidad, lo sentí con dolor en

cuanto me lo dijo, era emprender ese camino sin nadie más. No solo sin mí, sino sola. Lo segundo porque, después de todo lo dicho por Leticia en su alegato previo al picado, tuve que reconocer, yo ya no pintaba mucho a su lado.

Pero también porque algo de dignidad me quedaba y volver con ella hubiera sido como meterse debajo de las faldas de la madre. Por una vez, seguí mi camino por orgullo. También, por qué no decirlo, porque el resto del viaje estaba ya pagado. De todos modos, si en aquel momento hubiera sabido que, a mi regreso, Leticia y yo no volveríamos a vivir juntos nunca más, como terminó sucediendo, me habría vuelto con ella en el avión alemán, sentados y sin ruido. Tomándome el agua mineral que me ofrecieran, sin rechistar. Pero eso es algo que yo, cuando nos separamos en la estación de Liubliana, todavía no sabía. En el fondo de mí, muy en el fondo, aún conservaba la idea de que aquello era un berrinche, uno grande, gigante, pero solo eso. Que al volver a casa yo haría todo lo posible por hacerle entender que había aprovechado aquella soledad forzada en Novo Mesto, aquel exilio con apartamento con encanto y vino rosado, para captar el mensaje de fondo. Así, durante unas semanas, me entregaría plenamente a las formas para, poco a poco, ir regresando a mi ensimismamiento.

Llegué a la estación de Novo Mesto anocheciendo. Hacía frío y las farolas, tan europeas, apenas alumbraban. Me gustaba esa tenue luz amarillenta que se mezclaba con la niebla haciendo que las luces parecieran grandes luciérnagas detenidas en el aire, a baja altura.

Los demás viajeros que se apearon del tren en Novo Mesto fueron subiendo a los coches de los familiares que habían ido a recogerlos y, antes de que pudiera darme cuenta, me vi solo en la estación. Únicamente había un taxi en la parada. Debería haberme subido a él. A la calle Pelay Correa de Triana, en Sevilla, España occidental, le

habría dicho al taxista. El hombre habría metido la dirección en su navegador y, tras comprobar que en el trayecto de 2.548 kilómetros había varios tramos de autopista de pago, habría preguntado, buen profesional, si prefería la ruta con peajes o sin peajes.

Novo Mesto era nuestro Toledo en los Balcanes no solo por su condición de ciudad circundada por un río, también por su tamaño. Más pequeña, si cabe, la versión balcánica. En resumen, unos veinte minutos caminando desde la estación a la plaza de Glavni trg, mi destino en el centro del centro histórico. Miré mi equipaje y di gracias a Dios porque alguien, en algún momento no demasiado remoto de la historia, pensara que ponerle unas ruedecitas a algo generalmente pesado como una maleta era una buena idea. Cinco mil quinientos años habían tenido que pasar desde la Mesopotamia neolítica para que el ser humano conectara rueda con equipaje.

Descarté el solitario taxi porque necesitaba todo el aire fresco que pudiera conseguir. Agarré la maleta y eché a andar, pero, en lugar de ir por el camino más llano y corto, decidí dar un rodeo y subir por la colina de Kettejev para llegar a la ciudad desde las alturas y poder disfrutar de la vista panorámica que era, exactamente, la ruta que habíamos hecho el día en el que Leticia y yo nos conocimos.

Y lo cierto es que, mientras ascendía la colina, no conseguía traer a mi memoria recuerdos de aquel mismo paseo, tantos años atrás, con Leticia. Quise pensar que mi mente había estado centrada en aquella chica cuya mirada me había atravesado en el tren. Que toda mi atención estaba dirigida a llegar hasta ella.

Al alcanzar la cima de la colina me detuve un momento a contemplar Novo Mesto, que, a esa hora, era una isla de luces tenues que titilaban en la oscuridad del valle. La luna llena iluminaba los bosques que rodeaban la ciudad y los montes del fondo y

también la aguja de la catedral de San Nicolás, en el centro mismo de la parte vieja.

A diferencia de la colina de Kettejev, la plaza de Glavni trg era tal como la recordaba, alargada y solitaria. Los tilos seguían en su sitio y, bajo sus copas, sendas terrazas que, esa noche, tenían encendidos los calentadores de gas. La única diferencia reseñable con respecto a aquella primera visita eran algunas banderolas repartidas aquí y allá y una zona perimetrada con postes y cintas. Sonreí al verlas. Olía a humo de leña ardiendo en las chimeneas de las casas, el cielo estaba limpio y yo sentí que, a pesar de la deformación que todo mito implica, aquel lugar sí que me transportaba al origen. Al tiempo en el que nos conocimos. Y pensé que, de haber llegado hasta allí con Leticia, también ella se habría sentido transportada y, quizá, mi intuición con aquel viaje, siquiera en parte, se hubiera confirmado.

Y entonces lloré, solo, como un chiquillo, sobre el empedrado. Y nadie me vio. Nadie vio a aquel tipo de pie con una maleta en el centro de la plaza dejando escapar sus lágrimas por primera vez en muchos años.

Unos minutos después, tras dejar el equipaje en el apartamento, allí mismo, sobre la librería Goga, cené en el bistró del hotel Situla. Pedí para los dos y, como Leticia no estaba, me comí lo suyo porque, entre la precariedad de BluestAir y todo lo que nos había sucedido a lo largo del día, no había tenido tiempo de probar bocado. Y, de paso, también me bebí su parte del Cviček rosado, lo que me hizo regresar al apartamento mareado, subir la escalera con la ayuda del pasamanos y caer sobre la cama, rendido.

A la mañana siguiente me despertó la megafonía que llegaba desde la plaza animando a los corredores a participar en la carrera popular que recorrería los bosques que rodeaban la ciudad. Era el

primer acto de la jornada. Una competición en la que había inscrito secretamente a Leticia. No sé cómo sería el resto del día, si le gustaría o no lo que había preparado para ella. Pero de lo que estaba seguro es de cómo habría disfrutado participando en aquella carrera sintiendo el frescor umbrío de aquellos bosques, la hojarasca caída, el olor a musgo. Y en cómo habría sido su ducha posterior, en el calor del apartamento. Y el efecto pacificador de todas esas endorfinas suyas recorriendo su cuerpo.

Además del rumor de la megafonía, también el sol entraba por la ventana y, durante esos segundos en los que se está a medio camino entre el sueño y la vigila, todo fue armonía. Era la brillantez sedosa de los rayos de luz, el calor confortable del edredón de pluma, tan ligero y suave. Era la sensación de estar haciendo las cosas bien. Era sosiego y paz lo que había en mi cuerpo y en la mirada que repasaba las sencillas molduras de escayola que decoraban el techo sobre la cama.

Entonces me giré buscando una nueva posición con la que prolongar el momento y no te encontré, Leticia. Deberías haber estado allí, como en los últimos veintitrés años, pero no estabas. La paz se quebró en ese instante, porque tras constatar tu ausencia, me vino a la memoria el día anterior. Nos habíamos despedido en la estación central de Liubliana con un abrazo tibio. Eso es lo más que puedo decir de aquel abrazo. Quedamos en que me enviarías un mensaje cuando llegaras y que yo haría lo propio y te vi marchar, vi tu espalda marchar, en dirección a tu andén y entonces sí que me pareció todo una película. El momento dramático en el que un universo entero se condensa en un solo detalle: tu hombro izquierdo, por el que siento debilidad, alejándose de allí, alejándose de mí. Todavía no sabía que para siempre.

Me incorporé en la cama, alargué el brazo hasta la mesilla y agarré el móvil con ansia. Allí estaba tu mensaje, enviado la noche anterior. Habías llegado bien, mandabas un beso y el deseo de que disfrutara de mi par de días en Novo Mesto. Y no estaba el mío. Yo no te había dicho nada de mi llegada ni de mi estado. Nada. Y esa desatención se me clavó en el pecho porque era la confirmación, patente, reciente, de mi ensimismamiento y la legitimación de tu furiosa diatriba en el avión. Un torbellino de reproches que se podría resumir en una sola palabra: desatención.

Me apresuré a teclear sabiendo que, también en eso, iba con retraso: Perdona, Leticia, anoche llegué tarde a Novo Mesto y se me pasó escribirte. Todo bien. Un beso.

Solté el móvil sobre el edredón, contemplé la habitación, su decoración mínima, su puerta de doble hoja, algo palaciega, que comunicaba el único dormitorio del apartamento con el amplio salón cocina. Todo me pareció vacío y con poco sentido. Yo, allí, solo, disfrutando de una escapada romántica para dos. Pero como no soy de lamentarme, me incorporé, me fui a la ducha y dejé que el agua caliente me transfiriera su energía. Y mientras el agua caía sobre mi cuerpo supe que no había mucho más que pudiera hacer por nosotros. Ya estaba allí, con todo dispuesto, y era más difícil emprender el regreso que quedarse. Tenía dos días por delante y los iba a aprovechar. ¿Para pensar? ¿Para recapacitar? ¿Para darme la vuelta como un calcetín y ser otro de la noche a la mañana? Descartado. Lo que haría sería cumplir con cada una de las etapas del detalle que tenía preparado para Leticia, con el pequeño matiz de que Leticia no estaba allí para caer rendida en mis brazos. Había construido un monumento a un modelo de amor equivocado, el romántico, pero, aunque inútil, el monumento continuaba ahí.

Así que me afeité, me duché y me puse la misma camisa que llevaba la primera vez que nos vimos. Una de manga corta que me quedaba grande, con bordados en el pecho de arriba abajo, con motivos hawaianos. La camisa que usaría un surfero después de haberse pasado el día cabalgando olas en Tahití. A ti te hacía gracia, por lo que significaba para nosotros, pero, de no haber significado nada, la habrías hecho desaparecer al poco de conocernos. Por lo hortera y porque era tres o cuatro tallas más grande que la mía.

Y de esa guisa, tu fantasma, con mallas y camiseta deportiva, y yo bajamos a la plaza donde te integraste en el grupo de participantes y, en cuanto dieron la salida, empezaste a correr y yo te vi desaparecer en dirección al río y luego al bosque y supe que estabas siendo feliz.

Y a tu llegada, tercera clasificada en tu categoría y un excelente tiempo, ducha y desayuno. Bajamos a la librería Goga, que estaba justo debajo del apartamento y que, en los últimos años, había incorporado una pequeña cafetería. La librería estaba situada al final de un corredor que pasaba justo por debajo del salón del apartamento y que desembocaba en un coqueto patio interior cubierto por un techo de cristal. En el fondo del patio, asomada a él, estaba la librería.

El centro del patio estaba ocupado por media docena de mesas redondas, la mayor parte de las cuales tenían cuatro sillas a su alrededor. Y, como era costumbre en aquel país frío, había mantas ligeras en cada una de ellas.

Todas las mesas excepto una estaban ocupadas por participantes en la carrera que reponían fuerzas. Tu fantasma y yo pasamos entre las mesas saludando discretamente con una inclinación de la cabeza y yo pude notar cómo mi camisa surfera de manga corta llamaba la atención en aquel invierno del este. Nos sentamos en una mesa que

tenía un pequeño cartel de reservado. Está reservada, dijo tu fantasma en cuanto reparó en el cartelito. Lo sé, respondí con satisfacción.

De la librería salió una mujer joven que llevaba un delantal con bolsillos y un distintivo con su nombre en la solapa: Jedrt. En cuanto la mujer me vio vestido de surfero supo que era yo; que éramos nosotros. Sin siquiera dirigirse a nosotros se volvió, entró a la librería y a los pocos minutos regresó trayendo una bandeja con nuestros desayunos. Todavía no hemos pedido nada, aclaró tu fantasma. Jedrt se limitó a saludar cortésmente y me dirigió una mirada cómplice que tú no pudiste ver, por no estar allí, por ser un fantasma y porque fue tan discreta que, ni aunque hubieras estado allí, la habrías podido percibir. En esa mirada se sintetizaban los muchos correos que habíamos intercambiado en las últimas semanas; en ese tiempo, Jedrt pasó de la desconfianza a la confianza, de ahí a cierta familiaridad y, por último, a una clase de complicidad fundamentada, pude intuir, en una parecida interpretación del amor romántico. A ella, supe más tarde, le encantaban las películas de atractivos médicos despistados en los Alpes que yo, últimamente, he empezado a frecuentar.

Jedrt dejó delante de ti un zumo de naranja recién exprimido y una taza de cremoso café en cuya abundante espuma había dibujado una ele mayúscula, serifas incluidas. A mí me sirvió lo mismo, pero con más café y la correspondiente efe. Si en lugar de tu fantasma hubieras estado tú y, más concretamente, mi versión deseada de ti, habrías levantado la vista de la taza y me habrías mirado. ¿Es esto una ele mayúscula dibujada en la espuma de mi café? Sí, habría respondido yo. ¿Es una ele de Leticia y eso que veo en tu café es una efe de Felipe? Sí, mi amor. Qué idea tan bonita, habrías dicho. Espera, que eso no es todo, me habría adelantado yo.

Jedrt, *please*. Y Jedrt te habría servido una rebanada de pan blanco perfectamente tostado acompañada de una botellita de aceite de oliva de La Laguna de Fuente de Piedra, de la variedad de aceitunas llamada vidueña temprana. Aceitunas recogidas del campo solo unas semanas atrás en el norte de la provincia de Málaga. ¿Has hecho traer hasta aquí mi aceite favorito, Felipe? Qué maravilla. Y entonces serías tú la que le dirigiría una mirada agradecida a Jedrt, intuyendo su enorme implicación en mi detalle. E imaginarías lo que había detrás de ese aceite, ese café y esa tostada. A mí, tu Felipe, construyendo minuciosamente el detalle como un miniaturista. Buscando en internet información sobre la librería-cafetería Goga hasta averiguar que Jedrt era la persona responsable para luego conseguir su correo a través de las redes y presentarme como Felipe, un español que había conocido a su mujer en aquella ciudad eslovena veintitrés años atrás y que ahora se disponía a sorprenderla como nunca antes la había sorprendido nadie.

Lo que no imaginaste, ni falta que hacía, es que, a lo largo de las siguientes semanas, mantuvimos una creciente correspondencia en la que pasé de proponerle el plan a confesarle, al calor de nuestra creciente complicidad, quiénes éramos y las dificultades que atravesábamos como pareja.

El ejecutivo del canal de televisión sin cinéfilos en el consejo de administración habría firmado, sin pestañear, un guion en el que Felipe y Jedrt se miraban y se reconocían como seres románticos. Ese momento de claridad que rara vez se da en la vida real, en el que uno se da cuenta de que el rumbo que había mantenido durante gran parte de su vida era un rumbo equivocado.

El resto del día yo te iría guiando, paso a paso, por los mismos lugares que habíamos visitado aquel primer día con todo el grupo. La capilla del Santo Sepulcro, con su octógono y su cúpula. El

puente Ragov y el paseo por el bosque del mismo nombre. Regreso al centro por el puente Kandijski. Almuerzo en el café Meščanka, con ramillete de margaritas blancas en el centro de mesa incluido. Tras el almuerzo, visita a la catedral de San Nicolás y contemplación del retablo de Tintoretto. Al salir, allí al lado, posado en las escalinatas del museo Dolenjska. Yo sacaría un trípode plegable de mi bolsa, tú te preguntarías por ese objeto que no conocías. Yo encajaría el teléfono en el trípode y lo emplazaría exactamente en el mismo lugar desde el que el profesor József nos había tomado aquella foto de grupo dos décadas atrás. Insistiría en que te colocaras en cierto lugar de cierto peldaño. Un poco más allá, un poco más abajo. Mira hacia tu derecha. ¡Ahí! A ti te resultaría divertido lo puntilloso de mis instrucciones. Te preguntarías, arrobada, ¿qué estará tramando este granuja?, pero te dejarías hacer, sin relacionar mi insistencia con aquella foto de los erasmus que nos había tomado el profesor. Yo, que para la ocasión había estudiado la foto original hasta memorizar cada detalle, me aseguraría de que el cuadro recogería con exactitud los mismos elementos: el museo, los edificios circundantes y mucho cielo. Al fondo, el agudísimo tejado de la torre de la catedral de San Nicolás. Me hubiera gustado tener poder sobre la atmósfera y haber hecho comparecer, en ese mismo instante, una solitaria nube blanca que pareciera prendida en el pararrayos de la catedral.

Con el móvil en su sitio, el encuadre reproducido con exactitud, con Leticia en el extremo inferior derecho, casi fuera de la pantalla, yo programaría el temporizador, diez segundos y dispararía. Carrera hacia mi posición, últimos escalones, cinco segundos, cuatro, tomo a Leticia de la mano, dos, me giro hacia ella, uno, y la beso brevemente en los labios.

Poco después, ya casi de noche, el frío, la alegría de un hermoso día compartido, regresaríamos a la cafetería Goga para entrar en

calor. Entraríamos en la librería, donde también había un par de mesas. Jedrt nos saludaría al llegar. Yo me entretendría un momento charlando con ella y pidiéndole un par de chocolates en taza con algo de nata montada y canela espolvoreada. Sin iniciales. Y haría algo de tiempo mientras Leticia dejaba su abrigo en el respaldo de la silla de nuestra mesa que estaría, qué coincidencia, junto a la sección de literatura internacional. Y mientras yo esperaba a que Jedrt preparara los chocolates, Leticia, como solía hacer en las librerías, inclinaría la cabeza para poder leer los lomos de los volúmenes. Reconocería los apellidos: Cheever, McCarthy, Vlautin y, al llegar a Auster, extraería un volumen titulado *Brooklynské frašky*. Y entonces se volvería feliz hacia mí, que ya sostenía los chocolates en las manos y me diría, «mira». Y yo sonreiría al llegar a la mesa. Y nos sentaríamos, los chocolates humeando entre nosotros, aromáticos. En ese momento Jedrt pincharía *Blackbird* en la versión de Brad Mehldau que sonaría en el hilo musical, profunda y sutil. Leticia acariciaría el libro, lo sopesaría y se extrañaría, como si el libro contuviera algo grueso entre sus páginas. Y por allí lo abriría para encontrar, encartado, un sobre con una ele mayúscula con serifa. Y lo abriría como quien abre la puerta de una casa en la que solo ha conocido la felicidad. Y me miraría con cierto fulgor, como preguntándose qué era eso y yo le animaría, a punto de probar mi chocolate, a que abriera el sobre. Y mi rostro tendría la luz, pero no del que recibe, sino del que entrega. De aquel que se ha adelantado hasta hacerse dueño del *futurito* y se ha tomado tiempo y ha pensado en el otro, en sus gustos y en sus necesidades y, dándole vueltas al asunto, ha logrado condensar ese pensamiento en un objeto que es como una llave capaz de girar en la cerradura secreta del otro. La que el otro ni siquiera sabe que tiene.

Y Leticia abriría el sobre lentamente, un sobre de papel de algodón bien prensado, textura suave y cálida, y de él extraería la foto de un grupo de personas que iba a reconocer de inmediato, pero de cuya existencia, la de la foto, lo ignoraría todo, traspapelada desde el primer día en una de mis carpetas de trabajo.

La foto sería la siguiente:

Once estudiantes: dos españoles, dos franceses, una italiana, dos holandeses, una polaca, una alemana y dos griegos. Siete chicos y cuatro chicas. Posamos en la escalera de acceso al museo Dolenjska. El grupo es la anécdota y el entorno lo relevante. El cielo, la nube, la aguja. La escalinata permite una disposición en la que todas las caras aparecen en la imagen. Nueve de esas caras le sonríen a la cámara con la insolencia de la juventud. Las dos caras que faltan, en el lateral inferior derecho, se desentienden del jolgorio general. Están frente a frente, unidas por los labios. Somos nosotros. Nuestro primer beso. El origen real y el simbólico de nuestro amor. El alfa y, ahora, el omega.

El detalle
Jesús Carrasco

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, Javier Jaén

© Jesús Carrasco, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2026

ISBN: 978-84-322-4994-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
Créditos